

IGNACIO
GÓMEZ DE LIAÑO

CONTRA EL FIN
DE SIGLO

BIBLIOTECA
DE ENSAYO
SIRUELA

Ignacio Gómez de Liaño

Contra el fin de siglo

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 56 (serie menor)

Índice

Cubierta
Portadilla
Contra el fin de siglo
 Advertencia del autor
 El descubrimiento
 El subterráneo
 El final del proceso
Créditos

Contra el fin de siglo

Advertencia del autor

Hace quince años escribí una sátira, que titulé *Contra el fin de siglo o Los Teriopus*. Mediante una combinación de escenografía teatral, mitología clásica, trama urbana y peripecia procesal suburbana, hice en ella una reflexión crítica sobre nuestro tiempo en los campos del arte, la filosofía, la literatura, la política y la economía. El resultado me pareció tan provocativo, y tan digno de edición también, que lo publiqué con el seudónimo de Miguel Ángel del Arco en una edición de tirada limitada y de tapas negras que apareció en 1999 y que envié a unas cuantas personas poniendo como remite: calle de Quevedo, 9, o sea, un número inexistente.

Mantenido en secreto desde entonces, he decidido, al fin, sacarlo a la luz, pues me ha parecido que se ha vuelto todavía más actual que en el momento de escribirlo. Tan es así que cuando en el libro se lee que «en el año 2010 se producirá un pavoroso crack» y se describen sus efectos, lo que relato se ajusta mucho más a lo que se ha empezado a vivir desde 2010 que lo que se vivía cuando escribí esas frases, a finales de 1997, o cuando las edité, a comienzos de 1999. Al publicar ahora *Contra el fin de siglo* me he quitado de encima el seudónimo que entonces me encasqueté, manteniendo, sin alteraciones, el texto que saqué a la luz más bien crepuscular del siglo y del milenio que entonces agonizaban.

Mayo de 2014

El descubrimiento

A media mañana suelo caminar un rato por el paseo de Recoletos. Desemboco por la calle de Bárbara de Braganza, y nada más saltar al andén central del paseo, me paro junto a la estatua de Valle Inclán y pienso en los esperpentos que tan justa fama le han dado. Luego me quedo un rato mirando la fachada de la Biblioteca Nacional y como siempre tiene delante dos grúas, se me antoja que ya son tan parte de la fachada como el Alfonso X el Sabio y el San Isidoro de piedra que están sentados en la escalinata.

Después, bajo a la plaza de Cibeles y observo los edificios que la rodean: el de Correos con sus torres y almenas de catedral gótica, el del Banco de España con sus columnas y arcos de palacio florentino, el del Cuartel General del Ejército con su frondoso jardín y el de la Casa de América con el fantasma que, según dicen, alberga dentro de sus muros. ¿Sigo hacia la plaza de Neptuno y me doy una vuelta por el Museo del Prado, los dos hoteles más famosos de Madrid y el palacio del Congreso o, desandando lo andado, me llego hasta la plaza de Colón? Esa es la cuestión.

También hay otra posibilidad: doblar a la derecha, subir por la calle de Alcalá, cruzar la Puerta del Sol, seguir por Arenal hasta la plaza de Oriente y terminar la larga caminata en la plaza de España.

Mientras tomo una decisión, dibujo con el pensamiento esos dos itinerarios como si fuesen sendos triángulos. En los vértices del primer triángulo pongo al Sol, a la Tierra y al Mar o, para decirlo en versión matritense, la plaza de la Puerta del Sol, la de Cibeles y la de Neptuno. En los vértices del segundo pongo, otra vez, la Puerta del Sol, la plaza de Oriente –con el Palacio, la Catedral y el Teatro Real– y la plaza de España.

Una vez contruidos esos dos triángulos, los repaso mentalmente y, cuando se me han vuelto perfectamente nítidos, los hago girar alrededor de la Puerta del Sol. Entonces se me ofrece un espectáculo que pocos han contemplado: el Palacio, el Teatro, la Catedral y España, por un lado, el Banco, el Cuartel, Correos, América, Museo y Congreso, por otro, se ponen a dar vueltas como si fuesen las manecillas de un reloj.

Y hago más: en la manecilla de las horas veo las plazas de Oriente y de España, y en la de los minutos las de Cibeles y de Neptuno. Este inesperado reloj me descubre interesantes relaciones urbanas:

Al Congreso de los minutos le hace eco el Senado de las horas.

Al carro de la diosa de la Tierra o Cibeles (minutos) le hace eco la estatua

ecuestre de Felipe IV (horas), que preside la plaza de Oriente.

Al dios del Mar o Neptuno (minutos) le responde la estatua de Felipe II (horas) que, de pie, une el Palacio y la Catedral.

Al conjunto del Palacio, la Catedral y el Teatro Real de las horas le responde el del Banco, Correos, la Casa de América y el Cuartel de los minutos.

Por último, al grupo de Don Quijote y Sancho de la plaza de España, que está en la manecilla de las horas, se le puede dar, como pareja, al propio Cervantes, cuya estatua se encuentra frente al Congreso, en la manecilla-triángulo de los minutos.

Sumido en este intrincado Madrid copernicano, casi sin darme cuenta he desandado lo andado, de manera que ahora me encuentro en la plaza de Colón. Mientras pienso que esta plaza podría hacer el papel de Puerta del Sol en un nuevo juego de relojería urbana, de modo que al emperador Carlos V de la glorieta de Atocha le respondiese el presidente de la República don Emilio Castelar que se encuentra en la plaza que lleva su nombre, tomo asiento en un banco de los Jardines del Descubrimiento y me zambullo en las superficiales aguas de un periódico.

A los pocos minutos, cuando vuelvo a posar la mirada en lo que me rodea, se me revela un mundo insospechado: delante de mí se deslizan unos seres que consisten en una sola pierna de casi dos metros de altura, encima de la cual pendula una cabeza parecida a la de los pájaros. La pierna ejerce gran presión sobre una plataforma alargada que rueda a gran velocidad, produciendo en el mobiliario urbano un destrozo casi tan grande como en las reglas de urbanidad.

Todavía no me he repuesto de la sorpresa, cuando de la parada del autobús que hay enfrente del cine Carlos III me llega un concierto de balidos. Al mirar, observo que los que suben al autobús ostentan mansurronas cabecitas de cordero, excepto uno, cuya testa de carnero amenaza con cornear al conductor. Al fijarme en este, noto que las pacientes facciones que suelen ostentar los de su gremio se han transformado en las de un oso hormiguero, y que con su larga lengua expende los boletos y comprueba la validez de los bonos.

Cuando, acto seguido, reparo en el cartel publicitario que hay en la mampara de cristal de la parada, mi asombro no tiene límites. Lo que veo es una cabezota de jabalí con una lata de cerveza alemana junto al hocico. ¡También en Alemania! ¡Esto es una invasión continental! ¡Una invasión de teriopos! No sé dónde he oído la palabra, que tiene que ver con la extraña metamorfosis que se ha producido en la vida de la ciudad, pues en griego *teriopo* quiere decir «cara de fiera», y eso es lo que prolifera alrededor mío.

Pero lo que más me extraña es no ver por ninguna parte a los estudiantes que suelen estar echados en el césped. ¿Es posible que en una mañana tan soleada *todos* se hayan puesto de acuerdo en ir a clase para martirizar a sus profesores? No, no es posible. Y no lo es, porque no he acabado de hacerme esa pregunta cuando veo

erguirse, en el césped, una lagarta muy verde y emperifollada que no para de hacer monerías. Con los brazos en jarras, se le acerca otra con hocico de loba. La lagarta primera se pone a gritar como una verdulera. Aquí hay gato encerrado, me digo. Y lo hay, pero por partida doble, pues dos estudiantes con cara de gato se acercan a las lagartas, se miran, el uno bufando y el otro enseñando las uñas, y, en ese instante, no sé de dónde sale otra lagarta queriendo poner paz y, de paso, llevarse el gato al agua. Y empiezan a rebullir tantos lagartos y lagartas, gatos y gatas, perros y perras, lobos y lobas, además de unas cuantas cabezas de burro y de chorlito, que me marchó deprisa y corriendo. Pero al pasar junto a la columna de Colón, un monópodo me atropella con su infernal monopatín, y de nada me sirve llamar a los agentes de un coche patrulla que hay junto a la columna. Las facciones de aguilucho y jaguar de los agentes ni se inmutan.

De nuevo en el paseo de Recoletos, veo que un grupo de curiosos se arremolina alrededor de la verja de la Biblioteca. Acaban de llegar los coches de una comitiva oficial. Los curiosos tienen los ojos fijos en un automóvil muy raro, pues del techo le salen dos protuberancias a modo de torretas, a través de las cuales se ven un pescuezo de jirafa y otro de grulla. Los banderines de los coches, con sus águilas, leones y cuernas entrelazadas formando coronas, revelan que sus ocupantes son Sus Altanerías Ji y Gru.

Nunca me he topado con una comitiva como esta, con tantos motoristas echando chispas por sus ojos de felinos y rapaces, ni siquiera cuando se concentró en la capital mucho pájaro de cuenta de la Organización de Teriopos Armados y Necrófilos. Así es que me pregunto cómo van a salir del coche tan altos pasajeros. La cosa resulta, sin embargo, muy fácil, pues la carrocería del vehículo se abre igual que cuando se cacha un huevo y, en un periquete, se sitúan al pie de la escalinata Sus Altanerías Ji y Gru.

—¡Qué altos! ¡Qué pescuezos! —comenta la admirada muchedumbre, mientras que en los balcones de la Biblioteca se amontonan oscuras cabecitas de mochuelos, búhos y murciélagos, que graznan, aletean y picotean estrepitosamente.

Su Altanería Ji saluda a la concurrencia imprimiendo una vibrante oscilación a su larguísimo pescuezo. Cuando empieza a subir la escalinata, se vuelve para mirar a la grúa de la izquierda y se pone muy risueño. En vez de pasar entre el Rey Sabio y el San Isidoro de la escalinata, salta por encima de la balaustrada y se abraza a la grúa. La elevación de este rasgo demuestra tan a lo vivo la llaneza del príncipe que el gallinero se conmueve y cacarea lleno de fervor. Al lado mío, una señora con cabeza de pavo echa el moco y hace con la cola una rueda emplumada de emoción. Su Altanería Gru se acerca a su hermano y le da unas palmaditas en la espalda. Ji vuelve a la escalinata, y el príncipe y la princesa dibujan con los pescuezos curvas tan elegantes, que uno de los circunstantes debajo de cuyas facciones de oso polar

alberga la sesera de un hábil calculista, dice a la señora con cabeza de marsopa que tiene al lado:

–Qué hipérbola, Dios mío. Y ahora, qué parábola. No sabe usted el trabajo que cuesta hacer esas curvas.

Sus Altanerías llegan a la puerta. Ji tiende la mano a la estatua de Cervantes. Quevedo, que observa la escena desde su medallón, se siente preterido y se arrebatata y ya piensa en una sátira.

«Hará temblar a Sus Altanerías –murmura–. En comparación, mis *Gracias y desgracias del ojo del culo* van a quedar como un chiste de convento».

Y llega el momento culminante. Cómo pasarán Sus Altanerías por la puerta, pues la altura de sus pescuezos se lo pone muy difícil. Ji resuelve el problema abriendo mucho las piernas, como si fuese la letra A, al tiempo que traza con el pescuezo un ángulo muy obtuso y... ya está dentro. Gru solo tiene que hacer una elegante media elipse, que se asemeja a una letra C, y, en un instante, se eclipsa dentro del zaguán, donde les aguarda don Marcelino Menéndez y Pelayo en su trono de mármol. Todos disculpan que sus achaques y el trabajo que le da la nueva edición de los *Heterodoxos* le impidan levantarse para agasajar a tan altos visitantes. En cambio, un señor con cara de perrito faldero da muchos lametones a los pies de Sus Altanerías y al retrato de Frago Rosín que lleva al cuello la señora con cara de corza que los acompaña. El perrito ladra un discurso muy elocuente y entrega a Sus Altanerías una lujosa edición ilustrada del *Coloquio de los perros*. Al abrir el volumen, los príncipes se tropiezan con una lámina del Patio de Monipodio de la que hacen grandes elogios.

Como noto que los motoristas me miran con caras de perro y como, al verme, la gente emite desagradables gruñidos, vuelvo a sentir las angustias que me asaltaron en los Jardines del Descubrimiento. Me paso las manos por la frente, las sienes, la nariz, la boca, las orejas. Todo sigue igual. Soy el mismo. ¡El mismo! Ese es el problema. Urgido por el deseo de ver a alguien que no haya sido víctima de una metamorfosis tan horrible como la que estoy presenciando, cruzo el paseo y me voy a refugiar en el café Gijón. Si en algún sitio he de encontrar a mis iguales, tiene que ser allí, en ese café tan celebrado por sus tertulias de artistas y literatos.

Empujo la puerta de cristales, cruzo el umbral y..., al fin, en vez de picos de pájaro, fauces de felino y rostros de artrópodos o cefalópodos, en vez de las testas hocicudas de los mamíferos, las puntiagudas de los peces y los triángulos verdosos de las serpientes, veo caras humanas, incluso demasiado humanas, alrededor de las mesas de mármol veteado. Todos apoyan la barbilla o el carrillo en la mano, como Jovellanos en el famoso retrato de Goya. Ese gesto tan espiritual me hace revivir, aunque..., al buscar una mesa libre, oigo gruñidos y silbidos que me oprimen el corazón. Alguien me hace una seña y, cuando me vuelvo, veo a un tipo muy gordo con jeta de elefante que me saluda con ojos muy alegres moviendo las toallas de sus

enormes orejas. Me invita a sentarme. ¡Cómo! ¿Entre tantos seres cuyas facciones reflejan la más elevada humanidad habré de sentarme junto a uno de estos nuevos monstruos?

–Elefanto Blanco, para servirle –se presenta–. No tenga miedo. De los que tienen cara de elefante, puede usted fiarse. Somos gente pacífica. Y cuidado, que no es oro todo lo que reluce...

Elefanto alarga la trompa hacia la mesa de al lado, la pasa por la cara de un individuo de aspecto muy espiritual y... le quita la careta, apareciendo un horrible rostro de mosquita muerta.

–Ya le he dicho que no es oro todo lo que reluce –dice barritando–, ni es tan fiero el león como lo pintan.

La trompa del señor Blanco no está ociosa. Con gran habilidad descubre picos de cuervo, colmillos de león, belfos de asno, hocicos de zorro, mandíbulas de tiburón, lenguas de víbora, plumas de cotorra, cuernos de rinoceronte, cerdas de puerco espín. Los teriopus gruñen, bufan, himplan, cacarean, rebuznan, hacen rechinar los picos y los dientes, pero Elefanto Blanco sigue tan fresco quitando a todos sus caretas.

–Perro ladrador poco mordedor. Nadie se atreve con los de mi especie. –Elefanto vuelve a barritar–: ¿Ve usted esa carita tan intelectual que tiene unos ojillos muy azules y una boquita de piñón? Pues mire ahora.

Al quitarle la careta, veo el sucio pico de una urraca.

–Es Fisgón de Marías –me dice Elefanto.

–¿De Marías?

–O de Marujas –matiza–. Conoció a una en una lencería adonde había ido la tal a comprar un velo blanco, muy blanco para su hija, que se iba a casar, y todavía no había pasado un mes cuando Fisgón ya había sacado el velo en una novelilla o *novielilla*. Su aportación personal fue que lo tiñó de rojo, pues ese día pasó Fisgón por una casquería. A los recién casados los mandó de viaje de novios a las Islas Caimán, y mientras la esposa se pasa la noche en blanco, el novio se pone a fisgar lo que hacen los de la habitación de al lado. Y no falta la mulatita, a la que Fisgón describe como si fuera un sello que se mira con un cuentahílos, a pesar de que la mulata está allá lejos y es de noche, y el pedante del novio confiesa no ver un burro a dos pasos. Es uno de nuestros *novielistas* más celebrados.

Elefanto Blanco vuelve a alargar la trompa y le quita la careta al interlocutor de Fisgón, dejando a la vista una carita muy mona de macaco.

–Es Macario Comas. Cuando sus padres le mandaron a estudiar en Madrid, conoció en el tren a una gran dama, que le abrió de par en par las puertas de su casa y hasta le animó a que se hiciese novio de su hija, que era una belleza. Y mire usted, al cabo de los años sale con una novelita en la que pone a caldo a la madre y a la hija, en memoria de los muchos que se tomó en casa de la señora. Luego se

hizo asiduo de Narciso Trinquete de Marca en la época en que este abrió una tabernilla en los bajos de su palacio. Cuando Trinquete se cae de la peana, Macario va y publica un par de articulillos diciendo que la taberna empezó siendo el monte del Parnaso, pero que luego se transformó en el patio de Monipodio, y que él entonces se marchó muy digno y ahora quiere dejar constancia de la extraña metamorfosis.

–Eso se llama oportunismo, cosa que debe de ser muy rara en su noble gremio.

–¡Qué va! ¿De qué cree que viven estos plumillas?

–De escribir, ¿no?

–¡Eso es, del cuento! –exclama Elefanto riéndose–. Del cuento y de las cuentas que hacen para saber quién manda más, quién manda menos, quién va a mandar, quién ha dejado de mandar. Si sus cuentas corrientes suben, echan un cuento y se les pone un hociquillo angelical; pero si bajan, sueltan sapos y culebras y les sale una lengua de víbora. Fíjese en ese que tiene jeta de búfalo. –Elefanto no tiene necesidad de quitarle la careta, pues está muy ufano de su testuz–. Es Paco Muro, de profesión columnista. Cada día saca del taller un ladrillo muy bien aliñado con su poco de cascote. Se venden como rosquillas. Hace diez años le sirvieron para construirse un chaletito junto a la taberna de Narciso Trinquete, pero como ahora le trae más cuenta estar a la sombra de Frago Rosín, allá que se ha ido con sus ladrillos y cascotes a mugirle como el torito enamorado de la luna de la copla.

Al levantarse, observo que Paco Muro es un mamífero marsupial.

Elefanto Blanco me lo confirma:

–Y lo es por partida triple –me dice–. Fíjese. A ambos lados del marsupio de la barriga lleva otros dos en los riñones. El de la izquierda está lleno de sapos y culebras, el de la derecha, de sopas bobas y bufandas; en el del centro guarda sus ladrillos, que expende según sea el balance de los marsupios de la derecha y de la izquierda. Pero no piense que Muro es un caso raro. Todos aquí son marsupiales.

–Pero los que yo veo solo tienen un marsupio por barriga –digo.

–Es que Muro es un ejemplar excepcional, pero los hay con cuatro y hasta cinco.

Elefanto alarga la trompa y le quita la careta a un viejales con mucho rostro, aunque estrecho y hocicudo, como de zorro.

–Es Antón Corazón –me dice–. Mire sus cuatro marsupios. En el que está más a la derecha, que está forrado con un raso muy mono, guarda la mar de moquitos y lagrimitas y heriditas y llaguitas y suspiritos de monja y gritos de indignacioncita; en el de al lado, lleva un muestrario de bisutería marroquí, con alfileres, diademas, broches, pulseritas, anillos. Los otros dos los lleva forrados...

–¿... de raso también...?

–... de millones, que para algo tenían que servir sus campañas de bisutería revolucionaria.

–¿Habrá marsupial mayor?

–Si no mayor, de su rango es ese que ve allí tan orondo.

–¡Pero si es el famoso Casimiro José Ponte! No lo había reconocido.

–Pues procure reconocerlo, que tiene muy malas pulgas. Hace unos años los académicos del Híper Bórea le concedieron el Plumín de Oro, y desde entonces no se lo quita para dormir. Su mujer, que estaba harta de pincharse en la cama, un día lo puso entre la espada y la pared: O el plumín o yo, le dijo, y Ponte la dejó plantada.

–¿Es verdad que removi6 Roma con Santiago para conseguir el Plumín?

–Ni los numantinos sufrieron un asedio como el de los académicos del Híper Bórea. Ponte les mandaba falanges de moscardones, y cuando los académicos se sentaban, los moscardones les ponían en el asiento unas coronitas de púas que se les clavaban en las posaderas. Los del Híper Bórea resistieron heroicamente cinco años, pero al sexto claudicaron.

Reparo entonces en un individuo que tiene una cabezota muy grande y ojos saltones de insomne.

–Es Sánchez Perla.

–Buen escritor donde los haya.

–Y usted que lo diga. Se hizo famoso gracias a un río muy humildito que iba medio perdido por el Sistema Central. Pues bien, un día se miró en sus aguas...

–¿... y se transformó en flor, como Narciso?

–No –me dice Elefanto–, en Casandra. Al principio, Trinquete se echó a temblar y mandó hacer un búnker debajo de su palacio, pero como vio que las profecías de Perla eran muy oscuras, se frotó las manos y hasta encargó a su amigo Zorranco que le construyese un elegante púlpito en *La Parroquia*.

–Y a Zorranco, ¿le anuncia Sánchez Perla calamidades?

–Eso no, que no es tan calamidad.

Entonces Elefanto alarga la trompa y le quita la careta, y veo un rostro tan desvaído que digo:

–¡Qué animal más raro!

–Es verdad, no hay muchos así. Es un lepimur.

–¿Y el que está a su lado?

–¡Cómo! –exclama sorprendido Elefanto–. ¿Es que Sánchez Perla tiene alguien al lado?

–Sí –digo–, pero se le ve y no se le ve. Cuando se le ve, es todo un personaje, con grandes patillas, bigotes, aire de carcamal y camisa floreada.

–Ya caigo –me dice Elefanto–. Es Pérez Descabellado.

–¿Pérez Descabellado? Estoy de suerte, pues he leído cosas tuyas muy buenas, aunque otras...

–Normal, porque Pérez Descabellado es y no es, está y no está, se hace grande y se hace chico. Cobra del Estado una renta vitalicia, y clama por la desaparición del

Estado y las rentas. No para de escribir, y a cada momento escribe que quiere acabar con la escritura. Pone verde al dinero, pero por tanto querer billetes verdes le han puesto más bien morado.

–¡Qué incongruencia la suya!

–Es su negocio.

–¿Negocio? ¿Es que negocio e incongruencia son términos congruentes?

–Y tanto. ¿Ve usted a ese teriopito de cerdas rizadas con un morrito muy fruncido? Es un artista que está que trina contra el Estado, y todo porque el Estado le ha otorgado el Premio Nacional, le ha concedido la Medalla de Oro, le ha comprado la mar de cuadros, le ha editado diez lujosos libros sobre su pintura, le ha organizado otras tantas exposiciones...

En ese momento saluda a Sánchez Perla y a Pérez Descabellado un personaje muy alto que, al ver los juegos de trompa que hace mi compañero de mesa, se vuelve hacia nosotros con cara de perros.

–Es Juan Pantanos –me dice Elefanto al oído–. Sus devotos le llaman don Cóndor.

Dado el aspecto altanero de su careta, me pongo en lo peor. Este, seguro que nos ataca, me digo. Pero nada. Elefanto le quita tan tranquilo la careta y saca a relucir los rasgos de un tembloroso conejillo.

–Se hizo muy famoso por los cócteles que preparaba en la tabernilla de Trinquete. Marisol Peregrina tenía debilidad por él.

–Si no estoy mal informado, esta tenía su propia corte. ¿No la formaban los llamados Cien Cuentistas de Marisol Peregrina? ¿Qué ha sido de ellos?

–Algo horrible. Un día se fueron de excursión al puerto de Navacerrada a ver la Bola del Mundo, pero se puso a nevar y agarraron un catarro tan monumental que desde entonces deben guardar cama por prescripción facultativa.

–Fíjese en ese –me dice Elefanto.

–Parece un alfaquí o morabito –digo.

–Así es. Es el morabito Hwang Godoisolo.

–¡Lo que ha luchado ese hombre para liberar de la opresión y las corrupciones a los desgraciados que viven en el Tercer Mundo!

–¡Lo que ha luchado ese hombre para disimular la opresión y las corrupciones ante los desgraciados que viven en nuestro mundo!

–¡Qué doblez!

–La normal. Esas dos varas de medir son regla universal entre los teriopoos de la pluma. Se clama contra los oligarcas de África, América, Asia; se callan los de casa. ¡Qué digo se callan! ¡Se vive de ellos! No vea usted la de lamparillas que los godosolos les ponen a los pies, con lo que, para responder a sus plegarias, les regalan marsupios y les animan a que sigan clamando contra la opresión, las oligarquías y las corrupciones que se dan *por ahí*, pues si no lo hacen, ¿quién les va

a creer cuando disimulan las que se dan *por aquí*? A veces tienen que leerles la cartilla, diciéndoles: «A ver si nos atacáis un *poquito*, que si no, se os verá el plumero y ¡se jodió el invento!».

—¿Y hay muchos godosolos?

—Infinitos, y no sabe usted bien la cuerda que tienen. Fíjese en esas dos teriopas que miran por la ventana hacia el palacio de Argentaria que está enfrente.

Me quedo horrorizado, pues son de un teriopismo muy acentuado, sobre todo una, que en vez de careta lleva una carota tan horrible que me pregunto cómo será el morro que oculta.

—Es Mar Gil Torreones. Se ha especializado en utilizar las causas más nobles para disimular los negocios más innobles.

—¿Y la que está a su lado?

—Es Flora Montonero. Entre las dos, han inventado una fórmula muy ingeniosa. Dicen que todo es un asco y una vergüenza, que ya están hartas de vivir en medio de un lodazal tan nauseabundo...

—¿Y no le reconforta una sensibilidad tan delicada?

—A mí nada, porque, a renglón seguido, Mar y Flora emplean todas sus mañas para dar a entender que el lodazal lo han hecho ¡los mismos que quieren sanearlo!

En ese preciso momento, dos especímenes se sientan en la mesa de al lado. Su fealdad es tan superior a todo lo imaginable que me quedo sin respiración. Hasta Elefanto baja el tono de voz.

—El mayor —me explica—, ese que tiene una mandíbula no se sabe si de jabalí o de congrio, es José Diantre Patente. Es poeta y va de místico. El joven que lleva al lado como un perrito faldero tiene uno de los morros más temerosos que uno se puede echar a la cara; es una mezcla de mochuelo, jurel y oso hormiguero. Como ya lo habrá adivinado, se llama Morricio Zotelo y se dedica a la música. Entre los dos, dirigen una empresa de pesca que se llama San Juan de la Cruz, Schubert y Cía.

—¿De pesca?

—Sí, de pesca de conferencias, conciertos, coloquios, congresos, planas de prensa, premios, pero su especialidad es la pesca de libretos de ópera. Y no vea lo organizados que están. José Diantre Patente va a todas partes dándose aires de frailecillo mendicante, con la cabeza ladeada, y muy compungido. Zotelo hace de sacristán, y no vea usted qué sacristán más moderno resulta con su maletín de ejecutivo.

Al ver Elefanto que les miro con interés, me dice algo alarmado:

—No se le ocurra acercarse a ellos. ¡Tenga usted mucho cuidado! Pues antes de que se entere, le habrán dejado en cueros, qué digo, le habrán chupado los huesos, y, encima, mientras le despojan, gritarán: «Al ladrón, al ladrón».

—¿Y cómo están ahí tan frescos?

—¡Cómo no van a estar tan frescos, si nunca se ha visto teriopus más frescos!

—¿Pero no se les cae la cara de vergüenza?

—Se les cae, pero se ponen otra. Ahora ya tienen que combinarlas, pues han agotado la escala zoológica.

—Digo si no se les cae la cara de vergüenza a los *otros* teriopus tolerando la existencia de unos seres tan abyectos como estos.

—Parece usted bobo. Con tantos teriopus como ya ha visto no sé cómo se le ocurren esas cosas.

En el momento en que Elefanto empieza a contarme uno de los golpes más truculentos de Diantre Patente y Zotelo, reclaman nuestra atención dos teriopus de grandes plumas que entran muy rozagantes por la puerta del café. Se les ve muy animados y tan parlanchines que hablan al mismo tiempo, armando un guirigay de mil demonios. La cabecita de víbora del uno le sale de un pescuezo en forma de clarinete; la del otro es entre caprina y cotorrina. Cuando divisan a Fisgón de Marías y Macario Comas, se van hacia ellos muy retozones.

—¡Los trajes que van a hacer! —exclama riéndose Elefanto.

—¿Es que son sastres? —pregunto.

—No, poetas y periodistas, todo en una pieza. Comparten una corresponsalía en Venecia y Bizancio, desde donde mandan crónicas con mucho colorete. En la de ayer hablaban de un esqueleto de hermafrodita que se ha encontrado cubierto de fango bajo el puente de los Suspiros. Están de paso en Madrid para una campaña de promoción.

—De promoción... ¿del hermafrodita, del esqueleto, del fango, del puente, de los suspiros, del colorete?

—No, de la Boutique del Poeta, donde venden versos muy monos de los diseñadores más exclusivos. La tienen en la planta de moda juvenil de El Corte Escocés. Su eslogan es «Ponga un verso en su vida». Para la inauguración dieron una fiesta muy sonada, a la que llamaron la Fiesta Meta. Había que ir disfrazado de alguna meta, y el *Lola* sacó muchas fotos de teriopus metapoéticos, metafísicos, metabólicos, metadónicos, metagénicos, metapolíticos, metacánicos, metaclínicos, metalúrgicos y, por supuesto, guardametas y metálico en cantidad. Con el metálico y los guardametas, a la entrada se informaba de que no se aceptaban las metáforas, sino que tenía que ser al contado.

—Se entiende, pues en la *boutique* deben de andar muy sobrados de figurines de lenguaje. —Me paro en seco al ver entrar en el café a un ser de facciones angelicales—. ¿Y ese es también un figurín? —interrogo a Elefanto.

—¡Es que no lo está usted viendo! Pero ¡cuidado! No se deje cautivar por esa carita tan angelical, que no es más que una careta, y hasta los teriopus la llaman Mendazluce.

—¿Y a qué se dedica? —pregunto horrorizado, pues detrás de la careta de ángel lo

que luce es un rostro, ¡y qué rostro!, de demonio.

–Es alto funcionario –me dice Elefanto– en una multinacional que se dedica a traficar con la bondad y la solidaridad. Basta que dos se pongan a perorar sobre la paz, la justicia, los marginados, los niños, las mujeres, los homosexuales, los desheredados, las ONG, los derechos de los pueblos subdesarrollados, para que Mendazluce se les aparezca en carne mortal y les suelte un sermón sobre el Nuevo Pensamiento Único Progresista. No sabe usted cómo han proliferado en los últimos años los que trafican con esos géneros –géneros averiados donde los haya–. Le aseguro que no hay teriopos más vomitivos que los que yo llamo *buenos de profesión*; digo los que han hecho de la bondad, la solidaridad y otros rótulos semejantes una profesión perfectamente remunerada, un tráfico que a mí, que tengo la piel de elefante, me pone la carne de gallina.

–Lo que no entiendo –replico– es qué hace ese señor en un café literario como este. ¿Es que después de vivir tantos años del cuento le ha dado por la novela?

–Exactamente. Es usted un adivino.

–¿Y usted, señor Blanco? –agrego–. ¿Cómo sabe tantas cosas? ¿Es usted escritor?

Elefanto agita sus enormes orejas, traza en el aire con la trompa un signo de interrogación que se transforma en un paréntesis y dice con voz profunda:

–No. Soy juez.

–¿Juez?

–Sí, en excelencia, digo, en excedencia. Y si me permite hacer honor a mi antigua profesión, véngase conmigo y le mostraré a los teriopos de Astrea.

–¿De Astrea? De la Justicia, querrá usted decir.

–Eso lo dice usted, yo no. Pero venga.

Me pasa la trompa por el cuello y salimos del café. Como mientras caminamos me muestro muy indignado por lo que he visto, me dice:

–¡Cuidado! No carguemos en la cuenta de los plumillas los gastos que no han hecho. Los del café no son más que una pequeña fracción de los de su especie, y ni siquiera la peor. Además, no son más que cabezas de turco...

–¿De turco? ¿Es así como se llama ahora a las cabezas de chorlito?

–Digo que son cabezas de turco, porque la prensa los utiliza como comparsas y los tiene, a los pobres, encadenados a tres clases: arietes, honderos y florones. A los primeros se les reconoce por la cabezota de carnero con la que machacan sin interrupción las defensas enemigas. Los honderos lanzan sus piedras, ladrillos, cascotes y trozos de columna desde los puntos más diversos, procurando coger desprevenido al enemigo. Los florones sirven para adornar la obra de los arietes y los honderos. Cuando hacen sus arreglos florales todos los días, se les eleva a la categoría de floripondiones.

Como le pregunto por la prensa, Elefanto pasa a hablarme de los principales periódicos de Teriopia.

–Don Ecuatoriano Rey –me dice– es el director de *El Analfabeto Real*, que administra una sólida formación al servicio doméstico de las familias reales que en el mundo han sido de cuatro mil años a esta parte. Todas las mañanas las rotativas cantan en huecograbado el lema de la Casa: Todo por el Trono y el Altar. Aunque no les faltan arietes y honderos, don Ecuatoriano presume, sobre todo, de sus florones y floripondiones. Todos los días consigue la cuadratura del círculo, ya que gracias a sus desvelos los más ilustres miembros de la Real Academia de la Glotis se identifican con los valores de *El Analfabeto*, llegando al frenesí cuando don Ecuatoriano honra sus borrones con la tercera plana, lo que les garantiza su paso a la primera división de las mayúsculas del abecedario.

»En cuanto a *La Monda*, se dedica sobre todo a desactivar la catequesis de *La Parroquia*. Pero, en lo cultural, son como dos gotas de agua. ¡Qué fiestas hacen en *La Monda* cuando pescan a alguno de los honderos o de los florones de *La Parroquia*! Pero como los parroquiales están formados en el principio de «el cepillo es el cepillo y los negocios son los negocios», les dicen a los de *La Monda* que a ver si hacen algo para que se coticen como es debido sus títulos de gloria, pues se murmura que están impresos en papel mojado, con lo que, aunque algunos se les pasan, dejan, por si las moscas, una pezuña en la sacristía. El caso más notable es el de Antón Corazón, que, por ser del género anfibio, tiene el organismo adaptado a los nichos ecológicos más diversos, y se le ve tan fresco en la buhardilla de *La Monda* como en el coro de *La Parroquia*.

–A eso se le llama nadar y guardar la ropa.

–Lo que tiene su mérito, pues los de *La Parroquia* hacen exámenes muy rigurosos a fin de estar seguros de que se luchará hasta la extenuación por el Trono y el Altar...

–¿Por el Trono y el Altar? ¿Pero no habíamos quedado en que ese es el lema de *El Analfabeto Real*?

–Por el Trono... de Trinquete, y por el Altar... de Zorranco, que no me deja usted terminar. A fin de que el señor Arriba de la Cebra guíe cómodamente su rebaño, le han otorgado marsupios de infinita capacidad, y se ha llevado al cine su novela *El filete ruso* y su persona a la Real Academia de la Glotis.

Al decir esto, Elefanto barrita tan estruendosamente que los teriopoos con los que nos cruzamos huyen despavoridos hacia *El Espejo*, un quiosco que hay enfrente de la Biblioteca Nacional.

–Pero yo creí que *La Parroquia* era un periódico independiente de la mañana.

–Y dice usted bien: *era*. Ahora es un periódico dependiente del mañana de su dueño. Al principio fue la esperanza blanca de muchos, pero, a la chita callando, se transformó en el blanco de las esperanzas de unos pocos.

–¿Y los lectores no se han dado cuenta?

–Los teriopoos son de reflejos muy lentos y de amnesia muy rápida –sentencia

con voz profunda el señor Blanco.

Y así llegamos a la plaza del Palacio de Astrea, donde se ven por todas partes camiones de televisión y furgonetas de la policía. Como entre los unos y los otros tienen tomada la plaza, no podemos acercarnos a los sagrados palacios y nuestra charla se ve dificultada porque hay unas excavadoras que meten un ruido insoportable.

—Es uno de los trucos de Trinquete y sus amigos para hacer sordos y aun sordomudos a los ministros de Astrea.

Aquí y allá, entre los setos se ven negros remolinos de togas de los cuales salen corredores que van hacia otros remolinos, de manera que hay un continuo ir y venir. Al ver mi cara de extrañeza, Elefanto me dice:

—Llevan las leyes de unos remolinos a otros para fijar la cotización del momento. No es tarea fácil, ya que en la valoración influyen circunstancias muy variadas. Usted debiera saber que en Teriopia hay tres clases de leyes: las claras, las oscuras y las que no existen. De las claras no hay ni que hablar, pues con decir que son claras está dicho todo. Las oscuras son otro cantar, pues van dirigidas a una minoría, justamente la que tan injustamente puso en fuga a Astrea. Los corredores y remolinos entienden de esas leyes que nadie entiende. De ahí tantas carreras y obstáculos y dimes y diretes. Pero las más importantes de todas las leyes son las que no existen. Son el fruto de las más sesudas deliberaciones, pues de la existencia de su inexistencia depende la existencia de ciertas personas que no deberían existir, pero que desgraciadamente existen.

—¡Anda! Pero si por ahí van don Elogio —digo interrumpiendo las explicaciones de Elefanto—. Grande y encomiable personaje este don Elogio.

—Vivió más de dos años como un rey en el Palacio de Astrea hecho la viva encarnación de la Ley hasta que se descubrió que encarnaba la Ilegalidad de los más vivos.

—Lo echarían cuando se descubrió, ¿no?

—¡Quia! Se fue por su propio pie y tan honrado que desde entonces se le llama don Elogio.

—¿Y no le pasó nada ni a él ni a quien lo nombró?

—¡Qué va! Se fue antes de que se determinase que era lo que era, así es que se fue siendo lo que no era o no siendo lo que era, con lo que se fue y no se fue, y ya no se sabe si lo fue o no lo fue.

—¿Y esa dama que le sigue hecha un mar de lágrimas?

—Es doña Elegía, pues entre que don Elogio elegía o no elegía si metía más la pata o se iba por su propio pie, se le pegó esa señora, que es muy asidua de esta plaza y se la ve a menudo increpando a los ministros de Astrea, lo que hace que en el barrio se la tenga por loca. Y desde entonces sigue a don Elogio por todas partes como su sombra.

—¿Y ese otro con un hociquillo que unas veces parece de conejo y otras de mastín?

—¡Ah! Es el gran don Augusto Clemente de los Estigmas.

—¿De los Estigmas?

—Se le llama así porque se negó a procesar a un presunto delincuente para que no se le *estigmatizase* como delincuente.

—¡Por esa regla de tres —exclamo— a nadie se le podrá procesar, pues si se le procesa, quedará estigmatizado como delincuente!

—No me sea usted simple. Don Augusto Clemente no aplica esa regla de oro a los pequeños delincuentes, sino a los grandes, ni siquiera a los grandes, sino a los grandes de los grandes.

—¿Y ese otro con aspecto de camaleón?

—No estoy seguro, pero diría que es don Silogismo Moro.

—¡Qué nombre más raro!

—Pero que le va como anillo al dedo. Su aportación a la jurisprudencia ha hecho época.

—¡Qué me dice usted!

—La cosa fue así. El señor Arriba de la Cebra no quería declarar ante el juez que investigaba un caso en el que Arriba estaba implicado. Para evitarlo, recusó al juez diciendo que no era imparcial. El juez que tuvo que decidir si Arriba tenía razón o no, intentó eliminar al primero, pero su maniobra no dio resultado, y la resolución del asunto pasó a un tercer juez que, asustado ante la perspectiva de incomodar a un hombre tan importante como Arriba, dejó el caso en manos de un cuarto juez. Este cuarto era don Silogismo, que allí va tan ufano con su carita de camaleón. Don Silogismo resolvió lo siguiente: «Como el primer juez es a todas luces imparcial, el señor Arriba no debe declarar ante él».

—¡Pero qué forma de razonar! ¿Es que los delincuentes ya no deben declarar ante un juez imparcial? ¿Cómo se pudo tragar un atropello tan flagrante a las leyes de la lógica?

—Muy fácil, sentenciando que el primer juez era absolutamente imparcial, *pero* carecía de la apariencia de imparcialidad, *porque* su nombre había aparecido muy a menudo en las páginas del periódico que dirige Arriba de la Cebra.

—¡Pues lo acabó de arreglar! —digo yo.

—Pero no se ensañe usted con don Silogismo, que si lo compara con sus superiores, es un ángel de la lógica.

—¿Sus superiores? ¿Es que los jueces tienen superiores?

—Sí, los Consejeros de Astrea.

—¿Y qué han hecho esos consejeros? —pregunto impaciente.

—Diga usted qué *no* han hecho. Hace unos días el señor Mamulia, que es uno de los socios de Arriba de la Cebra, arremetió contra el juez que investigaba los

delitos cometidos por este. Jamás se habían oído descalificaciones tan furibundas y arbitrarias. Cuando el juez pidió amparo al Consejo de Astrea, ¿qué cree usted que resolvieron los consejeros?

—Dígalo pronto, que me tiene sobre ascuas.

—Resolvieron que el juez no tenía razón, ya que el señor Mamulia había hecho su agresión el día 23 y el juez había pedido amparo el día 24 y, por tanto, no le podían amparar de una agresión sufrida el día 23, dado que al ser el 24, ya no existía el 23.

—¿No se estará usted burlando de mí, señor Elefanto?

—En absoluto. Toda la prensa ha publicado la resolución.

—¿Y no se ha echado la gente a la calle?

—Sí, todo el mundo se ha echado a la calle, y unos han ido a la oficina, otros al mercado, otros al colegio, otros a la universidad, otros a la parada del autobús...

—¿Y eso ha sido todo?

—¿Le parece a usted poco?

—¿Y hay todavía algún ministro de Astrea que se atreva a plantar cara a los grandes delincuentes?

—¡Que se atreva y verá lo que es bueno! El Alto Tribunal sentenciará que ese juez siente un odio especial contra los grandes delincuentes, y que por eso instruye el proceso con tanto celo.

—Pero ¿cómo se ha podido caer tan bajo?

—Diga más bien tan alto, pues la Justicia voló y no se sabe que haya vuelto. Pero no voy a eludir su pregunta. Los que han mandado en Teriopia se han otorgado el poder de nombrar a los Consejeros de Astrea.

—¿Pero eso no va en contra de lo que dice *expresamente* la Carta Magna?

—Si se lee la Carta, tiene usted razón, pero el Tribunal sentenció que la forma de elegir el Consejo ordenada por la Carta está en contra de la forma de elegir el Consejo ordenada por la Carta.

—¡Pero qué me dice usted! ¡Que yo no soy un teriopo, don Elefanto! ¿Es que el Tribunal de la Carta lee blanco donde dice negro? Porque decir que *a* es igual a *no-a* es algo que deja chico a ese ángel de la lógica de don Silogismo.

—Ya sabe usted lo del espíritu y la letra...

—¿Pero cómo se ha podido justificar una interpretación del *espíritu* que está en contradicción tan flagrante con la *letra*?

—Diciendo que Trinquete, pues es el que mandaba entonces, ha recibido su mandato del Omnipotente.

—Pero con ese razonamiento Trinquete y los de su banda podrán hacer lo que quieran, pues el Omnipotente les excusa.

—Exactamente.

—¿Y quién es ese Omnipotente?

—La libre voluntad de los teriopos.

—¿La *libre* voluntad de los teriopos?

Me quedo pensando un rato, y al fin digo:

—He leído en Spinoza que «los hombres se engañan al creerse libres, pues aunque tienen conciencia de sus acciones, ignoran las causas por las que son determinadas». Si los hombres ignoran las causas que determinan los movimientos de su voluntad, ¡figúrese usted los teriopos! Al final va a resultar que el Omnipotente *no* es la voluntad de los teriopos, *sino* la voluntad del que domina la voluntad de la *mayoría* de los teriopos. Pero como el que domina esa voluntad es el que manda en los medios de comunicación, entonces ese es el verdadero Omnipotente...

—No siga, no siga, que los elefantopos podemos ser memoriosos, pero nuestra inteligencia no llega tan lejos.

—¿Y el Oráculo...? ¿Qué dice el Oráculo a todo esto?

—Por favor, hablemos de cosas serias, no de trastos.

—¿Y los espíritus críticos, los intelectuales, los sindicalistas?

—Se les compra y asunto concluido.

—Pero dejarse comprar es la mayor de las vilezas.

—Entonces se cambian las palabras. En vez de decir al sindicalista o al intelectual «te compro», se le dice al primero: «Tengo una deuda histórica contigo, aquí tienes mil millones», y al segundo: «Tu independencia se merece el mayor de los mecenazgos, aquí tienes cien millones».

En ese momento llega hasta nosotros uno de los corredores y deja un papel en la trompa de Elefanto.

—El pobre está tan mareado de ir de acá para allá que nos ha confundido con los remolinos —dice Elefanto, después de echar un vistazo al papel—. ¿Se lo leo? Pero le advierto que la logomaquia...

—No, por favor, no me lo lea. Vámonos de aquí, que esto es para volverse locos. No quiero saber más.

Pasamos así a la calle de los Genoveses. En una esquina, casi enfrente del Palacio de Astrea, hay un edificio de aire moderno. Cada diez metros se ve a un teriopo abrazado a una metralleta y cada cinco a un operador de televisión armado con su cámara.

—¡Anda, pero si hoy es un gran día! Se reúne el Consejo para la Solidaridad de los Nuevos Patrimonios y Matrimonios —exclama barritando mi acompañante.

—Eso no puede ser —replico—. Pues ese Consejo es un Órgano del Partido Progresista de los Trabajadores y esta es la sede del Partido Conservador de los Empresarios.

—Es que ha habido un intercambio.

Le miro con extrañeza.

—¿Qué tiene eso de raro? —me dice el señor Blanco—. ¿No es el Partido Conservador de los Empresarios el que ha hecho más progresos en las urnas

últimamente? ¿Y no es ahora el Partido Progresista de los Trabajadores el que debe conservar lo que apañó cuando gobernaba? Si los unos progresan para conservar, los otros conservan para progresar o para ingresar, que es lo mismo. Y si los unos hacen de los trabajadores su empresa, los otros hacen de los empresarios su trabajo.

Nada más entrar, Elefanto Blanco se da un trompazo en la abultada frente y exclama:

—¡Pero qué hago yo aquí! A esta hora me esperan en la plaza de los Delfines para un almuerzo.

No sin antes darme un abrazo que casi me ahoga, el señor Blanco sale como elefante por cacharrería. Con la partida de Elefanto, me siento especialmente inquieto, pues las fisonomías que me rodean son todavía más teriópicas que las del café, y mi presencia provoca reacciones a tono con la fauna: lomos que se erizan, garras que se abren, ojos de buitre que centellean, fauces que enseñan colmillos y navajas, melenas equinas y leoninas que se agitan, rebuznos, rugidos, resoplidos, bufidos. Sale a la tribuna un personaje que lleva la careta de Trinquete de Marca, pero cuando se da la vuelta veo que en el occipucio ostenta la de Frágoso Rosín. Qué es esto, me digo. ¿Dónde me he metido? No entiendo nada. Mi confusión es tan grande que echo de menos las explicaciones de Elefanto.

Un ordenanza con testuz de cocodrilo se me acerca, me escruta con sus ojos lacrimosos y me lleva ante un agente del servicio de orden que tiene una cara más dura que la de un rinoceronte. El cocodrilo me increpa por la redomada hipocresía de mis facciones y se emperrea en llamarme enano infiltrado. Al fin, con una solemne coz, el rinoceronte me pone de patitas en la calle.

Inesperadamente, un alma piadosa me ayuda a levantarme y al mirarle, me quedo de una pieza. ¿Es posible lo que estoy viendo? Delante de mí, un hombre entero y verdadero.

—Gracias —le digo—. Pero por lo que más quiera, no entre en esa jaula de alimañas. Le advierto que se abalanzarán sobre usted como una jauría.

El interpelado se sonríe muy tranquilo.

—¿Alimañas? ¿Jauría? ¡Usted no conoce a Ulises!

Mi interlocutor tiene, sin duda, un perfil muy griego.

—De modo que usted es el famoso Ulises, el marido de la prudente Penélope, el padre del juicioso Telémaco...

—El mismo. Para servirle.

—No sé si creerle. Demuéstreme que usted es el verdadero Ulises.

—¡Ni que esto fuera cuando volví a Ítaca y nadie me reconocía! Dígame, ¿ha leído usted mi historia?

—Con decirle que a veces creo haber caído en la mismísima isla de Circe...

—Dónde ha caído usted, lo sabrá más adelante. Pero vamos a la prueba. Recordará usted que la vieja nodriza Euriclea me reconoció al ver, cuando me

lavaba los pies, la cicatriz de una herida que me había hecho un jabalí en el monte del Parnaso, cuando, siendo yo un jovencillo, mis padres me mandaron a pasar una temporada en casa de mi abuelo Autólico...

–Que «descollaba sobre los hombres en hurtar y jurar, presentes que le había hecho el propio Hermes», ¿no?

–No es necesario que me cite el pasaje. Lo sé de memoria.

Ulises se remanga los pantalones, y encima de la rodilla, entrando bastante en el muslo, veo la larga y ancha cicatriz. Pido disculpas por mi desconfianza y Ulises, antes de cruzar la puerta, me dice:

–Si quiere que hablemos más despacio, me puede encontrar en Sol. Allí se le revelarán grandes cosas. Pero ahora le ruego me excuse.

El subterráneo

Al verme solo en la calle, mi preocupación va en aumento. De tantos individuos como a esa hora se encaminan apresuradamente hacia sus comederos, todos sin excepción pertenecen al género de los teriopos. Ni siquiera veo elefantopos que podrían orientarme en este horrible laberinto de animalidades. Pienso que debo refugiarme en casa y me llevo hasta la puerta de la calle, pero no entro. Debo aprovechar este tiempo, me digo, que los teriopos dedican a su pitanza, para ir a Sol, según la sugerencia que me ha hecho Ulises.

Al bajar por la calle de Hortaleza noto que la densidad alimañesca crece en progresión geométrica a la distancia que recorro. La calle de la Montera es una auténtica montería de lagartas y lobas, leonas y ratoncillas, ya solas ya en remolinos ya en hilera, a las que dan escolta enjambres de moscardones. Los teriopos de las primeras clases reclaman mi atención con sus pezuñas esmaltadas de rosa y sus hociquillos embadurnados de carmín, pero al ver que me hago el sueco, gruñen y emiten destemplados crotoreos e himplidos. Insinuantes, se me acercan dos panteras muy acicaladas, pero al darles fuego descubro que son una parejita de panteros. Llego, al fin, al hemicíclo de la Puerta del Sol, que, como un volcán en erupción, catapulta apretados regueros de teriopos por la calle de Preciados, de modo que las fauces de El Corte Escocés se tragan paletadas de humanialimañas.

Lo que más me choca no es la proliferación de las especies teriópicas, a lo que me voy acostumbrado, sino los grandes teratos, que es como en Teriopia se llama a los monstruos. El primero con el que me topo es un gigante que apoya su corpachón en el monumento del Oso y el Madroño que hay a la entrada de la calle del Carmen. Su rostro es de un tipo muy arcaico. Tiene un solo ojo en la frente y da grandes voces, al tiempo que se lleva a las fauces paletadas de teriopos. Al cíclope le escoltan unos aracnopus que hacen salir de las cabezas redes con las que apresan a los teriopos comunes para alimentar al gigante.

Al notar que los aracnopus me miran aviesamente con sus ojos globuliformes, me aparto de allí, solo para darme de bruces con un monstruo aún más horrible. Encaramado sobre la estatua ecuestre de Carlos III, aúlla horriblemente con voces semejantes a los de una perra recién nacida. Es Escila, sin duda, pues el monstruo de la Puerta del Sol responde punto por punto a lo que dice Homero: «Escila tiene doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres hileras de abundantes y apretados dientes». Con esta batería la Escila de Sol tritura carretadas de teriopos, como su hermana homérica trituraba «delfines, perros de mar y los monstruos que cría en cantidad inmensa la

ruidosa Anfitrite», para no hablar de los compañeros de Ulises, que «eran apresados y devorados por Escila, y me tendían los brazos en aquella lucha terrible».

Aleccionado por el vate, me aparto de un monstruo tan carnicero, pero lo hago tan torpemente que casi me dejo pescar por una sirena. Corro entonces hacia la calle del Arenal, o mejor diría de las arenas movedizas, pues estoy a punto de hundirme en una trampa mortal, ya que junto a un local de máquinas recreativas me tropiezo con Caribdis, vestigio no menos terrible que su hermana Escila. Menos mal que en ese momento está sorbiendo una riada de teriopos que salen de La Mallorquina, y puedo aprovechar el respiro para cruzar a Postas, donde me encuentro en medio de otra aventura homérica.

En efecto, veo un rebaño de vacas y ovejas, que pertenece al Sol, dirigiéndose a la puerta de la antigua Dirección General de Seguridad como a su redil. Me quedo extasiado ante el vellón de oro de las ovejas y los gruesos hilos de plata que cubren la piel de las vacas. Sus balidos y mugidos se me antojan música celestial, pero de golpe una cuadrilla de teriopos se precipita sobre las reses, las despellejan y despedazan en menos que canta un gallo y se ponen, en el mismo kilómetro cero, a asar las carnes sobre unas parrillas que han traído de la plaza del Marqués Viudo de Pontejos. Entonces ocurre algo tan prodigioso, que no puedo sino emplear las propias palabras de Homero: «Los cueros serpentean, las carnes mugen en los asadores». Como a causa de semejante sacrilegio, el Sol se va a ver a Júpiter y le dice que si no le indemniza por la matanza de sus reses descenderá al infierno y dejará el mundo en perpetuas tinieblas, me preparo para un cataclismo. Y, en efecto, en ese instante, mientras el reloj desgrana las tres de la tarde, estalla una zarabanda infernal.

Pero ¿qué ha pretendido Ulises aconsejándome que venga a Sol? ¿Es que ha querido hacerme víctima de una de sus aventuras más horribles? Sin pérdida de tiempo, tomo una resolución. Con las manos cubriéndome la cara, me introduzco en la boca del metro. Solo quiero huir por esa Puerta del Infierno.

Los portillos automáticos están abiertos. No se ve a nadie, ni vigilantes, ni pasajeros. Ningún ruido humano, ferino o mecánico, rompe el silencio que reina en los pasillos por los que me interno como si fuesen los de una cueva. De un pasillo voy a otro, luego a otro, y al cabo de un rato advierto que han desaparecido las señales indicadoras. Trato de orientarme en el dédalo, pero es inútil. Al bajar al andén de una estación, miro por el túnel, pero no hay rastro de trenes. Solo acierto a ver, allá lejos, la claridad lechosa de la estación siguiente. Por ese conducto puedo alejarme de los teratos y teriopos de la superficie, pero ¿adónde iré a parar? ¿A Ópera, a Sevilla, a Callao, a Tirso? No consigo adivinarlo.

Al darme la vuelta, veo que se ha colocado a mi lado un tipo muy raro. Entre los

miles de teriopoos que llevo vistos es el primer centauro que me echo a los ojos. Al observarle, me siento algo animado, pues el centauro me mira con ojos amistosos.

–Soy Quirón –me dice en griego.

–Y yo –le respondo en latín– un pobre hombre extraviado en este laberinto de alimañas y monstruosidades.

–No temas, que mejor es ser un pobre hombre que un teriopo de superficie. Puedo llevarte a donde quieras.

–¡Pero adónde voy a querer ir estando como está la superficie! Además, es aquí donde yo he querido venir...

El centauro me mira con ojos interrogativos.

–... Ulises me ha dicho que aquí se me aclararían muchas cosas.

–¡Ah! –exclama el centauro–. Ya entiendo. Ven conmigo.

Quirón me invita a subir sobre su grupa y, después de recorrer algunos pasillos, llegamos a un espacio formado por dos estaciones que se cortan en ángulo recto, de manera que los raíles describen una cruz de oscuros brillos.

Encima, se eleva una enorme cúpula que produce la sensación de esos cielos claros y nítidos que son tan frecuentes en Madrid, o que lo serían de no estar contaminados con la ponzoña de los miles de automóviles que machacan sus calles y plazas. Al fondo del salón se abre un ábside o exedra cubierto con una cúpula aún más alta que la anterior y de un azul más cristalino. En la exedra se eleva un estrado formado por dos hileras de tronos y engalanado con telas de púrpura y oro.

El centauro me hace una señal para que mire el punto donde se cortan las dos vías: la transversal, que se prolonga a ambos lados por los túneles, y la longitudinal, uno de cuyos brazos termina al pie del estrado.

–Ahí –me dice– comparecerán los acusados.

–¿Qué acusados? –pregunto inquieto, pues la idea de que me enmarañen en algún lío no me hace ninguna gracia.

–¿Pues quiénes van a ser los acusados? –dice el centauro–. Los responsables de los grandes males que abruman al mundo en este final de siglo y milenio.

Exhalo un ¡ah! de alivio, y le pregunto:

–¿Y ante quién van a comparecer?

–¿Ni eso sabes? Pues ante Ulises y los dioses –me dice–, presididos por Júpiter.

Nada más pronunciar la última sílaba de *Júpiter*, se produce un estallido de truenos y relámpagos. Retiemblan los muros, el suelo amenaza con abrirse. Con angustias de muerte me preparo a perecer aplastado. Pero el seísmo solo dura unos segundos, durante los cuales el salón crece y se ilumina hasta adquirir proporciones colosales. Entonces se despliega ante mis ojos el espectáculo más esplendoroso que jamás haya contemplado la mente humana.

Sobre el magnífico estrado veo sentados a los dioses. En el centro está Júpiter

con su fluvial barba y el torso desnudo; en una mano blande el rayo y en la otra sostiene un cetro en forma de báculo; junto a él, el águila mira con ojos terribles que parecen ascuas.

A los pies del padre de los dioses está Venus. Un cinturón de oro apenas ciñe el velo que cubre su divino seno. La diosa juguetea con una paloma de plumaje inmaculado. Sus facciones y las redondeces de su cuerpo ostentan todos los encantos que se han podido soñar desde que holló los bosques primigenios la primera *Foemina sapiens*.

A la derecha de Júpiter brilla, con solemne belleza de matrona, la diosa Juno con un pavo real al lado. A su izquierda Mnemósine, acompañada de un cisne, mira con ojos benévolos, y un poco más atrás destaca de pie la majestuosa Minerva, que lleva casco y lanza; encima de su escudo está posada una lechuza cuyos brillantes ojos se asemejan a los de la diosa.

En el estrado veo a Diana con su arco de plata, a Neptuno con su barba azulada y el tridente, al oscuro Plutón, al gordezuelo y popular Baco, a Marte, el feroz campeón, y a todos los demás Olímpicos.

A ambos lados del estrado, en tarimas convenientemente adornadas, Apolo, a la derecha, y Mercurio, a la izquierda, brillan con un esplendor crisoelefantino. Ni las palabras de los poetas más inspirados ni los pinceles de los artistas más hábiles podrían dar una idea de la belleza y dignidad de esas dos deidades.

A Apolo le rodea los coros de las Gracias, las Musas, las Horas y las Estaciones, mientras que a Mercurio, que lleva en la mano el caduceo, le acompañan siete hermosas damas, de aire un poco gótico, que identifico como las *Artes Liberales*.

Al mirar a los dioses me doy cuenta de mi insignificante pequeñez, pues, según mis cálculos, la altura media de los Olímpicos es de cuatro o cinco metros, aunque eso no quiere decir gran cosa, pues pueden crecer y menguar a capricho.

—Apolo —me dice el centauro— se va a encargar de dirigir el proceso. En esta función le ayuda su hermano Mercurio. Ulises, que ves allí al lado de Mercurio, actuará de acusador. Júpiter dictará sentencia.

El centauro y yo nos metemos dentro de la caseta acristalada que hay en un andén, a fin de seguir cómodamente el proceso. Alrededor y debajo del estrado de los Olímpicos se van colocando en sus sitiales ninfas, faunos, náyades y otras muchas deidades.

—Entre nosotros —me explica el centauro— a estas últimas deidades las llamamos potencias y eones. Esa potencia que allí ves es Inteligencia, esa otra Honor; las que están a su lado son Reino y Magisterio.

Y así me va enumerando potencias y eones que se llaman Suerte, Vida, Remedio, Voluntad, Valimiento, Poderío, Remuneración, Forma, Reconciliación, Esperanza, Glorificación, Velocidad, Amor, Curación, Sensibilidad, Alegría y de otras muchas maneras, lo que me hace exclamar:

–Estas potencias y eones forman algo así como una enciclopedia, ¿no?

–Más o menos –me dice, sonriéndome, el sapiente Equinohomo.

–Me figuro –agrego– que en vez de revolver las páginas de un mamotreto o de pulsar las teclas de un ordenador, los Olímpicos prefieren llamar a las potencias para que les informen de los asuntos de su especialidad.

–Así es. Pero no pienses que lo hacen porque tengan necesidad de ellas, pues los Olímpicos lo saben todo. Las utilizan solo para ilustración de los hombres.

–Pues yo no sé de ningún plan de estudios donde se haya adoptado esa metodología.

–Y ya se ve el resultado: los hombres transformados en teriopos y teratos. Qué culpa tienen los dioses de que los ministros y consejeros del ramo sean tan obtusos.

Una de las potencias enciclopédicas se vuelve hacia nosotros, lanza un sonoro chiiis y sella su boca con el dedo índice.

–Es Harpócrates –me dice Quirón con un susurro–, la potencia del Silencio.

Voy a decirle al centauro que ese Harpócrates es una potencia apócrifa, pues el gesto de llevarse el dedo a los labios con que aparece en la escultura greco-egipcia ha sido mal interpretado, ya que, en realidad, lo que hace es chupárselo, pues el tal Harpócrates representa al Sol en su nacimiento, es decir, al Sol niño, pero debo reprimirme, pues las potencias Punición, Reprimenda y Bronca se vuelven hacia nosotros echando chispas por los ojos, como unos basiliscos.

Todas las miradas están fijas en Júpiter, el cual alza su poderosa diestra, lanza un rayo que resuena en la inmensa bóveda y, dirigiéndose a Apolo, le dice con voz de trueno:

–¡Procede!

El eco multiplica la palabra divina por la inmensidad: ¡procede, procede, procede!

Apolo dice entonces con voz solemne:

–Que entren la infernal Fragoria, a la que los griegos llaman Brontina, y sus hijas Electraña, Motoria, Ladraperuna y Discotina, a la que el vulgo llama Alcoholicia.

De pronto, me araña las orejas el ruido más hiriente que jamás se haya escuchado. Procede del túnel de la izquierda, que se abre cerca de donde nos encontramos el centauro y yo. Es un ruido de motocicletas que dan acelerones en medio de la noche, de excavadoras que taladran pavimentos adoquinados, de aeroplanos que despegan, de trenes que pasan por un túnel emitiendo pitidos, de sirenas de ambulancia que traspasan los huesos, de jaurías de perros que ladran despiadadamente a la hora de la siesta, de frigoríficos, lavavajillas y aparatos de aire acondicionado cuyas vibraciones hubieran sido amplificadas hasta cobrar proporciones de obsesión delirante, de fábricas donde se construyen máquinas y barcos en medio de los estrépitos más chirriantes, de petardos callejeros y cohetes que te pasan rozándote la cara, de bafles que en forma de torres atruenan los

estadios donde se celebran conciertos roqueros, del estruendo que estalla en esos mismos estadios cuando un teriopo mete un gol y parece que el cielo se cae del fragor que hace la masa enloquecida, de las megadiscotecas donde los teriopos más jóvenes van a divertirse sometiendo a los suplicios acústicos más espantosos, de cuadrillas de borrachos que aporreador tambores y desgarran los oídos con «Carrascal Carrascal qué bonita serenata» y «Ya se murió el burro» a las cinco de la mañana, de cotorras que no paran de parlotear, de ráfagas de ametralladora que salen de infinitos televisores repartidos con una estrategia infernal por todo el mundo y que, después de las ráfagas, transmiten los chillidos de una película de terror, los espasmos del orgasmo o las carcajadas de los teriopos que corean espectáculos insuperables por su degradación y su estulticia.

Mientras Fragoria y sus hijas se van acercando al cruce de las vías, las observo a mi sabor, pero no sé si seré capaz dar una idea aproximada de la fealdad de sus respectivas anatomías e indumentarias, que están a tono con los ruidos que cada una de ellas patrocina.

Electraña lleva un atuendo formado por bafles, cables y micrófonos, y su horrible rostro se parece a una pantalla de televisión. Camina en medio de los mayores estremecimientos, pues toda ella es un calambre y chispazo continuos.

El morro de su hermana Motoria se asemeja al de los camiones; en vez de brazos lleva alas de aeroplano y un frigorífico le sirve de falda; camina dando brinco, como cuando se circula en un todoterreno por el monte.

Ladraperruna va vestida de las más diversas pieles y su sucio hocico de pastor alemán no cesa de aullar.

En cuanto a Discotina Alcoholia, dicho está que anda como una borracha, lleva un gorro inspirado en un estadio de fútbol, su blusa está adornada de copas y en vez de falda ostenta una barra de bar.

La Madre Fragoria, que con sus ojos de loca saliéndosele de las órbitas, es un compendio corregido y aumentado de sus hijas, marcha en medio de espasmos, temblores y brinco, atacada por los más variados tics y calambres.

A la vista de estas demonias los Olímpicos no pueden contener la risa y se frotan las manos pensando en las disparatadas razones con que Fragoria va a defenderse de las acusaciones que Júpiter le ha hecho llegar por medio de Mercurio.

Cuando Fragoria y sus hijas ya están cerca del cruce de las vías, veo salir del túnel opuesto un enjambre de seres cuyo aspecto produce en mi espíritu una pena infinita. Tienen los ojos hundidos y ojerosos a causa del insomnio producido por el ruido de los televisores y tocadiscos de los vecinos, los bares y discotecas que en la planta baja de sus casas se pasan la noche torturándoles, y todos los estrépitos que caracterizan nuestro tiempo. La presencia de estos pobrecillos es, en sí misma, una acusación contra Fragoria y sus hijas, las cuales, nada más verles, redoblan sus alaridos y horrisonancias. Como jamás ha herido nada igual los tímpanos de los

dioses y de las potencias, Apolo se ve obligado a lanzar una flecha que traspasa a las *ruidiosas* haciendo de ellas un espeto. Los efectos de la flecha son de lo más notable, pues, al punto, Fragoria empieza a hablar con un susurro, si bien harto destemplado:

—¡Ah!, envidiosos Olímpicos, podréis apagar mis gritos con vuestras risas y flechas, pero no mis razones con vuestro silencio. Pues sí, Apolo, entérate, y enteraos todos los Inmortales que habitáis el anchuroso cielo, yo también sé razonar. Y os voy a dar una lección que no se os va a olvidar hasta la próxima *ekpirosis*.

»Muy bien sé que es la envidia que me tenéis, que tenéis a esta gran diosa de la raza de los Gigantes, esposa de Tifón, cuñada de Brontes y sobrina de Briareo, pero no infernal como para desinformar decís, sino gloriosamente tartárea; muy bien sé, repito, que es la envidia lo que os mueve a humillarme y sin duda a condenarme. Me odiáis porque mis fragores y estrépitos son el signo de las grandes fiestas de los teriopos, los cuales, de ese modo, demuestran amarme a mí mucho más que a vosotros, y son la medicina que les alivia de tantas penas como les torturan, sin que para remediarlas vosotros hagáis más que inspirarles la musiquilla de las esferas y otras lindezas semejantes.

»Y me envidiáis porque mi sabia hija Electraña ha puesto en manos de los teriopos unas fuerzas tales que compiten con el rayo de Júpiter, de modo que basta con que un teriopillo se gaste doscientas mil pesetas en un equipo de música para que pueda volver locos a todos sus vecinos haciendo un ruido tan grandioso como el de las cataratas del Nilo y el Niágara, un ruido que le hace sentirse fuerte, muy fuerte, aunque al día siguiente deba reír los chistes y gracietas de su jefe en la oficina.

»Y me envidiáis porque mi hija Ladraperruna, movida por su amor a los animales, distribuye cada día millones de perros por los hogares humaniferinos. Que ladran, que incluso emiten cada noche millones de ladridos y aullidos no lo voy a negar, pero ¿y el desahogo que sienten sus amos administrándoles generosas dosis de jarabe de palo, y sintiéndose señores y dueños de algo cuando regalan a los canes con los martirios más refinados e inauditos? No os riáis, envidiosos dioses, pues ya veis que yo también sé razonar.

»Y me envidiáis porque los hombres más poderosos de la Tierra, los que dirigen las gigantescas empresas que producen y comercializan las bebidas alcohólicas y refrescantes, los equipos de sonido y la moda juvenil adoran a mi hija Discotina Alcoholicia, pues solo ella es capaz de arrebatarse a los jóvenes y a los no tan jóvenes, aunque no voy a negar que para ello sus elegidos se vuelvan cada día un poco más teriopos y ensucien con vomitonas las aceras y al día siguiente de sus éxtasis sufran heroicamente monumentales resacas, de todo lo cual no sacan poco partido las

compañías dedicadas a los productos farmacéuticos, los consultorios psicológicos y las empresas que se consagran a la limpieza urbana.

»Así, oh dioses, triunfo con tanto ruido, y con tanto ruido yo y mis hijas hacemos triunfar a este milagro del siglo que forman las empresas del motor y la electricidad, de las bebidas y la moda, de la química y la farmacopea, de la decoración de bares y la limpieza de calles, de la discografía y los medios de comunicación y hasta de la psiquiatría. Suprimid el ruido; pues entonces habréis suprimido todos estos milagros.

»Reíros, sí, reíros todo lo que queráis, que bien sé yo que este triunfo mío es lo que no podéis sufrir. Os devora la envidia al ver que los santuarios de mi hija Discotina siempre están llenos de muchachos robustos y alegres, y de chicas más seductoras que Venus, la cual hace muchos siglos peina canas. Me odiáis porque todos ellos ignoran vuestra existencia y están satisfechos de ese cretinismo que progresivamente les afecta y del que yo, compasiva, me apiado. Me odiáis porque las calles y plazas están llenas de altares vehiculares consagrados a mi hija Motoria, y porque yo recojo las piernas rotas de los accidentados, les cambio la moto por una silla de ruedas y les visito en los hospitales. ¿Es que también esto os mueve a risa? Pues todavía os tengo que decir que me odiáis a causa de los honores que los vecinos de Madrid rinden a Ladraperuna, pues yo les sostengo, moralmente, para soportar los conciertos de ladridos y, físicamente, para que no se caigan cuando se resbalan al pisar la caída de un perro o cuando un cariñoso dóberman se les echa encima y les pone perdida la ropa, si es que no les causa un síncope como hace unas semanas pasó en la plaza de la Villa de París. En cambio, vuestros templos están por los suelos, en ruinas, custodiados por vejstorios macilentos y sabihondas solteronas, y en vuestros altares no humea la grasa de los bueyes y cabritos que tanto complacen a vuestra ancestral vulgaridad, pues los teriopoos prefieren los humos de mi hija Motoria, y, además, mi querida Electraña ha distribuido por el mundo tantos microondas como perros mi amada Ladraperuna. Nada más tengo que deciros, oh dioses represores, y reíros, sí, reíros, que el ruido que hacéis con vuestras olímpicas risas soy yo, Fragoria, quien lo inspiro.

Al terminar su discurso, trabajo le cuesta a Júpiter que los dioses cesen en sus risas, pues la forma de razonar de la Ruidiosa, según la llama Baco, no es para menos. Aprovechando el compás de silencio, la señora Angustias Insómnex boga, desconsolada, hacia el cruce de las vías, y Apolo le otorga el uso de la palabra.

—Poco voy a hablar, oh dioses que habitáis el elevado Olimpo, pues por no parecerme a la despiadada demonia que me ha precedido en el uso de la palabra querría pasar ante vosotros sin hacer un átomo de ruido. Pero ya que debo hablar, empezaré diciendo que represento a los millones y millones de vecinos que todas las semanas, todos los días, todas las horas del día y, sobre todo, de la noche de los fines de semana, son torturados por la sañuda Fragoria y sus insoportables hijas

Discotina-Alcoholia, Ladraperuna, Motoria y Electraña. Pues yo, Angustias Insómniz, soy uno más entre los miles y miles de desgraciados que tienen debajo de sus viviendas un bar, una discoteca u otro establecimiento de los que se dedican a las horrisonancias de los equipos de sonido, los extractores de humo, los aparatos de aire acondicionado y las máquinas de todo tipo, que han transformado a los lugares de diversión en fábricas de estrépitos y a nuestras viviendas en sucursales del infierno.

»Calles enteras donde se llevaba una vida tranquila y plácida hace solo diez años se ven infestadas de bares que, como si fueran una epidemia, se reproducen hasta invadir todos los portales. Así la calle de Campoamor, que los fines de semana bien pudiera llamarse de Camporruido, o la de Pelayo, que para unos se ha convertido en la de Penando y para otros en la de Melargo. ¿Mas para qué citar solo esas dos calles si se cuentan por miles las que padecen la horrisonante invasión?

»Una noche tras otra llevamos nuestras quejas a la policía, y la policía toma nota, y... el ruido sigue, y no hay esperanza de que las cosas cambien. Y si trasladamos nuestras denuncias a las oficinas municipales, allá se quedan durmiendo el sueño de los justos, pues no disponemos de medios para contrarrestar los efectos de ese elixir de oro con que los colaboradores de Discotina-Alcoholia riegan las manos y bolsillos de los infames teriopoos que dicen trabajar por nuestra felicidad.

»¿Qué hacer entonces? ¿Votar a nuevos ediles para que echen a los infames que les han precedido? Lo hacemos. ¿Y qué se consigue? Nada, o solo que los corchetes aprovechen la ocasión para pasar el cazo por las fábricas del ruido, en tanto que el colegio de los ediles mira para otro lado. Para lavarse la cara los consistorios dictan ordenanzas y los parlamentos decretan leyes que nadie cumple y solo sirven para multiplicar los delitos y para desesperar aún más a los vecinos, pues a sus males se añade la defraudación de lo único que ya nos queda: la agridulce esperanza.

»Cuando al alcalde y los ediles se les llena la boca con la sacrosanta expresión de la libertad de empresa, yo les digo: ¡Hipócritas! ¿Es que los ayuntamientos no prohíben que los edificios superen una determinada altura, no prohíben que se tienda ropa en los balcones, no prohíben que se arroje basura a la calle? ¿Es que no multan a los particulares que alteran las fachadas con carteles o anuncios que, a fin de cuentas, son mucho menos dañinos que los ruidos? ¿Es que no penalizan a los que tiran un simple tabique sin la autorización correspondiente? ¿Es que no hay normas que limitan el número de las farmacias? ¡Que no nos vuelvan a dar la lata con esa murga de la libertad de empresa con la que tapan las vergüenzas de su incompetencia, cuando no las de su corrupción!

»¿Es que una agresión tan maligna, dañina y generalizada como la de los ruidos de los bares y discotecas instalados junto a los portales de las viviendas no merece la atención de los ediles, y deban ser los impotentes particulares los que tengan que

hacerle frente? ¿Para qué les hemos votado? Para que nos boten de nuestras casas? Ved cuántos letreros de «Se Vende» lucen los balcones de las casas agredidas por Alcoholicia-Discotina. Y no digo más, pues no querría hacer el menor ruido y bien sé que la inteligencia de los celícolas y la diligencia de las potencias no necesitan más explicaciones.

Mercurio se ve obligado a blandir el caduceo para hacer callar a la infernal Fragoria y a sus diabólicas hijas, las cuales, no pudiendo contener su iracundia, se estremecen convulsivamente y brincan como pelotas. Apolo se encara entonces con Fragoria:

–Aprende, aprende a razonar de doña Angustias Insómnex, pues tú, Fragoria, lo has hecho tan bien, que cada una de tus palabras basta para mandarte a ti y a tus hijas a lo más profundo del Tártaro. ¿Qué defensa tienes cuando todo el mundo sabe que los ruidos dañan gravemente el hígado, el estómago y el corazón, y alteran seriamente funciones fisiológicas tan principales como la respiración, la digestión y la circulación de la sangre? ¿Qué defensa tienes cuando es de todos conocido que impides la concentración y provocas estados de ansiedad e irritabilidad?

»Pero lo peor de todo es que con tus horrisonancias contribuyes al proceso de teriopización que, no sin preocupación, observamos los celícolas. Pues tú, Fragoria y tus hijas, sois en gran medida responsables de las malformaciones anatómicas que se observan en las testas otrora humanas; malformaciones que se han ido acentuando durante los últimos doscientos años, exactamente desde que tu hija Electraña, secundada por Motoria, empezó a cubrir el mundo con los hilos de su funesta tela de araña, hilos que luego hicieron inquebrantables las no menos tartáreas Alcoholicia-Discotina y Ladraperruna.

»La hermosa redondez del cráneo y la graciosa proporción de las facciones que hasta hace poco distinguía a los humanos no eran el resultado del azar, sino el fruto de un proceso milenario a lo largo del cual los hombres llegaron a pensar describiendo armoniosos círculos, semejantes a los que trazan los astros en el cielo. Como, en los orígenes, los humanos vivían, al igual que todavía hoy las fieras, a merced de las impresiones del entorno, el rudo aspecto de sus rostros reflejaba la azarosa incoherencia que, en ese estado de cosas, afectaba a sus pensamientos e imaginaciones. Pero cuando los semihombres de los orígenes fueron logrando el margen de seguridad que les permitió inclinarse tranquilamente sobre las aguas de sus pensamientos, poco a poco descubrieron la forma razonante de pensar con sus características trayectorias curvilíneas. Nada se podía contemplar más bello que esas curvas ya circulares ya espirales ya catenoidales que, ajustándose a las más bellas proporciones, conferían a los sentimientos y a los pensamientos una armonía que hacía a los hombres semejantes a nosotros. Pero tan pronto como, desde hace un siglo, debido a tus incalificables mañas, Fragoria y a las de tus hijas, los ruidos

de todo género se han apoderado del mundo y con ellos se han desatado las emociones y pasiones del tipo más bajunamente tifoniano, la forma de pensar y de sentir de los humanos se ha ido alterando y quebrantando hasta el punto de que los pensamientos y los sentimientos han pasado a describir líneas incoherentes, chatas, obtusas, angostas, feamente quebradas, carentes en fin, de la más elemental armonía, con el resultado de que las cabezas antrópicas que las albergan han perdido la bella proporción de los rasgos que antaño las caracterizaba, y los cráneos han adquirido, correlativamente, las repugnantes siluetas animalescas que predominan en la triste humanidad de este final de época.

»Tú, Fragoria-Brontina, tú te has hecho así responsable de la monstruosa teriopización en curso que está arrancando a los humanos los atributos que les habíamos otorgado los Olímpicos. No te envidiamos tus infernales y criminales proezas. Demasiado te hemos tolerado. ¡Cómo te atreves tú, que quisieras convertir a los Campos Elíseos en los marjales del Tártaro, tú, que eres toda ruidos y calambres, a enseñarnos a razonar y a descubrir los buenos sentimientos? Quieres vengarte de los Olímpicos por la victoria que conseguimos en otro tiempo cuando tuvimos que luchar con tu esposo Tifón y tus parientes los gigantes, y para vengarte has escogido como víctimas a los pobres humanos, ya que no puedes con los dioses. Eso es, Fragoria, lo que nosotros no podemos consentir. De nada te van a servir tus embelecos y los poderes industriales de tu impotencia.

Tras concluir Apolo su alegato, el padre de los dioses y los hombres mira a Fragoria frunciendo el ceño y dice con voz terrible:

—¿A qué penas os condenaré a ti, Fragoria-Brontina, a tus hijas Electraña, Motoria, Ladraperruna y Discotina-Alcoholia, y a todos vuestros adoradores? No es fácil decidir cuál es el suplicio más adecuado, pues estáis acostumbradas a sacar placer hasta de las torturas más lacerantes del infierno. Así que, mientras decido el castigo que merecéis, os condeno a que aprendáis de memoria todos los libros del mundo y a que hagáis de ellos tantas copias como es el número de los teriopoos. Durante el tiempo que dure este trabajo, que según mis cálculos será de unos quinientos mil millones de años, os abrumará toda clase de vértigos y mareos. Después, Mercurio se encargará de examinaros y entonces fallaremos la sentencia definitiva.

Dicho esto, Júpiter lanza con tal arte su rayo que se abre una trampilla situada en la intersección de los raíles, de manera que el Tártaro se traga de un bocado a Fragoria y a sus hijas. Con otro rayo, el padre de los dioses repone la trampilla, y entonces veo que hacia ella se acerca un terato de lo más extraño. Tiene innumerables pescuezos que se agitan como los tentáculos de un pulpo, en cuyos extremos hacen muecas las cabezas teriópicas más variadas. Delante de él marcha una especie de hombre-mono o *simihombre* que conduce al terato con una maraña de cuerdas, sosteniendo sobre los hombros una especie de teatrillo de marionetas.

–¡Pero si es Títerino! –exclama el centauro señalando al monicaco–. Es el mago más teatrero del mundo.

–¿Y el monstruo que le sigue? –pregunto.

–Es Bobimasa, no cabe duda, pues Títerino y Bobimasa son uña y carne.

Títerino no para de hacer insulsas imitaciones de todo lo divino y humano, pero resulta tan patético que sus gracias provocan bostezos entre los celícolas y las potencias. Mercurio se encara con él.

–¡Ay, Títerino –le dice–, si vieses cuán ruines papeles haces y enseñas a hacer, enfermarías de tedio! Con razón te acompaña ese monstruo de toda necesidad. ¿Crees que nos ibas a engañar viniendo separado de Fragoria, de la que eres queridísimo sobrino? ¿Crees que no sabemos que Bobimasa es el hijo adulterino que has tenido con tu tía y que le quieres enseñar a ser un monstruo con tu teatrillo de bagatelas? ¡Ay, Títerino, qué bajo has caído! Y aún más bajo vas a caer, pues si mi padre Júpiter y mi hermano Apolo no tienen nada que objetar, te ordeno ir a hacer compañía a las horrisonidiasas, para que sufráis tú y tu Bobimasa las mismas penas.

Júpiter asiente, Apolo corea a su padre, y la asamblea de los celícolas aplaude la decisión y ve con gusto que el Tártaro engulla a la insípida pareja.

De pronto veo venir por el túnel de la derecha una procesión larguísima, interminable, que se pierde en la más profunda negrura. La procesión está formada por señoras, todas ellas vestidas de tiros largos, que marchan lentamente a los acordes de una música solemne.

–¿Qué es esto? ¿Son las cien mil vírgenes de santa Úrsula?

–No –me dice el centauro–. Son las galeristas de Teriopia.

Voy a decir que es imposible que sean tantas, cuando por el túnel opuesto veo venir otra procesión, también interminable, solo que esta vez la forman hombres barbados que también marchan a los acordes de una música solemne.

–¿Y estos son la legión de san Mauricio?

–No. Son los filósofos de Teriopia.

–No puede ser, pues no hay tantos filósofos.

El centauro me invita a mirar más a fondo.

–¿Es que no te has dado cuenta –me dice– que los filósofos son solo cinco, los de la primera fila, y todos los demás, el efecto de un habilidoso juego de espejos que transportan sus alumnos favoritos como si fueran los costaleros que llevan los pasos de la Semana Santa sevillana?

–Y lo de las galeristas, ¿es también un juego de espejos?

–Claro que no. Lo suyo es un mecanismo de realidad virtual, obra de un artista de Nueva York, que se llama el Manitas, muy famoso en la colonia hispana.

La procesión virtual de las galeristas la forman Esperanza Mancha, María de la Instalación, Sagrario Cubo y Gloria del Real. En el centro se destaca el insigne

marchante Romo Cameli, el cual se acerca con paso firme al cruce de las vías, asienta bien los pies sobre la intersección, saca pecho, alza la frente entornando los ojos con una sonrisa arrebatadora, se hace un lío con las infinitas arrugas de su matusalénico morro, gargariza treinta segundos, escupe al desgaire, se ajusta los puños de la camisa y, una vez obtenida la licencia de Apolo, empieza a perorar, al tiempo que abre su cola de pavo real, con la que protege a sus galeristas y a los artistas protegidos por estas.

–Para defender, vous le savez bien, la obra of these really prodigious artists, no necesito invocar el *ars longa vita brevis* de los latinos o el *to kallon khalepon* de los griegos, sino hacer ver the softness, the smartness, the greatness de estas superficies sonoras cuajadas de freudianos conceptos y de kantianas *Bemerkungen und Beobachtungen*, del sutil *fengjing chi* de los taoístas, y aun de la extremada polivalencia de los historiadores del futuro, pues, suivant l’opinion del eminente critico Fulvio Palote, «i capolavori del chiaroscuro deveno essere rozzi anche grossolani». First of all, a un nuevo mundo corresponde un arte nuevo, y para lograrlo nous devons commencer por la magna molis del business and media implicados. En un espacio como el actual, caracterizado por los grandes interaction processes, mes artistes sorprenden les impressions que dejan las deep structures en la saudade de las suport surfaces y el status nascendi de los Begriffe, las convierten ab ovo en propuestas estéticas y así reflejan las *Bilden durch Zufall* de nuestro Lebensraum y vuestro Zeitgeist. Que un echantillon de garabato despierte the dreams, the deep dreams of the world, de tutti quanti come sono qui y que by the way eleve los porcentajes a las estrellas es propio de quien siempre tiene in mind ta kalllista aisthanomena eisi beltista o, para decirlo, en vernáculo, optima in sensu pulcherrima in marsupio. Abrid, abrid los ojos y los oídos, las gargantas y los bolsillos, aperite caeli, open your minds, your gates, bill gates, and your pockets, a fin de que las propuestas que nos ofrecen these prodigious artists in die Welt und in der Himmel obtengan el merecido galardón. Pues ellos son los pioneers of a New Age, los adelantados de Acuario, del magnum saeculum con sus mimi, kuchi y yubi. Resuenen las trompetas, entonen sus cánticos los coros del Deuteronomio, los Nibelungos y el Cantar del Mío Cid, transmítanse por radio y por televisión y por las circunvoluciones de la red internet y sirvan como gorgeous cauces de tanta y tanta beauté convulsive los museos de arte moderno de todo el globo, pues ya empieza el gran jubileo de los ludi saeculares technicorum atque cremasticorum.

Las galeristas se derriten de gusto escuchando el trasnacional discurso de Romo Cameli, pero Apolo ordena a una gorgona que le ponga orejas de burro en latín, de asno en griego, de pollino en español, de rocín en portugués, italiano y francés, de acémila en inglés, alemán y ruso, y de requeteburro en chino, japonés y hebreo. Las galeristas le consuelan por la monstruosa incomprensión de que es víctima, pero enseguida, con el ojo avizor a la parte positiva del castigo, le animan

diciéndole que, en realidad, Apolo ha honrado su testa con una instalación conceptual que podría hacer furor en la Documenta de Kassel, el Aperto de Venecia y el Festival de Guadalajara de México.

–Yo tengo un cliente en Suiza –dice María de la Instalación– que dará millones por tener en su colección una testa tan orejuda. Es un ready made divino.

–Yo también puedo presentarte a un coleccionista de Minnesota –dice Esperanza Mancha– que es un apasionado de los mixed media. Mañana hablare a Rosana del Arco y Karmenchu Chufa, pues el ministerio debe comprar tu cabeza, si es que no se animan los particulares. Dará un juego interactivo de bigotes.

–Con solo ponerte en una estructura circular cuyo perímetro sea tangente a la punta de las orejas –dice Sagrario Cubo–, puedo convertirte en la joya del MoMA o del MNCARS.

Gloria del Real promete mandarle a su retratista favorito, López Valdepeñas, para que lo inmortalice. Cameli quiere suspirar, pero solo rebuzna. Lo hace, no obstante, en tantas lenguas, que sus rebuznos se transforman en una torre de babel apropiacionista.

Apolo manda callar a las cotorras, las cuales abaten, rezongando, sus picos pardos en el plumón de su pechera de oro, y amenaza a la rebuznante babel apropiacionista con arrojarla al voraginoso bátraco de su mente para que sea pasto de los tiburones de sus propios pensamientos. Respecto a las cotorras, el dios ordena a un ingente calamar que se les eche encima. El cefalópodo las inmoviliza con sus tentáculos y las acalla con unos cuantos brochazos de tinta indeleble. Cabizbajas, o piquibajas, las galeristas se excusan diciendo que la culpa no la tienen ellas, sino los financieros, que solo quieren más y más plusvalías. Después de reprocharles Apolo su insaciable avaricia, las galeristas designan, de común acuerdo, a Esperanza Mancha para que defienda su causa, y el dios le otorga el uso de la palabra.

–Si somos comerciantes, cosa que nadie pone en duda –empieza diciendo–, ¿a qué viene tanto escandalizarse de que queramos ganar dinero? ¿Es que se ha visto alguna vez a un comerciante que quiera arruinarse? Que las grandes obras del arte de vanguardia son caras, no voy a negarlo, pero ¿no lo son otras muchas mercancías de tipo suntuario? Además, ¿obligamos a alguien a comprarlas? Si un teriopo quiere pagar cien millones por dos metros cuadrados de pintura aplicada de forma superficial en forma de tres grandes manchas vagamente fenestriiformes, ese es su problema, no el nuestro. Pídansele cuentas a él, no a nosotras, que nos hemos limitado a satisfacer su exquisito gusto.

»Utilizamos los servicios de la publicidad, eso es obvio. ¿Pero quién nos va a censurar por ello? ¿Es que cuando sale al mercado un nuevo modelo de automóvil, de perfume, de teléfono, de equipo telemático, de aeroplano o de película, no se destinan cientos, miles de millones a cantar sus excelencias? ¿Por qué no vamos a

hacer nosotras lo mismo para promocionar a nuestros artistas? Que con esa finalidad a veces inventamos sus vidas, que pagamos a escritores para que nos las cuenten con las gracias de la literatura, ¿qué tiene eso de raro? Lo raro sería que nosotras, que nos dedicamos a la vanguardia, no aplicásemos una lección que hasta los ultramarinos más rancios aprendieron hace un siglo. Pues, enteraos, el paño ya no se vende en el arca. Hay que exponerlo, rodearlo de cócteles, de cenas en restaurantes lujosos, llevarlo en *jet* por el mundo.

»Y bien que damos las gracias a nuestros críticos, ya que suyo es el mérito de haber descubierto vehículos ultramodernos de propaganda. Pues publicitar un lavavajillas, un coche con cinco puertas, una bebida de jugo de piña o una conserva de atún y berberechos, eso es pan comido. Las utilidades de esos artículos son evidentes para todos los teriopus. Pero cuánto ingenio, cuántas carretadas de sutilidad y retórica se necesitan para persuadir del valor de una instalación hecha con cuatro palitroques y siete hierros oxidados, un retrato neomamarrachante, unas rayitas tiradas con un cordel minimalista, unos simples cuajarones de pintura lanzados a voleo o unos pedruscos dejados azarosamente en el suelo junto a la tapa de un colector (vulgo alcantarilla).

»¿Y qué tiene de malo que hagamos de los artistas ídolos? ¿No ocurre lo mismo con los que lucen su palmito en los platós y los estudios de la televisión y con los cantantes de moda? No voy a negar que a uno que se fue a París en los años sesenta porque en Madrid se aburría de lo lindo, le hemos convertido en un héroe del exilio y de la resistencia. Tampoco voy a negar que a otro que visitó con Azor Viajes un campo de concentración, le tejimos una aureola de mártir y estuvimos en un tris de presentarle como víctima de uno de esos campos. Cierto también (pues la verdad no tiene más que un camino) que a un artista que tiene más pinchos que un cardo y que pica más que un diente de ajo, le hemos hecho pasar por el no va más del *glamour* y la *dolce vita*. Cierto que a otros dos que pasaron una temporada el uno en el Amazonas y el otro junto al lago Tanganika los transformamos en un adalid de los derechos de los pueblos oprimidos al primero y de la fauna condenada a la extinción al segundo.

»No voy a negar nada de eso, pero no se nos censure por ello, pues ¿hemos obligado a esos artistas a encarnar lo que decimos de sus vidas, y al público a creer las cosas que de ellos cuentan nuestros cronistas, críticos e historiadores? ¿Es que vamos a entorpecer el libre curso de las ideaciones de los escritores, boicotear el decaído género de la hagiografía y poner diques a la corriente del golfo de las virtualidades literarias? Además, si a alguien hay que hacer responsable de que esas historias circulen por el mundo no es a nosotras, desde luego, sino a los directores de los medios que solo hacen caso de los artistas que les llegan revestidos con esos indumentos que tan habilidosamente les cosen nuestros escritores. Pero a estos no les debemos nada, pues (¡faltaría más!) les pagamos religiosamente su trabajo.

Bueno sería que quienes consiguen con sus glosas que un cuadro se venda a millones anden lampando por esos mundos. Pero nadie nos podrá acusar tampoco de manirrota, ya que nada está más lejos de nosotras que el funesto deseo de ocasionar inflaciones a nuestros ministros de Hacienda. Ni tanto ni tan calvo, ese es nuestro lema.

»Pero vayamos a asuntos de más enjundia. Como quiero ir con la verdad por delante, no voy a pasar por alto la acusación, que a menudo se nos hace, de querer poner en los cuernos de la luna obras de arte de una soberana tontería o una torpeza ejemplar, y de contribuir al encogimiento de la sensibilidad, ya que cualquier cosa, con tal que se la orqueste un poco, puede lograr las más altas cotas en la escala del éxito y las cotizaciones. A esa acusación contesto yo, si me lo permitís, oh dioses que habitáis el anchuroso cielo, que el número de los envidiosos es infinito y que sobre esas cuestiones hay opiniones para dar y tomar, según lo ha visto la sabiduría de nuestros ancestros al decir que para gustos se hicieron colores. Pero, como no me parece menos sabio lo de zapatero a tus zapatos, yo no voy a entrar en si es arte o no es arte la acción de pintar unos bigotes en una postal de la Gioconda, la de poner en hilera sobre un vasar treinta botellas vacías, la de colocar copos de miraguano azul marino en las esquinas de una sala, la de colocar bolsas de zapato en ídem y tantas otras cosas por el estilo como resplandecen en las galerías consagradas por los genios de la vanguardia. Por lo que a mí respecta, me someto gustosa al superior criterio de los financieros que nos animan en nuestras empresas; de los filósofos, que nos revelan valores insondables en las polivalencias del copo de miraguano, los bigotes de la postal o una simple raya de dos centímetros trazada con un rotulador rosa sobre el ángulo superior izquierdo de una cartulina gris; y, en fin, de los beneméritos políticos, que, deseosos como el que más de difundir las luces, los colores y la cultura, nos cortejan con miles de millones a cuenta del Presupuesto.

»Pero no se piense que, escudándome en los financieros, los filósofos y los políticos, trato de hurtar el bulto y escabullirme como una anguila, pues yo, Esperanza Mancha, no pertenezco al género de las anguilas, sino, en todo caso, al de los multicolores papagayos. Ante todo, quiero poner las cosas en su sitio. Pues algo se ha de hacer para que escarmienten todos esos envidiosos que han ido escopetados con sus murmuraciones a Ulises, Mercurio y Apolo, para hablarles de un artista hiperbóreo que fue invitado por los responsables del Centro Archiduque para exponer una de sus geniales creaciones. Nada más llegar a Madrid, el hiperbóreo se dio una vuelta por el Rastro de Tetuán, y allí compró una escoba y unos alicates, que el lunes entregó a los responsables de la muestra con algunas indicaciones sobre su enmarcación. Pues resulta que los envidiosos y resentidos de siempre están que trinan porque la obra fue expuesta con todos los honores y el Museo de Arte Contemporáneo, tras el preceptivo dictamen de los expertos, la

adquirió por diez millones del ala, precio en mi opinión bajísimo, dado que tan ilustre artista extranjero tuvo el detalle de entrar a fondo en algo tan nuestro y tan entrañable como el Rastro de Tetuán. Pero como estos envidiosos nunca se pueden estar quietos, también pusieron el grito en el cielo porque un compatriota del anterior aprovechó la intoxicación etílica que pescó en el barrio de Malasaña, donde por cierto está enclavado el Centro Archiduque, para hacer un cuadro con la vomitona que le sobrevino, la cual, en efecto, entregó el lunes a los responsables del Centro para su debida exposición.

»¿Es posible que haya gente tan obtusa que sea incapaz de percibir los valores de esas dos obras y lo bien que se gastó sus dineros el organismo competente exponiéndolas y comprándolas? Voy más lejos. ¿Es posible que haya alguien que no vea el denodado esfuerzo de nuestros artistas por transformar la mierda, sí, la puritita mierda, en lingotes de oro, qué digo, en el oro de los filósofos? Porque esta es la cuestión. Y yo quiero que se sepa que hasta ahora somos nosotras, las galeristas de vanguardia, las únicas que hemos tenido un éxito completo en esas empresas de alquimia superior, con la cooperación, ciertamente, de nuestros amigos los financieros, los filósofos y los políticos. Y no digo más, porque no quiero embalarme, o que me embalen como si fuera una escultura de Cristo.

Los dioses se remueven en sus sitiales. Venus resplandece. Ganimedes provoca el trueno al querer manipular el rayo de Júpiter. Juno reprende a su descuidado marido, da un cachete al gordezuelo copero y este se va jimplando a Esperanza Mancha, pero al abrazarla se queda tan tiznado, que todos los dioses estallan en una risa que resuena en las bóvedas del metro. Ganimedes, muy confuso, mira a los celícolas con una sonrisa alelada, contrae sus encantadoras facciones, se pone a hacer pucheros, y se va presto a refugiarse en las faldas de DianaArtemisa o, más bien, en sus muslos, pues, como es sabido, la diosa cazadora suele llevar unas falditas muy cortas.

Ulises hace gesto de querer responder al discurso de Esperanza Mancha, pero Apolo le interrumpe diciéndole:

–Como la acusada ha citado a los gremios de los financieros, los filósofos y los políticos, conviene oír a sus representantes.

Por uno de los túneles se ve venir con los pies de plomo al corpulento señor Plata de Meneses. Su atuendo lo forman billetes de banco muy nuevos y planchados y lleva en el sombrero una inscripción que dice: «Estos son mis amores».

Al verlo, no puedo contenerme y digo al centauro:

–¡Pero cómo se atreve este advenedizo a utilizar la divisa del gran poeta Villamediana!

Plata de Meneses, que tiene un oído muy fino, se vuelve hacia mí y me dice con aire despectivo:

—Con mi dinero he comprado esa divisa y puedo hacer con ella lo que me dé la gana, ¿te has enterado?

La impertinencia de Plata de Meneses recibe su merecido. Una empusa le propina un latigazo que lo deja sin aliento y sin los billetes del hombro derecho. Ulises le ordena que se reporte. Plata humilla la cabeza. Luego respira hondo, se pasa la mano por los billetes de las solapas, se arregla el nudo de la corbata y empieza, muy modoso, su discurso:

—Permíteme, sabio Ulises, ser un poco filósofo, pues las especulaciones financieras a las que preferentemente me dedico no están ni deben estar reñidas con las de la filosofía. El comercio del arte demuestra hasta qué punto nosotros, los financieros, somos capaces de conferir a los números una belleza que ni soñó Pitágoras. No es que vaya yo ahora a preciarme de filósofo, pues, cuando bien lo considero, los de mi gremio aún más que filósofos somos magos y, a fuer de tales, tenemos el poder de hacer realidad los deseos más íntimamente acariciados por el ser humano. El destino ha puesto en nuestras manos la lámpara de Aladino; digo, la auténtica; es decir, la de los cuentos. Y si la palabra ha podido circular como símbolo de la razón, nosotros hemos dado al deseo, sin el cual la razón es pura entelequia, su más noble ejecutoría en la forma del dinero, ya sea en metálico ya en cualquiera de las proteicas formas de que se reviste para gloria y prez de la inventiva humana.

»Ahora bien, decir que somos representantes del deseo es lo mismo que decir que bebemos a manos llenas en las fuentes de la vida, de la realidad, del ser. ¿Pues no dijo Schopenhauer que el fondo de la realidad es deseo, voluntad, apetencia, una fuerza infinita, ante la cual las construcciones de la razón no pasan de ser frágiles y cambiantes espejismos? Pues bien, el dinero y sus innumerables relaciones financieras son la expresión más directa de esa fuerza que sostiene el universo. ¿No se expresó Nietzsche en términos parecidos cuando habló de la voluntad de poderío y vio al superhombre encarnado en el animal humano, es decir, en el gran teriopo capaz de medirse con esa voluntad de poderío virtualmente infinita? Y Nietzsche llegó a más, pues pensó que el superhombre haría de su vida un juego, una obra de arte. Con lo que llegamos a la conclusión de que la alianza del dinero y el arte es el corolario de la profunda visión ontológica de Nietzsche. Y si nos remontamos en el tiempo, ¿no vio Hobbes la sustancia del hombre en la pasión, en el deseo? ¿Y qué quería decir con eso el sabio de Malmesbury sino que en el fondo del ser humano hay un apetito insaciable de dinero mediante el cual satisfacer sus pasiones? Así pues, si el fondo de la realidad y del hombre es el deseo, y si la mejor expresión del deseo es el dinero, y si el mayor refinamiento del dinero es el arte de vanguardia, entonces se comprenderá que, al defender a Romo Cameli y a mis amigas Esperanza Mancha, María de la Instalación, Sagrario Cubo y Gloria del Real, os esté invitado a bogar por aguas muy profundas.

»Pero no se piense que voy a andarme por las ramas. Es del arte de lo que se trata; del arte y de los artistas. Y a ello voy. ¿Quién puede dudar a estas alturas que el arte es una de mis mercancías favoritas? Digo más. El arte de vanguardia es el desiderátum de toda mercancía, pues el desiderátum de la mercancía es convertirse en puro espíritu. No ignoro que algunas escuelas de economistas heterodoxos piensan que ese papel le corresponde a las sustancias psicotrópicas y a los artículos bélicos. Mi opinión es muy otra. No lo digo porque el arte mueve más millones que la droga y las armas. Se trata de otra cosa. Me explicaré.

»Para ser la mercancía perfecta la droga tiene esa capacidad suya tan notable de crear adicción, que es lo que más desean los fabricantes cuando sacan al mercado un producto, pero le falta el poder de mantener los niveles paradisiacos que promete. Además, solo despierta emociones primarias, como ocurre, en otro sector, con los automóviles, careciendo, además, de la utilidad de estos. En cuanto a las armas, por representar las formas más depuradas de la agresividad y la supervivencia, están las pobres sometidas al férreo círculo de la necesidad, donde los márgenes de beneficios son, en mi modesta opinión, habas contadas.

»En cambio, el arte, como dijera Schiller, pertenece al ámbito del juego y la libertad, es el aquietador del espíritu, que decía Schopenhauer, representa la posibilidad de transformar la vida en algo sublime. Pues no se debe pensar que, para mí, el arte es solo la obra. A mí me interesa *todo el proceso*, desde la fisonomía del artista, su ropa, su vivienda, sus vacaciones, sus amantes, sus pasatiempos, sus platos preferidos, sus traumas infantiles, su rebeldía sin causa o con causa, sus lecturas y sus faltas de lectura, hasta la manera como se presenta ante el público, tiende la mano a los ministros y los banqueros, firma autógrafos a sus admiradores, se emborracha con los colegas. Sí, también, si es que no sobre todo, me interesa cuando se emborracha. Quiero su vida, toda su vida, y la quiero hecha obra de arte, sublime mercancía. Contemplado el negocio desde esta gran perspectiva, se comprende que las galeristas no pasen de ser uno de mis instrumentos. Mucho más trascendental es el papel que desempeñan los filósofos con sus sutilezas bizantinas y los políticos con sus florentinos maquiavelismos.

»Pues el núcleo del asunto está en que el arte de vanguardia ha hecho posible el mayor milagro al que pueden aspirar las artes financieras: hacer de la nada, del cero, una magnitud infinita. Con su reconocida perspicacia, los grandes artistas comprendieron enseguida mi punto de vista. Y así, mientras que los agentes de ventas normales solo trabajan a tiempo parcial, los artistas de la vanguardia saben que deben hacerlo a tiempo completo, y su identificación con las finanzas llega a tal extremo, que con los años se les ponen esas fisonomías características, esos ojos alerta, que parecen girar como planetas alrededor del sol de su avaricia. Cuando un viejo amigo de los tiempos de la bohemia le visita en su *atelier* y, bañado en lágrimas, le pide unas pesetillas para no morir de hambre, el artista famoso e

inmensamente avaricioso le escucha sentado en un baúl repleto de billetes de banco, detalle que el pobre artista bohemio ignora, y se siente feliz haciéndole hablar dos horas seguidas de sus desgracias, y le da una palmadita en la espalda mientras le dice que la vida se ha puesto muy difícil, y, cuando le acompaña a la puerta, le llena generosamente los bolsillos con las palabras y consejos más consoladores. Esta anécdota, de la que el gran Picaza se sentía orgulloso, explica más que cualquier otra cosa su incondicional adhesión a las tesis del mariscal Estallalín. No es que se quisiera hacer perdonar los millones o asegurarse de su disfrute en el caso de que viniesen tiempos difíciles. Picaza quería demostrar que estaba de acuerdo con el economicismo de la filosofía de Estallalín, que, como yo mismo, sostenía la tesis de que la economía es el motor que mueve al mundo. Nuestra única diferencia está en que, para los seguidores de Lunín y Estallalín, los políticos e ideólogos son los que deben llevar las riendas del negocio, mientras que para los de mi opinión, ese papel debe reservársele a los grandes teriopoos de las finanzas y la empresa.

»Pero pasemos a asuntos más concretos y sustantivos. Todo el mundo sabe la importancia que ha cobrado la publicidad. Pues bien, ¿quién nos alecciona mejor que el artista de vanguardia sobre su trascendencia? Lo realmente divino no está en hacer de *Las Meninas* o *La Pietà* o *La Gioconda* un cartel publicitario, ya que esas piezas son obras tan singulares y me atrevo a decir que tan antidemocráticas, que solo los pinceles de Velázquez y los de Leonardo, o el cincel de Miguel Ángel, estaban capacitados para realizarlas. Lo realmente divino está en que el garabato de un niño aún no escolarizado y la capa de pintura echada ad líbitum en una superficie de papel o lino, o el trozo de madera corriente y moliente sacado de un cubo de basura y dejado tal cual, se conviertan en una obra solicitada por los museos más afamados de Europa y América, contemplada extáticamente por miles de teriopoos, glosada por los filósofos, cantada por los poetas. Eso es un arte verdaderamente democrático; el genio haciéndose pueblo, todos y nadie, como en los orígenes, como en la aurora de los tiempos, cuando en el tránsito de la era terciaria a la cuaternaria, grupos de australopitecinos sintieron las revelaciones de lo alto con una sublimidad que solo se ha podido recobrar, tras dos o tres millones de años, en los últimos de este prodigioso siglo XX.

»Y la economía ha aprendido todavía otras cosas del arte de vanguardia: la gratuidad. No digo que vayamos a dar Picassos, Mirós o Tàpies por el morro. Esas son ideas que solo se les ocurren a los muertos de hambre. Lo que digo es que las obras más cotizadas de nuestro tiempo son de una gratuidad tan perfecta como no hay nada igual en los grandes almacenes del globo. Las creaciones más geniales no solo no hacen referencia a nada, sino que tienen la virtud de crear, cada una a su manera, algo que solo se me ocurre comparar con la frase evangélica de «si no os hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». Con lo que nosotros,

los magos de las finanzas, venimos a demostrar a los incrédulos la sublime espiritualidad de un arte que solo los *insipientes* pueden tachar de infantil.

Se hizo entonces un gran silencio. Antes de desaparecer por el túnel, Plata de Meneses se acerca a Esperanza Mancha, y tiende hacia ella sus magnánimos brazos. Esperanza se hunde en el pecho cubierto de billetes de Plata, y ambos, Plata y Mancha, se funden en un estrecho abrazo, de manera que a la galerista se le adhieren los billetes estampados en el atuendo del financiero, en tanto que este se tizna con las pigmentadas sustancias que fluyen del cuerpo de su amiga. María de la Instalación, Gloria del Real y Sagrario Cubo se emocionan al verles tan amartelados, y Romo Cameli orquesta, bajo la batuta de la babel apropiacionista de sus orejas, los armoniosos rebuznos que proyectan sus sobresalientes belfos. Entonces Ulises, tras mirar significativamente a Apolo, lanza sobre la pareja una red fabricada por las manos del hábil Vulcano y el ingenio de la clarividente Minerva, de manera que quedan atrapados como si fueran un banco de sardinas o una bandada de pájaros de cuenta. Cuando Mancha y Plata tratan de liberarse de los hilos, Ulises activa un mecanismo mediante el cual los eleva, como si fueran un paquete, de manera que quedan suspendidos en el aire. A la vista de un espectáculo tan cómico los celícolas estallan en una grande e inextinguible risa, cuyos ecos resuenan en la alta cúpula del metro. Después, como quien deja caer un caldero al fondo de un pozo, Ulises los deposita junto a la boca del túnel.

–Venerado Apolo Licio, que lanzas tus flechas desde lejos –dice entonces Ulises–, permíteme que antes de mandar venir a los corifeos de los filósofos y los políticos, conteste a los sofísticos discursos con que la galerista y el financiero han fatigado nuestras orejas.

Obtenido el permiso y con el aplauso de los celícolas –entre los que se destaca la intrépida Dictina, hermana de Apolo–, el héroe se encara alternativamente con la señora Mancha y con el señor Plata:

–Tú, Mancha, a ti te hablo, dime, ¿cómo te has atrevido a decir que vas con la verdad por delante cuando tú misma reconoces que pagas a los escritores para que se inventen la vida de tus artistas, a fin de facilitar las ventas, y que te dedicas a una alquimia que consiste en hacer pasar por oro la puritita mierda? Y tú, Plata, ahora me dirijo a ti, ¿cómo te atreves a singlar los procelosos mares de la filosofía cuando no ves más allá de tus narices, digo, de tu dinero, cuando tu principal afán es despertar deseos y pasiones, a fin de que tus negocios marchen viento en popa? Si te ciega la codicia, ¿cómo vas a ver claro? ¿Cuándo se ha visto que los que están sometidos a la violencia de las pasiones vean más claro que los espíritus serenos? ¿Y con qué autoridad pretendes enseñarnos lo que quisieron o no quisieron decir Schopenhauer, Nietzsche, Schiller y Hobbes? ¿Y por qué te has olvidado de poner en la lista a Platón, a Aristóteles, a Séneca, a Plotino y a tantos otros cuyos razonamientos habrían echado por tierra tus sofismas?

»Porque, vamos a ver, ¿cuándo se ha visto que el deseo o la voluntad o la fuerza existan por sí mismos, independientemente del objeto que provoca ese deseo, de la representación que mueve esa voluntad, del combustible que alimenta esa fuerza? Si hubieras sido capaz de entender que el deseo, la voluntad y la fuerza no son, en sí mismos, nada más que una abstracción de tu estragado cerebro, alterado por los cálculos del capital, las amortizaciones, las plusvalías y las desgravaciones de Hacienda, no habrías errado tan vergonzosamente el camino. ¿Qué físico te va a admitir que el universo es el resultado de una fuerza ciega, cuando no hay día que no descubran las leyes que rigen su funcionamiento? ¿Y qué psicólogo te va a aceptar la teoría de que los deseos surgen de sí mismos, es decir, que el deseo es *causa sui*, lo cual es absolutamente ininteligible, cuando no hay psicólogo que no parta del principio de que nada existe, ni en la mente ni en la psique, sin algo que dé razón de su existencia? ¿Es que te has vuelto incapaz de pensar a derechas? ¿Es que tu jivarizada inteligencia se ha convertido en el recipiente de esas ciegas fuerzas que invocas? Tus cortas entendederas se parecen a las de aquellos que ante un espectáculo de marionetas piensan que los muñecos se mueven por sí mismos, o a aquellos otros, aún más alucinados, que creen que con arrojar a voleo las letras del abecedario se puede obtener, listo para la imprenta, el *Don Quijote* o la epopeya que relata mis navegaciones y trabajos.

»Pero yo también voy a descender a asuntos más concretos. Y, para empezar, me dirijo a ti, manchada Mancha. ¿Qué es eso de invocar a la diosa Tolerancia y a su séquito de la Benevolencia y la Amplitud de Miras para hacer pasar por obras de arte geniales un garabato infantil, unos cachivaches del Rastro, una raya más o menos perfilada de dos centímetros, una vomitona, y todos esos ejemplos de que rebosan las galerías de tu cuerda y las colecciones de tantos museos como son los que apuntalan tus balances? Ciertamente, los celícolas no prohíben al que tiene náuseas que vomite, al que escucha un aburrido discurso que se ponga a hacer garabatos, al que sufre de alguna obsesión que dibuje rayitas, y al que no sabe hacer otra cosa que moje sus pinceles en las sustancias coloreadas más diversas y los arrastre por la superficie de un lienzo, un papel o una tabla de contrachapado, siguiendo el dictado de su capricho, su furia, o su aburrimiento. Nada de eso prohíben los Olímpicos. Pero de ahí no se debe deducir que aplaudan al incauto que por esas obras paga el oro y el moro, pues esas decisiones son cosa de vuestros amigos Titerino y Bobimasa, de los gigantes, Tífonos y Fragorias, que tanto os ayudan en vuestras empresas. Nada tienen que ver con eso los celícolas.

»El que los celícolas consientan que el gobierno de una determinada tribu del montaraz septentrión sea víctima de una de las mayores tomaduras de pelo del siglo (¡y cuántas no ha habido en el siglo!) pagando treinta mil millones por exponer una cama a medio hacer o una pila de platos desportillados, cuyo valor no pasaría de las quinientas pesetas en un mercado mínimamente razonable, eso es

algo que no incumbe a los celícolas. Como tampoco les incumbe el que el *infinitus numerus* acabe haciendo un negocio de una tomadura de pelo tan monumental. Si en alguna parte se ha de buscar a los responsables, no sería en el Olimpo, sino en la caverna donde se reúne el citado gobierno, cuya tendencia a la falsificación es lo que mejor lo define, y en la selva donde moran los teriopos que lo han elegido para regir la unidad de sus destinos en lo universal. Con gentes que viven tan engañadas, poco pueden hacer los celícolas. Hay procesos de teriopización irreversibles. Especímenes como el padre Arcaduz, el matasanos Catilino Batueco, Maza Alatetra o Erre Mataysuma pertenecen a fases tan regresivas, tan repulsivas, que incluso a los teriopos más teriopos de la Puerta del Sol les produce un estupor inenarrable.

»Lo que nunca harán los celícolas es poner las ofertas de Mancha y Plata al mismo nivel que las creaciones de tantos artistas inmortales que aún se conservan en museos como el Prado, el Louvre o los Uffizzi, pero que de seguir el arte el curso que queréis imprimirle tú, Plata, y tus colaboradoras, desaparecerán irremisiblemente. Desaparecerán, sí, como ya desaparecieron cientos de miles de cuadros y dibujos realizados en los diez siglos que van desde los tiempos de Solón hasta los de Justiniano, cuando el proceso de teriopización de la época expulsó a los celícolas del Olimpo, sin darse cuenta de que con esa expulsión los hombres se expulsaban de sí mismos. Los celícolas, enteraos, solo premian la excelencia, porque si la excelencia es arrasada por las hordas de Totumrevolutum y Valetodo, imperará una intolerancia como nunca se ha conocido, la de los estrechos de espíritu que están felices y contentos con su estrechez.

»Paso porque a esas obras que tú, Esperanza, promueves y tú, Plata, negocias para honor y gloria de la diosa Plusvalía, se les adjudique el nombre genérico de obras de arte, pero que a esa arbitraria turbamulta de espejismos se la pretenda hacer la fuente de todo criterio estético, eso es una *contradictio in terminis*. Lo que cualquiera puede hacer (por ejemplo, tirar a voleo las letras del abecedario) jamás podrá ser algo excelente (por ejemplo, el *Quijote*). ¿Es que vuestra paralizada inteligencia se ha vuelto incapaz de comprender algo tan sencillo? ¿Es que he de enseñaros cosas que antes del imperio de los teriopos sabía un niño de pecho? Mucho me temo que la enfermedad no tiene remedio. Hace solo una semana tú, Mancha, enseñabas un cuadro hecho con pelos, escarpías y masas momificadas de óleo, betún y otras sustancias catacumbales. ¿Qué le decías a esa víctima cuyos millones te hacían la boca agua? Te lo diré. Decías exactamente esto:

»«¡Oh, es una obra realmente divina! ¡Qué fuerza, qué profundidad! ¡Y una oportunidad de las que no se presentan así como así! Pues hace una semana se ha subastado el boceto de este mismo cuadro, y ahora estoy de los nervios! Figúrate que se ha pagado por el boceto tres veces el precio que yo he puesto al cuadro. Vamos, para tirarse de los pelos. Pero una es profesional y, mira, una no está aquí

solo por el dinero. Lo que yo quiero es que cuando mis clientes se llevan un cuadro se vayan contentos y seguros, sobre todo seguros. Cuando el artista me trajo el cuadro y vi el juego tan hermoso que ha hecho con las escarpas y el pelo y con estas masas tan sugestivas, me dije: Este gozo de cuadro tiene que ser para Cuqui. ¡Qué bien luciría en tu salón de Somosvinos o en el de Cerdeira! Sí, lo vi hace dos semanas en el *Lola*. Y si te digo la verdad, al ver las fotos pensé: Tengo que decirle a Cuqui que ya va siendo hora de que deje de apabullar a las visitas con ese Zurbaranillo tan, tan..., no sé cómo decirlo, y no te digo nada del Murillito, tan edulcorado, que da al dormitorio un aire de escenario de Cifesa”.

»Señor Plata de Meneses, pues a ti me dirijo ahora, si te has creído que nos ibas a engañar con tus pseudofilosofías, tendré que ponerte tantas orejas de burro como a Cameli. Ya sé que has dejado atrás el comercio de los artículos de necesidad, cuyos márgenes de beneficio son necesariamente cortos, y aun la economía que se limita a satisfacer apetencias como la del automóvil, los electrodomésticos, los fármacos, las bebidas, la indumentaria, los viajes, el ocio y las demás que caracterizan a la sociedad de consumo. Incluso has superado, aunque sin renunciar a ellos, los rubros de las drogas y las armas. Tu especialidad es la comunicación y, sobre todo, la vanguardia. Te sigues basando en el cultivo del deseo, pero el tuyo no es ya el deseo en estado puro, sino combinado con las mil formas de la fantasía y, dentro de ese sector, con las mil formas de la ilusión y, dentro de la ilusión, con aquellas tan poderosas que te permiten hacer que la gente vea vestido al rey que en realidad está desnudo. Pues no haces realidad los sueños, sino que haces de la realidad un sueño; un sueño que mides con la regla de cálculo de tus intereses.

»Antes de mostrar cómo haces pasar cuadros inanes por geniales, quiero detenerme en la cinematografía, pues no es poco el provecho que sacas de ese sector y, en particular, de tu productora Los Deseos. En dos minutos, pues no vale la pena gastar más tiempo, voy a contar cómo has hecho pasar la última cinta de tu adorado Simón Almadebar por una película genial a la que los críticos han saludado con un concierto de balidos.

»“¿Qué puedo hacer para no seguir hundiéndome?”, se preguntaba Almadebar hace apenas dos años, antes de empezar el rodaje de *Celulíticos temblores*. “Ya no soy el niño mimado al que le ríen todas las gracias, y se murmura que mis primeras producciones no eran más que sainetes del momento, y, lo que más me duele, en Estados Unidos me toman a chirigota. Mira, que decir de mí que siempre estoy haciendo la misma película, solo que cada vez más refrita. ¿Yo un cineasta de usar y tirar? Pero lo peor es que a veces tengo una pesadilla. Sueño que todo ha sido un sueño y que, cuando por la mañana me levanto, debo coger el metro para ir a la oficina como todo hijo de vecino y que, cuando llego a la oficina, le digo al jefe que soy el director de cine más famoso de Teriopia y entonces el jefe y los compañeros

se echan a reír, y yo me desespero, pero todo es en vano. Esto no puede ser. No, no. Eso no puede ser. No estoy dispuesto a pagar tan caro mi descaro”.

»Almadebar sacó de un cajón muchos papeles con balances bancarios, portadas de revistas y fotografías en las que se le veía con famosos y ministros, y, ya algo más tranquilo, empezó a pensar en las medidas que debía tomar para el éxito de *Celulíticos temblores*.

»“Aunque mis protectores están con el agua al cuello –se dijo–, siguen teniendo emisoras de radio y canales de televisión y periódicos y revistas y cantidad de escritores. Desde que empiece el rodaje hasta el día del estreno, tendrán que echar toda la carne en el asador; sí, toda, con celulitis o sin ella. Si no, rompo la baraja y les digo que... me paso a los *otros*”.

»A pesar de las halagüeñas perspectivas que la imaginación de Almadebar abría a *Celulíticos temblores*, su sistema nervioso no consiguió la dosis de optimismo que necesitaba. Al contrario, se sentía todavía más deprimido. “Como esto siga así, voy a acabar con un ataque de nervios –murmuró–, y, al tiempo, si no me voy a tener que pasar el resto de mis días entre tinieblas, en un horrible laberinto de frustradas pasiones. ¿Qué he hecho yo para merecer esta pesadilla? ¿Es que esos tacones que me hacían parecer un gigante están cada vez más lejanos y voy a terminar siendo una flor sin secreto o un secreto sin flor?”. Receloso, Almadebar temía que su plan estratégico no fuera más que un espejismo. Entonces sacó un papel, dibujó un cuadrado, lo dividió en casillas y puso: Violencia 20%, Droga 20%, Sexo 40%, Horrores de la Dictadura 10%, Arrobas de Trinquete 10%. Al lado, en otro cuadrado, escribió: un rato de cárcel donde hace gimnasia y lee la Biblia un huérfano hijo de una puta – otro rato de cementerio con muchas lápidas – otro rato de parto en un autobús con mucha sangre – otro rato de chabola con mucha mugre – alguna que otra vista de las torres KIO, pues no hay nada más moderno en la ciudad – que no falten policías mal hablados – ni camellos – ni tampoco un tetrapléjico en silla de ruedas. Al contemplar los dos cuadraditos, Almadebar se puso tan contento como Arquímedes cuando descubrió el principio que lleva su nombre: “Eureka –exclamó–. Es mi fórmula magistral. No puede fallar. ¿Pero... y si me dicen que vuelvo a las andadas y que estoy haciendo por enésima vez mi enésimo melodrama?”. Almadebar volvió a sentir angustias de muerte, pero, al cabo, vio una lucecita. “¡Pero cómo no se me ha ocurrido! Tengo que llamarle”. Almadebar acababa de descubrir que sus males podían tener remedio si se ponía en tus manos, Plata de Meneses. “Ay, Simón, Simón –le dijiste nada más sentarte en el sofá–, ¿para qué has hecho tantos millones? ¿Es que no sabes que a ese elixir de oro no hay nadie que se le resista si se le administra en las dosis convenientes? ¿Para qué te has pasado treinta años perfeccionando tu natural vulgaridad y esa falta tan tuya de vergüenza? Con esos dones y con los andrajos con que has arropado

Celulíticos temblores puedo asegurarte el éxito de tu vida. A cambio, basta con que me firmes este papelito”.

»Cuando Almadebar leyó el papelito y vio que, si lo firmaba, se comprometía a entregarte el 90% de lo que le correspondía de la recaudación y que, en factura aparte, iban la cartelería, el correo, las imprentas y demás, el director de *Zancajos remotos* quiso protestar ante una avaricia tan fenomenal, pero no lo hizo. Se limitó a decir un chiste tontorrón, y, después de las firmas, te diste el gustazo, Plata, de darle algunos *consejillos* artísticos. “Tienes que forzar más la nota melodramática – le dijiste–, pues las Marujas mandan mucho en tu cine; y cargar más las tintas en lo de la dictadura, pues aunque en tus años jóvenes no moviste un dedo, eso es lo de menos. Además, todo lo que huele a guerra civil vende, según lo ha demostrado tu amigo Trinquete. Y a ver si lanzas alguna soflama lo más gorda posible sobre la libertad que trajo Trinquete, pues las bolas cuanto más grandes mejor. Me ha parecido que la edad mental de los personajes es de 14 años. Eso no puede ser. Tienes que rebajarla a 12, ¡y ni un año más! En cuanto a los *otros*, pierde cuidado. Ya me dirás cuando veas a la ministra en el estreno y *La Monda* te ponga en los cuernos de la luna, pues lo que es *La Parroquia* y *El Analfabeto Real*, eso está hecho.

»”Y ahora vamos a lo importante. Dos meses antes del estreno, das una fiesta por todo lo alto. Yo me encargo de que te resulte gratis total, que para eso está el Círculo de Pelas y Artes y su socio el Fusor de Teriopus. De lo que tú tienes que ocuparte es de que no falte *nadie*. Mostrarás unos minutos de la película (sin pasarte) y darás las explicaciones con el desparpajo de tus buenos tiempos. Y te emplearás a fondo en la captación de los críticos que hayan puesto peor tu última película. ¡Nada de ir de reina, que eso vendrá después! Tienes que hacerte el sencillito y el natural. No te olvides de que tu negocio es el pueblo. Y que tres o cuatro escritores te publiquen algún articulito de esos de una plana con fotografía donde cuenten que tu genio ha madurado, que *Celulíticos temblores* es tu mejor película, que va a ser un éxito aplastante. Tampoco esto te costará, pues con que les digas que les vas a presentar su próximo libro, o que les vas a citar en una entrevista, o que piensas en ellos para un guion, te los metes en el bolsillo. Al día siguiente, todos los periódicos pondrán por las nubes tu fiesta, aunque solo sea para dar envidia a los que no han sido invitados, y de la película ni te digo. Como las revistas no van a querer ser menos, la bola rodará todo el verano.

»”Un mes antes del estreno harás un pase para un grupo *especialmente* seleccionado, críticos, jefes de las páginas de cultura..., ya sabes. Unas treinta personas, no más. Que se sientan muy importantes. Piensa que para ti lo son, al menos en ese momento. Luego haces unas declaraciones, y ya verás cómo los periódicos y revistas dicen al público lo que tú quieres que se les diga.

»”Tres o cuatro días antes del estreno, viene la traca final. Es la presentación en

sociedad de la criatura. Debe ser algo grande, con mucho poderío, con mucha gente guapa llenando las escaleras y los vestíbulos. La presión de la corriente tiene que ser ya tan fuerte que se lo lleve todo a su paso. Lo de menos es que la cinta guste o no guste. Lo que importa es la corriente, que sea tan tremenda que, o te quedas fuera y entonces allá películas, o, si te pillan, los teriopoos tengan que ir adonde tú quieres que vayan. Cuando a los tres días se haga el estreno oficial, comprobarás por ti mismo los efectos de la corriente. Nadie se atreverá a decir que *Celulíticos temblores* es una cinta todavía más abominable que las anteriores, y, si alguno se atreve, lo hará con una frase tortuosa que dice y no dice; pero tú te encargarás de llamarle (“¿cómo me puedes hacer esto?”, “te vas a quedar solo”, etc.) y ya verás cómo el de la frasecilla te saca a relucir en otra columna para ponerte de genio para arriba.

»“Mi plan te dará desde el primer momento un cierto número de fanáticos, que se encargarán de tapar la boca a esos exigentes que, desgraciadamente, nunca faltan. Pero si estos insisten en que la película es un bodrio, mejor que mejor, pues tenemos servida la polémica y eso nunca viene mal. Y si no hay polémica, miel sobre hojuelas, pues eso quiere decir que tu poderío es total. Pero no pienses que la campaña se reduce a la operación ‘críticos y cinéfilos’. También hay que atender a los teriopoos comunes, que son los que llenan o dejan vacías las salas. A esos les machacaremos con las herramientas de rigor, empezando por una campaña masiva de cartelería. La idea del culo me parece de perlas. En cada esquina un culo. Y si es por partida doble, mejor. Que nunca se hayan visto tantos culos. Y ahora, a poner la rúbrica. Al cabo de tres semanas, te muestras conmovido por el éxito de *Celulíticos temblores*, dices que todavía no te crees los innumerables elogios que te ha dedicado la crítica y das las gracias a ese público maravilloso sin el cual no sabes qué iba a ser de ti. A la semana siguiente insistes en que no crees merecer un éxito tan rotundo y que te sientes infinitamente agradecido por la riada de espectadores que van a ver tu mejor película, etcétera”.

»Esto es lo que le dijiste, ¿no, Plata? Después de escucharte como si pesase con una balanza de joyero cada una de tus palabras, Almadebar te preguntó: “¿Y crees, Plata, que tu plan dará resultado?”. Tú le contestaste: “No te quepa la menor duda”. “¿Y ganaré *mucho* dinero?”. “Lo ganarás –le respondiste–, pero no debes olvidar que ahora no se trata de eso, sino de *ser o no ser...* Para alguien como tú, que ni has cumplido cincuenta años, no hay nada más horrible que convertirse en..., y no digo más”. “Y después, ¿qué?”, te preguntó Almadebar con una expresión que reflejaba cansancio y tedio, y tú le contestaste: “¿Después? ¡Pues a seguir rodando, muchacho!”.

»Lo que más te fascina del sector cinematográfico es pensar que circulan por el mundo cientos de miles de millones con los correspondientes ejércitos de trabajadores dedicados a producir espectáculos que, día a día, van succionando, con

una tenacidad infinita, lo poco de materia gris que les queda en sus cabezas a los teriopos. Pero si el sector de la cinematografía te produce morbo, el del arte de vanguardia te enloquece, y yo lo entiendo. En ese sector el negocio es tan puro, tan limpio..., no se necesitan equipos especializados, ni aparatos costosos. La inversión en materiales es mínima. ¿Cuánto cuesta un metro de tela, un bastidor de madera, unos gramos de pigmento? ¿Tres mil, cuatro mil pesetas? ¿Y qué habilidad especial se requiere? Pero lo maravilloso está en que sabes que a esas tres o cuatro mil pesetas puedes llegar a sacarles una rentabilidad de cien millones, o de quinientos, o de mil, o... Estos milagros te enloquecen, Plata, y yo lo entiendo. Y tu locura raya en el frenesí cuando ves que el que paga no es una anodina masa de teriopos acostumbrados a amontonarse y a hacer colas los sábados por la tarde en la Gran Vía, sino teriopos riquísimos y, a veces, hasta elegantes, que presiden grandes bancos y pertenecen al género de las aves del paraíso y al de las gallináceas de alto copete.

»Conociéndote como te conozco, entiendo que prefieras la vanguardia a las superproducciones o a las drogas duras o a las armas de destrucción selectiva o a las piedras preciosas o a la música pop. Es un sector tan espiritual, tan misterioso; te permite emplear tan a fondo los métodos de la fascinación, que cuando recibes en tu despacho a Romo Cameli o vas a ver en sus impolutas galerías a tus colaboradoras Esperanza, María, Sagrario, Gloria, te sientes un mago, un mago de verdad.

»Para que veas que en el Olimpo conocemos tus artes, te las voy a describir. Todo el negocio se reduce a una cosa: crear la ilusión de que un artista produce obras geniales. El estilo es lo de menos. Cualquiera puede servirte: el minimalismo, el arte pobre, la instalación semiótica, el apropiacionismo ecléctico, el expresionismo abstracto, la figuración conceptual, el estructuralismo geométrico, el informalismo matérico, el neoplasticismo revisado, el posmodernismo metafísico, el constructivismo afuncional, el superficialismo de soporte, el accionismo plasticista, el pop minoritario, el transobjetualismo dadaizante, la mimesis hiperbólica, el interactivismo de clase, el simbolismo neodecadente, el simultaneísmo caricatural, el simulacionismo fenomenal, el reverberacionismo hipnagógico, el situacionismo eidocéntrico, el mixturicismo místico, el plurirromanticismo arrebolado, el cinetismo desenfrenado, el cinismo tribal, el aceleracionismo progresivo, el vibracionismo de frigorífico, el neotachismo sin tacha, el tardoclasicismo de plastilina, el futurismo tardón, la escritura catastropheiforme, el turetismo crítico, el pauperismo selectivo, el cromatismo de bodega, el tuismo neónico, el yoísmo meónico, el profundismo sin fondos, el *merdeisme logique*. Para qué cansarse, si diciendo que no hay estilo que se resista a la magia de tus operaciones está dicho todo. Esa diversidad te permite no solo

disfrutar de las inagotables riquezas espirituales de la más polimorfa visión artística, sino también jugar a las subidas y bajadas, es decir, a comprar barato y vender caro.

»Dentro del abanico de los estilos prefieres las modalidades abstractas. Es comprensible. Así te ahorras a esos pelmas que se empeñan en comparar las obras de arte con los modelos a los que deben ajustarse los artistas realistas. Pero si queda todavía alguno de esos pesados, tú lo despachas con el argumento de que para eso está la fotografía, el cine, la televisión, etcétera; argumento que tiene efectos paralizantes en las mentes de los teriopos. También evitas los modelos abstractos que han sido depurados por tradiciones seculares, como son los de tipo geométrico, que tanto abundan en el arte sirio-fenicio, el greco-romano, el árabe, pues lo que ante todo hay que impedir es que se establezcan indeseables comparaciones. Qué cara de vinagre pusiste, Plata, cuando un día salió un crítico incontrolado diciendo que los anónimos artesanos del primer estilo pompeyano pintaban unas superficies mucho más interesantes y sugestivas que las de Roto, Mader y las demás niñas bonitas de la *action painting* y el *support surface*. Y qué bilis segregó tu hígado cuando el crítico lo remató diciendo que para los *connoisseurs* de la época los *support surface* del primer estilo pompeyano eran obras de un arte inferior, que estaba al nivel de los decoradores corrientes y casi casi de los pintores de brocha gorda. Cómo te revolviste cuando a un importante historiador del arte se le ocurrió afirmar que la pintura que patrocinas, Plata, pertenece a la tradición de las artes decorativas y la cartelística, y que es ridículo pretender ponerlas al nivel del gran arte. Cuando Esperanza Mancha te llevó al despacho el artículo, ¡qué bufidos soltaste! ¿Y qué hiciste? Empezar a hacerla con el arte clásico y pagar una campaña para meter en las cabecitas de los teriopos y en los apéndices de los teratos la doble ecuación “arte clásico = artes decorativas”, “arte de vanguardia = gran arte”, ecuación que puede pasar por buena entre los teriopos y los teratos más obnubilados, pero no entre los resplandecientes celícolas.

»Alguna vez patrocinas el arte figurativo, es cierto, pero en ese caso debe tener el aire de esos monstruos que se exhiben en las casetas de las ferias. A esas obras, que suelen ser el fruto del azar y la torpeza, les pones el marbete de arte expresionista u otro semejante *e tutti contenti*, pues la regla de oro es que nunca falten las etiquetas pomposas.

»Pero, repito, el estilo es lo de menos. Puedes hacer negocio con todos, pero con dos condiciones. La primera es no escoger jamás aquellos artistas que consiguen los resultados más notables dentro de su estilo, pues son demasiado concienzudos, buscan ante todo la excelencia y se sienten tan satisfechos con lo que hacen que la fama y otras consideraciones de esa clase les pueden dejar indiferentes. Tu máxima es que siempre se debe elegir un artista mediocre, incluso memo, del que se sabe positivamente que nunca va a realizar una obra extraordinaria, y que, por eso mismo, deberá su fama y precios a tu acción.

»Pero no basta con que el artista elegido sea un completo mediocre. Debe poseer también algunas cualidades *positivas*. La primera, una avaricia tan fenomenal, que todo lo supedita al éxito, a un éxito cuanto más popular mejor. ¿Debe hacer declaraciones a la prensa? Sí, todas las posibles. Pero si es tan memo, esas declaraciones serán torpes, vulgares... ¡No importa! El público, al ver que un artista tan cotizado dice una sarta tan grande de trivialidades a un medio de comunicación tan importante, atribuirá a las palabras del artista un trasfondo recóndito, un sentido que está por encima de la comprensión normal, pues no se debe olvidar que uno de los rasgos más típicos del teriopo es que se siente inseguro, tanto física como mentalmente. Pero aun en el caso de que se advierta la trivialidad de las declaraciones del artista, el lector se sentirá confortado al ver que un hombre tan normal, tan del montón, tan teriopo como él, es un g-en-i-o. Que es un genio, de eso no le cabe la menor duda, pues en la misma página ha leído los millones que se han pagado por uno de sus garabatos, y para el teriopo medio no hay argumento más convincente que los millones. ¿Que hay críticos de espíritu independiente que se ríen de las torpezas del artista elegido? No importa. Esos críticos son una mínima fracción del conjunto virtualmente infinito de los críticos y, además, si salen a la arena, la polémica está servida, y nada puede convenir más a la promoción del artista que una polémica bien administrada. Además, que un crítico publique de vez en cuando un articulito que se sale del tiesto, eso es algo que no está tan mal, pues así se alimenta la ficción de que hay críticos independientes.

»Cuántas veces has dicho, Plata, que lo esencial es utilizar como materia prima algo incomprensible y que lo mismo da que esa materia prima sea aparatosamente mala y vulgar. Cómo te extasiaste ante la exhibición, en el crucero de una catedral gótica, de un calcetín de cinco metros de longitud convenientemente manchado y agujereado, y de una torre de platos generosamente desportillados. Una materia prima de esa clase, tan burda, tan tonta, desafía todo criterio racional de calificación, y cada cual puede ver en el calcetín y en los platos lo que le da la gana, y si no ve nada, peor para él, pues sobre su cabeza caerá todo el ludibrio de los expertos y *connoisseurs*. Pues siempre hay críticos dispuestos a elogiar la juvenil audacia del artista octogenario que ha osado desmitificar una catedral con un calcetín y una torre de platos desportillados, y, en sus comentarios, hablarán de las sandalias del pescador, de la última cena, y hasta de las lavadoras automáticas y los lavaplatos o, si se ponen trascendentales, del diálogo entre la Tradición y la Vanguardia, y de la mirada que, al ser mirada, crea el objeto. ¡Cuántos parroquianos no tienen todavía esas monsergas!

»Pero no basta con que el artista elegido sea avaricioso y oportunista en lo personal, así como mediocre en lo plástico y retrasado en lo intelectual. También debe ser otras cosas. Por ejemplo, conviene que asocie su nombre a alguna de las

causas del momento: la protección de las especies en peligro de extinción, la defensa de las tribus del África ecuatorial, la Amazonia y la Melanesia, la atención a los enfermos terminales de alguna enfermedad de moda, las campañas contra la energía atómica, el movimiento para la eliminación de las minas personales, el dióxido de carbono, los HFC, los EFC, el glutamato, el 0,7%, el efecto 43. Lo importante no es que le interesen *realmente* esas cosas, sino que la conexión del artista con ellas *aparezca* en los medios de la forma más persuasiva posible, lo que se consigue de forma muy hábil haciéndole unas cuantas fotografías ya junto a las cabañas de una tribu, ya a la cabecera de una cama en la que se ve a un enfermo, ya inclinándose hacia el suelo en el campo como si fuera a desenterrar una mina. Y si el artista reivindica alguna forma más o menos exótica de sexualidad mediante la exhibición de las marcas (Osito Peludo, Pantera Rosa, Canas de Platino, etc.) y otros símbolos de identificación tribal, adelante, chico, que tuyo es el mundo.

»Hace unos veinticinco años, el artista elegido debía proclamar su compromiso con la revolución, y todavía hoy se ve a más de un triste epígono diciendo patéticamente en las páginas de *El Analfabeto Real*, *La Parroquia* o *La Monda*: “Soy de izquierdas, que conste; siempre he sido de izquierdas”. Diez años después, se enteró de que, en realidad, más que revolucionario era el abanderado de la multiculturalidad y se puso a *reivindicar* los derechos históricos de las nacionalidades. Hace cinco, prefirió identificarse con todas las causas a las que se pudiese prender la etiqueta *solidaridad*, como si fuese el cartoncillo del 100% de algodón. Hace dos, le llegó el turno a la mística y la noosofía. Desde hace un año, está hecho un lío. Así es que ha decidido ir por la calle del medio, digo, por la de un cinismo aceleracionista, y se le ve proclamar que se identifica con cualquier cosa que le asegure durante una semana una cierta notoriedad y los correspondientes dividendos; que ya habrá tiempo de ver lo que se ha de hacer la semana que viene. Esta atomización e inestabilidad de las *causas* te interesa, Plata, no menos que la atomización e inestabilidad de los *estilos*.

»Si el artista elegido ha de lograr una cotización multimillonaria, debe facilitar su trabajo a los escritores, para que le adornen con las plumas convenientes. El erotismo, la familia, el colegio, los viajes, etc., todo es aprovechable. Unas veces el maquillador sacará a escena padres monstruosos e incomprensivos; otras, unos progenitores liberales y condescendientes. Las historias de huérfanos siempre son muy socorridas, sobre todo en tiempos de indigencia. La estancia durante una semana, o un par de días, o cuatro horas, en un campo de concentración, aunque solo haya sido para hacerse una fotografía, es una baza tan interesante como la de unas vacaciones en una isla de los mares del sur. En realidad, para el caso sirve tanto una infancia de *luxe et volupté* en un castillo austriaco como las estrecheces y miserias de una chabola, pues la ficción es lo que cuenta y todo el negocio se reduce a manejar las apariencias. El maquillador que conoce su oficio y se siente

debidamente dinamizado por tus estímulos financieros, sabe que se puede sacar partido de cualquier incidente y quisicosa. Basta una simple caída de bicicleta para elaborar un culebrón psicoanalítico, y si la caída es de un caballo, entonces hasta se puede ilustrar la escena con la conversión de san Pablo, y si es de un burro, los puntos de la pluma del maquillador podrán mojarse en las aventuras del gobernador de la ínsula Barataria o en las páginas de *Platero*. Todo depende de lo que esté de moda.

»El papel del chico rebelde (pero en realidad inocuo) es muy socorrido, aunque, a decir verdad, para el caso vale igual el del niño modoso (pero en realidad malísimo). Si de joven se ha granjeado fama de guapete, de mayor puede seguir dándose aires de seductor, pero si no tiene remedio o con el paso del tiempo se ha vuelto más feo que un mico, entonces se le abre un abanico muy amplio de posibilidades: utilizará un sombrero calabrés o un macferlán, mirará a las cámaras con ojos de sátiro o dirá frases que revelan la mefistofélica maldad de los resentidos que saben hacerse simpáticos.

»Pero lo mejor llega cuando el artista elegido alcanza fama internacional. Para entonces ya sabe perfectamente una cosa, al menos una cosa: que la cotización de sus cuadros no depende de ningún valor intrínseco y que, en cualquier momento, el invento puede derrumbarse como un castillo de naipes. Tanto tú, Plata, como tu amiga Mancha no perdéis ocasión de darle a entender que el piloto rojo de alarma se ha encendido. El artista se asusta, tal vez siente pánico. Entonces os reunís y resolvéis que ha llegado el momento de *recabar* de las autoridades una ayudita de quinientos o seiscientos millones para poner en marcha una fundacioncita al servicio de la sociedad. A tan noble fin y con el correspondiente retorno publicitario contribuirán diversas empresas públicas, semipúblicas y privadas, y la fundacioncita es anunciada a bombo y platillo. Más de un astuto magnate aprovecha la ocasión para abonar los millones que debe a Hacienda en la forma de un cuadro enorme y enormemente sobrevalorado del artista, de modo que los periódicos publican la fotografía de la ministra recibiendo muy sonriente el cuadro de manos del magnate, cuya sonrisa es tan grande que se sale de la fotografía.

»Confieso que, a la hora de sacar dinero, hacéis gala de un ingenio que casi está a mi altura, pues, ¿no es admirable que para subir o mantener las cotizaciones de vuestros artistas os sirváis del dinero de todos los ciudadanos, tanto si conocen a vuestros artistas como si no los conocen, tanto si los aprecian como si los desprecian? ¿No es admirable que para conseguir miles de millones os sirváis de las oficinas de Hacienda y que lo que, de otro modo, sería un ingenioso atraco lo hagáis pasar por una contribución desinteresada al bien de la humanidad? Pero a veces vuestros procedimientos son mucho más divertidos, lo reconozco. Hay uno que es respecto a las galerías de arte lo que el timo de la estampita respecto a las calles de barrio. No puede ser más burdo, pero siempre pica alguien. Me refiero al

timo de la subasta. Unos días antes de que se inaugure la exposición de los cuadros de un artista, un coleccionista (que tiene alguna relación con la galerista o con el artista) lleva un cuadro parecido a los que se exponen en la galería a una casa de subastas. Después de una emocionante puja, el cuadro se remata en una cantidad que, oh milagro, es tres veces superior al precio que tienen en la galería otros cuadros semejantes del citado artista. Cuando se le hace a este la entrevista de rigor, comenta, haciéndose el ingenuo, que está la mar de sorprendido de que su obra se haya vendido tan cara en la subasta, pues en la galería los precios son mucho más bajos, “pero no los pienso cambiar –dice con decisión–, ya que alguna ventaja deben tener los que compran en las galerías”. Pues nada, a pesar de ser un truco tan viejo, siempre hay alguien que pica y cree hacer el negocio de su vida.

»Otro de los trucos es el de la *ayudita*. Un galerista de Nueva York de *nombre muy conocido* concede a un artista teriópico el *privilegio* de exponer en sus afamadas salas, pero debe abonar diez millones. El galerista escribe una pomposa carta al ministerio, para recabar la *ayudita* de los diez millones, ya que se trata de un artista *muy importante*; y, para forzar el pago, uno de esos periodistas que creen ir por el mundo haciendo obras de caridad, salta diciendo que si el ministerio no aporta la *ayudita*, es un enemigo de la cultura y no cumple con su deber de promocionar el arte de Teriopia, etcétera, etcétera. Pues el caso es que nunca faltan los que bendicen un truco tan burdo, lo que no debe extrañar, dada la mentalidad de los teriopos.

»¿Necesito decir que tus colaboradores ideales, Plata, son las mujeres que andan por los cuarenta o los cincuenta, gracias a las especiales cualidades que en ellas concurren? ¿Debo glosar su proverbial capacidad para la autosugestión, su ilimitada vanidad, su superficialidad sin complejos, su maleabilidad polimorfa, su simpática inmoralidad, esa emotividad que las lleva a amar hasta el delirio y a odiar hasta la muerte, su falta de instrucción, el arte que se dan para envolverlo todo con una atmósfera afectiva, y, sobre todo, el hecho innegable de que cuando se trata de preparar un cóctel o una fiesta no hay varón que pueda compararse a una mujer de cuarenta años, sobre todo si es de las que están entregadas en cuerpo y alma a la vanguardia y otras especialidades de tipo suntuario-intelectual? La mayoría de las mujeres no me va a censurar por estas palabras, pues ellas son las primeras en lamentar ese estado de cosas y saben que lo que acabo de decir pone de relieve su singular mérito. Además, no tengo que salir de casa para poner un buen ejemplo de mujer verdaderamente sabia, pues Penélope sabe hacer honor a lo que digo, para no hablar de Minerva, mi divina protectora.

»Una vez fabricado el genio mundial, se pueden sacar de él las más diversas utilidades, y una cosa es segura, que diga lo que diga y haga lo que haga, no va a boicotear tus intereses, Plata, que al fin y al cabo son los suyos. Entre los privilegios del genio está el que los teriopos propenden a escucharle con una

actitud reverencial, cuando se pronuncia sobre todo lo divino y lo humano, y pontifica acerca de las más diversas cuestiones, aunque no tenga más idea que el común de la gente. Pero nada debe temer. La falta de ideas la compensará con un exceso de audacia, y su facilidad para dogmatizar será proporcional a las mundiales dimensiones de su ignorancia. La fama hará que la más tonta y trivial de sus palabras cobre una transcendencia ilimitada, incluso cuando habla de su obra. Pongamos un ejemplo:

”-Esos pigmentos negros que tanto se destacan en sus cuadros –pregunta la periodista de turno– hacen pensar en la obsesión por la muerte. ¿Qué puede decirnos de esa trascendental cuestión?

”-He sentido la muerte muy cerca más de una vez –contesta el genio–. Bueno, es algo que todos hemos sentido. Es algo muy humano. Pero en mí no es una obsesión, aunque tuve una época en que sí estaba obsesionado, era cuando pensé que me iba a volver loco. Pero no soy un pintor obsesivo, pues en medio de las manchas negras hay estallidos de blanco, de luz, y eso es muy gozoso.

”-¿No le asusta pensar que su pintura no la vaya a entender nadie?

”-Es el precio que hay que pagar por experimentar, por estar siempre descubriendo mundos nuevos, inéditos. Pero, en realidad, no hay nada que entender. Lo que yo busco es potenciar la energía psíquica que todos llevamos dentro. Esa es mi materia básica, no los colores.

”-Pero aún no ha hecho una gran exposición antológica en Madrid. Es como si las instancias públicas no valorasen su obra. ¿No teme que lo marginen?

”-Qué importa eso, si en el fondo soy un marginal. Siempre he ido por el mundo como un lobo estepario. No me interesa la publicidad. Ni sé cómo me las apañó para conceder entrevistas. Siempre me ha gustado moverme a mi aire. Pero si el ministerio quiere organizar una exposición antológica, puede contar con mi colaboración, no soy rencoroso. Pero, como te digo, desde el punto de vista del arte, eso es secundario.

”-Un importante crítico francés dijo que sus cuadros son como el primer día de la Creación, cuando Dios separó la luz de las tinieblas. ¿Le parece una buena definición de su obra?

”-A mí no me gusta definir. Eso es cosa de los críticos. Está bien que lo hagan. Lo mío es crear, revelar, como si fuera un médium o un radar de cosas que todos sienten, pero que no saben expresar. Aunque la frase que usted ha citado me parece muy atinada, debo decir que un importante crítico neoyorquino dijo que mi pintura era un apocalipsis en blanco y negro.

”-¿Eso quiere decir que su pintura es de tipo religioso...?”.

»Un periodista medianamente imaginativo podría hacer cada día media docena de entrevistas geniales sin necesidad de ir a casa del genio o de mandarle el cuestionario por fax. De hecho, para hacer una de esas entrevistas el entrevistador

es tan innecesario como el entrevistado. Los celícolas tienen un programa olimpormático que en solo una hora produce doscientos millones de entrevistas de esa clase. Si para desarrollarlo, a Mercurio le bastó media hora de siesta, su hermano mayor, el resplandeciente Apolo, no necesitó más de diez minutos para poner a punto un programa todavía más revolucionario. En solo cinco minutos genera todos los cuadros que se exponen cada año en las galerías más vanguardistas de los Estados Unidos, Europa, Japón y Sierra Leona. Pero no os asustéis, Plata y Cameli. El resplandeciente Febo y el prudente Mercurio han ordenado que ni el oráculo de Delfos ni los profetas de Samotracia revelen a los teriopoos esos programas, no vayáis a decir que los dioses les tienen envidia a los mortales y hasta os hacen la competencia.

»No obstante, hay periodistas que han debido de recibir alguna inspiración (sospecho que de la remota Sibila eritrea), pues han empezado a aparecer entrevistas sin preguntas y, además, múltiples, como se puede ver en *El Analfabeto Real* de hace un par de días, donde el señor Pavero no solo hace tres entrevista por el precio de una, conversando al mismo tiempo con tres genios (Tarragó, Cerdeña y Germino), sino que omite las preguntas, con lo que da a entender que estaban de más. Pero lo más novedoso estriba en que, según uno va leyendo la entrevista, nota que las “respuestas” eran todavía más prescindibles. Por tratarse de una innovación en un género tan popular del periodismo teriópico, entresacaré tres “respuestas”, si el Altitonante me da su consentimiento.

Con un majestuoso ademán el hijo de Saturno indica a Ulises que prosiga.

—Solo citare la declaración culminante del señor Cerdeña, que dice así: “Nuestro tipo de trabajo exige aburrimiento a morir. Las decisiones y realizaciones proceden de momentos de extremo aburrimiento”. Está claro que la fuente del arte del señor Cerdeña es el aburrimiento, un aburrimiento de muerte que el artista traslada, no lo niego, con gran eficacia a sus cuadros. En cuanto a su colega Tarragó, reconoce que “la voluntad de mejorarse me parece cada vez más dudosa en general. El trabajo de pintar cristaliza desde la confusión. Los cuadros que mejor funcionan son los que han estado a punto de ir a la basura, es decir, los que han ido más allá de lo peor. Por el contrario, aquellos que uno pinta para que sean buenos cuadros, son los que al final se sacrifican. No hay remedio”. Paso porque el señor Tarragó haga cuadros abrumadoramente malos, pero lo que ya no entiendo es que, a renglón seguido, nos diga con evidente disgusto: “Se mira a todas partes, menos a un cuadro. Con las últimas modas ya no se mira casi nada. Se habla mucho, pero no se mira nada”. ¿Cómo osa quejarse el señor Tarragó de que nadie se pare a mirar los cuadros, si él mismo reconoce que se ha propuesto pintar cuadros que deberían ir al cubo de la basura?

»No quiero alargar demasiado mi discurso, pues veo que Mercurio me hace señas con el caduceo para que abrevie. Así es que de las declaraciones del señor

Germino solo destacaré su obsesión por poner como modelo del arte de vanguardia el del Paleolítico superior, concretamente, el del periodo magdalenense. “No se puede llegar a un grado mayor de refinamiento –dice– que el de los caballos de la cueva de Lascaux, ni a un grado mayor de urgencia que el de Picasso”. Al parecer, al señor Germino no le dicen nada ni las muestras equinas del arte griego, ni las del chino de la dinastía Tang, ni los caballos pintados por Velázquez o Goya, ni siquiera los del propio Picasso, lo que, en este caso, puede explicarse porque es tan urgente que no da tiempo a ver nada o porque con tanta urgencia el famoso artista se ha convertido en un correo electrónico.

»A pesar de todo lo que llevo dicho o, más bien, a causa de todo lo que llevo dicho, ya se empiezan a ver en el horizonte las primeras luces. Y empiezan a verse en la latitud de los países hiperbóreos, lo que se entiende, pues si ha sido en ellos donde han hecho mayores estragos las putrefacciones del vanguardismo, es natural que sea allí mismo donde se generen con más fuerza los anticuerpos. Ha sido en Estocolmo, Capital de la Cultura del año 1998, donde se han iniciado las operaciones de desenmascaramiento y desescombros. Ha ocurrido en una de las más prestigiosas galerías de la ciudad. La exposición era en el mejor estilo del artista hiperbórico que expuso en el Centro Archiduque de Madrid y que tanto entusiasmo produjo en el espíritu de la señora Esperanza Mancha. Solo que en la exposición de Estocolmo no había un solo artista de vanguardia, sino doce, y no eran solo hiperbóreos, sino de todo el mundo y de gran renombre, según la unánime opinión del público de la inauguración que, a la vista de las obras, se sentía embelesado, arrebatado. ¿Y los críticos? ¡Qué cascada de elogios, qué catarata de encomios y parabienes! Más de uno *exigió* que el parlamento votara una ley para que el Estado adquiriese esas obras impagables por la módica cantidad de cinco millones de euros. ¿Y el comisario de la exposición? El comisario fue puesto en los cuernos de la luna. Qué criterio más exquisito el suyo, que mérito, haber podido reunir un conjunto tan esplendoroso. Pero lo mejor vino cuando, en la rueda de prensa, el comisario de la exposición dijo con toda franqueza: “Mil gracias por el entusiasmo con que los críticos y el público entendido ha acogido esta muestra internacional de arte de vanguardia. Pero debo informarles, antes de seguir, que la exposición ha sido solo una burla; los artistas *no existen*, pues me los he inventado yo, y esas obras que ustedes tanto han admirado las he realizado yo mismo, a lo largo de los últimos dos meses, en colaboración con un sobrino mío. Naturalmente, las hemos hecho atendiendo a los estilos que están de moda. Por supuesto, soy también el autor de las notas biobibliográficas y demás textos de autopresentación de los artistas. Quiero, por último, hacer saber que el Estado no debe gastarse un euro en la adquisición de las obras expuestas, pues he decidido donarlas para que contribuyan al mayor esplendor de la cultura hiperbórea. A

cambio solo quiero que a los artistas se les otorgue la nacionalidad hiperbórea a título honorario”.

»Nada más necesito decir, oh dioses que habitáis el anchuroso cielo, para responder a los melifluos discursos de Romo Cameli, Esperanza Mancha y Plata de Meneses. Pero como estos tres y sus secuaces no habrían podido triunfar en sus empresas sin la cooperación de los filósofos y los políticos, dejaré en suspenso mi discurso hasta que Apolo haga comparecer ante la asamblea de los celícolas y las potencias a los representantes de esos dos colegios.

Júpiter, que ha escuchado a Ulises con expresión risueña, frunce el entrecejo, levanta el cetro provocando una granizada de truenos y relámpagos, y, dirigiéndose a Plata de Meneses, Romo Cameli, Esperanza Mancha, María de la Instalación, Sagrario Cubo, Gloria del Real y los artistas representados por ellos, dicta su sentencia inapelable:

—¿Qué castigo es comparable a la magnitud de vuestro crimen? ¿Os someteré al suplicio de Tántalo que, sumergido en un río, cuando quiere beber, se retiran las aguas, y cuando quiere comer, se alejan unas frutas muy apetitosas que el condenado cree tener al alcance de la mano? No, porque a más de una galerista le encantaría pasarse todo el día bañándose y guardando la línea. ¿Os castigaré al suplicio de Sísifo, que sube una gran piedra a una cumbre, desde donde se precipita hacia abajo y debe volver a subirla, y así eternamente? No, pues no quiero que el Tártaro se convierta en un gimnasio de vanguardia. ¿Os condenaré al suplicio de Ixión, que siempre está rodando atado a una rueda que no cesa de girar? No, pues creeríais que os estoy dando un premio de Fórmula 1. Después de intensas deliberaciones, he resuelto que sigáis haciendo la vida que habéis llevado hasta ahora y ganéis paletadas de dinero con el negocio de cuadros, esculturas e instalaciones que, como dice el señor Tarragó, serán cada vez más endiabladamente malos a causa de la inexorable ley del “hoy te pinto peor que ayer, pero aún peor será mañana”. Y esa será vuestra vida hasta que el reloj de la Puerta del Sol, bajo cuyas resonantes bóvedas estamos reunidos, dé las doce campanadas en la noche del 31 de diciembre del año 2010. En ese instante, concluidos los dos primeros lustros del tercer milenio, se producirá un pavoroso crack. Como si despertasen de un sueño, vuestros coleccionistas querrán vender las obras que tantos miles de millones les han costado, pero no encontrarán compradores y todo el mundo se reirá de ellos y tendrán que aguantar sus bromas y vituperios hasta el día del Juicio Final. Por lo que a vosotros respecta, os veréis en la mayor de las miserias y mendigaréis por calles y callejas juntamente con vuestros amigos los críticos de arte, los cuales os llevarán a lugares cada vez más putrefactos, y, además, os asemejaréis cada vez más a los monstruos que con sus pinceles, lápices, bolígrafos, rotuladores, buriles, gubias y demás trebejos realizan vuestros artistas elegidos. Esta es mi sentencia.

Cameli, Plata, Mancha, Instalación, Cubo y Del Real se miran horrorizados y se dan cuenta de que la sentencia de Júpiter va en serio, pues ya empiezan a verse con rasgos indeciblemente monstruosos y no entienden nada de nada, ni siquiera las palabras que intercambian en forma de gruñidos, himplidos, graznidos y otros *idos*.

Ulises llama entonces al filósofo Remendón, teriopo de cuerpo redondeado y papada abacial, que se adelanta a la intersección de las vías, donde dice solemnemente:

–Nosotros solo sabemos que no sabemos.

–Pues para no saber, ¡hay que ver la de páginas que emborronáis! –le responde Ulises.

–Cortejamos lo indecible.

–Pues eso indecible es de una locuacidad que espanta.

–Constatamos, constatamos.

–¿Qué constatáis?

–Que lo que dicen Esperanza Mancha y Plata de Meneses es la verdad del momento.

–¿Puede haber verdad que sea del momento?

–Puede. Nosotros somos la encarnación de esa verdad, que es, también ella, verdad del momento.

–Pues la verdad del momento es que sois los mayores sinvergüenzas del mundo.

–Te equivocas. Podemos demostrar que eso que dices es solo una verdad del momento, y que esa verdad del momento es la mentira del siglo.

–Demuéstralo.

–Es cosa fácil. Llama a Prometeo Arias, a Fragoso Rosín, al padre Arcaduz, al matasanos Batueco Catilino y, sobre todo, a Narciso Trinquete de Marca, que es el que ha encarnado mejor la verdad del momento. Habla con él y verás que nosotros no somos los mayores sinvergüenzas del mundo.

Cameli rebuzna aprobatoriamente. Plata de Meneses manotea contra los hilos de la red mostrando que está de acuerdo con los rebuznos de Cameli. Esperanza Mancha, que cree estar participando en un evento de María de la Instalación, se abraza al pescuezo de Plata y aplaude los rebuznos de Cameli.

Pero Ulises se da cuenta de que Remendón pretende hacerse el anguilopo. Así es que le dice:

–Ya habrá tiempo de hacer venir a esa chusma. Ahora es tu turno. Defiéndete o te condenamos a ti y a los de tu gremio a croar un millón de años en la charca de *La Parroquia*.

Consternado, Remendón adopta un aire humildito, exhala un suspirillo, gargariza, abre tanto los ojos que parecen salirse de los lentes, se frota la mano derecha con la izquierda y viceversa, estira su inexistente pescuezo batracial, de modo que todo su cuerpo vibra como una tajada de carne trémula, y dice:

–Quiero hacer confesión general de todos mis errores pasados y presentes, a fin de que este Remendón se enmiende en lo futuro, si los dioses os compadecéis de estos humanos-no-humanos que practicamos la filosofía-no-filosofía y aspiramos a vivir al *more socratico*. Quiero empezar diciendo que hace años, cuando era estudiante, ansiaba contribuir a la liberación de la humanidad y abrazar estrechamente la majestuosa cintura de la Verdad y que para lograr tan honroso objetivo me adherí a una filosofía grandiosa que hablaba de la movilización de las masas y las fuerzas productivas, de la huelga general y los esquiroles traidores a su clase, de las estructuras del trabajo general abstracto y las alienadas superestructuras, del factor económico y las derivaciones políticas del factor, de las condiciones objetivas y las apreciaciones subjetivas, de la lucha por la liberación mundial y la tesis, la antítesis y la síntesis, de la dictadura del proletariado y la informalidad de la democracia que es solamente formal, de la superación de la filosofía y el final de todas las desigualdades. Si con esas palabras, es cierto, no logramos liberar a la humanidad oprimida, al menos aparecimos como héroes ante las compañeras de clase, cuya virginidad solo se estremecía ante la perspectiva de las grandes gestas.

»No hacíamos caso a los que nos decían que estábamos sirviendo a los intereses de don Marsino y su socio el señor Ángeles Aguilera, los cuales desde la militante Alemania del siglo XIX, donde habían empezado a fabricar sus nubarrones profético-científicos, planeaban abrir sucursales en la decadente Europa del XX, a fin de que en todas partes se estudiasen las cartillas y catones que los proclamaban albaceas de los profetas del Antiguo Testamento y los Siete Sabios de Grecia. No hacíamos caso a tantos como nos advertían que el triunfo de don Marsino y el señor Ángeles Aguilera había venido de la mano del mariscal Estallalín, reputado verdugo que internaba en los campos de concentración de la helada Siberia a los que no se aprendían de memoria las profecías completas de don Marsino y el señor Ángeles Aguilera, amén de los comentarios y glosas del propio Estallalín. Tampoco hacíamos caso a los que murmuraban que don Marsino y su socio habían entrado a saco en la nebulosa dialéctica de Hegel, la economía política de don Ricardo y las ensoñaciones de Rousseau, dando a la ensalada el aire truculento al que era tan aficionada la Alemania de la época.

»La filosofía de don Marsino y el señor Ángeles Aguilera no nos sirvió para liberar a la humanidad, es verdad, pero en más de una ocasión hizo posible que nos aprobasen aquellos profesores que sufrían de *mala conciencia*, y que hasta nos publicasen los editores a los que los esbirros de la Dictadura llamaba compañeros de viaje del mariscal Estallalín. Preciso es también reconocer que no tuvimos el éxito que nos prometíamos con nuestras compañeras de clase, lo que atribuimos a no haber analizado críticamente las condiciones objetivas de la condición femenina;

pero aún era peor cuando lo teníamos, pues entonces se nos exigían tales heroicidades que debíamos pedir treguas vergonzantes.

»Así es que vimos el cielo abierto cuando desde la Viena del lago de los cisnes nos llegó la copiosa producción clínico-literaria del ilustre galeno don Froilán. Su morboanálisis fue nuestra tabla de salvación. Gracias a él, descubrimos que, junto al factor económico dominante estaba el factor libidinoso dominante, ante el cual se nos podían perdonar todas nuestras lujuriosas fantasías. ¡Cuánto disfrutamos leyendo a don Froilán! Con qué gusto decíamos a nuestras compañeras: “Cuidado, que con esa sublimación represiva de las pulsiones vas a acabar con una neurosis de caballo y me doy con un canto en los dientes si no acabas con una psicosis esquizoidea. Libérate, *decontracte-toi*. Que los psiquiatras de la Dictadura te plantan un electrochoque en menos que canta un gallo. Te voy a leer lo que dice don Froilán sobre tu caso”. Y así, además de disfrutar con la lectura de sus amenos libros morboanalíticos, el ilustre galeno vienés nos permitió entablar las relaciones más depuradamente libidinosas.

»Pero los innumerables discípulos que velaban por los intereses de don Froilán nos dijeron que andábamos muy equivocados si creíamos que todo iba a ser principio de placer y viva la Pepa. “Si queréis seguir teniendo buenas relaciones con Eros –nos conminaban–, antes debéis ajustar las cuentas con el principio de realidad”. “¿Y cómo debemos ajustar esas cuentas?”, preguntábamos. “Mediante una módica cuota mensual de cincuenta mil pesetas”, nos contestaban, y agregaban: “Os garantizamos un gratificante desarrollo del ego y, de propina, la armonización del superego y el ello”. Ante un horizonte tan venturoso, nos sentimos espoleados a ganar dinero, y como lo que mejor se nos daba era todo lo relacionado con la liberación de la humanidad, pensamos que la lógica histórica exigía que nos dedicásemos a ese sector, en el que a muchos de nosotros no les fue, por cierto, nada mal.

»Tampoco en esta ocasión dimos oídos a los que nos decían que don Froilán había entrado a saco en los negocios de los señores Schopenhauer, Nietzsche y la pléyade de los poetas románticos, y que lo único suyo, y eso no del todo, era el aliño clínico y las relaciones internacionales con las que aspiraba a abrir sucursales en todo el mundo, a fin de vender sus cartillas y catones. Pero como esas advertencias venían de las filas formalistas y contrarrevolucionarias, no hacíamos caso. Al contrario, nos enrocamos en la Verdad revelada por don Marsino y don Froilán. Pero cuando de nuestras filas surgió el filósofo Altuiserio haciendo autocrítica y proclamando que nos habíamos dedicado a galvanizar cadáveres a causa de un neurótico historicismo que nos hacía olvidar el momento presente, y se puso a conciliar la idealidad inmutable de la estructura con la materialidad fluyente de la dialéctica, la situación se volvió crítica, pues Altuiserio quiso estrangular la movilidad de la materia y, en ese trance supremo, sufrió un ataque de enajenación,

y confundió a la materia con su esposa. Desde ese día, Altuiserio se sobrevivió como un alma en pena, y nosotros sufrimos las infinitas desolaciones de la orfandad. Menos mal que para entonces ya habíamos limpiado nuestros bolsillos de telarañas, pues, si no, no sé yo cómo lo habríamos podido soportar.

»Estaban así las cosas cuando los menos afortunados nos veíamos obligados a escribir y publicar cuanto más mejor, a fin de poder disfrutar de los complementos de sueldo exigidos por el ministerio. En coyuntura tan difícil don Marsino y don Froilán nos dejaron un poco de la mano de Dios, pero, a cambio, gracias sean dadas a los dioses, se nos apareció la hermenéutica. ¡Bendita, providencial hermenéutica! ¡Cuánto das y cuán poco pides a cambio! Pues la hermenéutica nada quiere para sí, nada manda creer. Solo desea ayudarnos a emborronar un par de cuartillas, o diez, o cien, o mil a cambio de interpretar lo que sea: los mitos de los azande y los bororo, las fantasías dominantes en las sociedades posindustriales, los prejuicios y ritos de la medicina, la decoración de las discotecas y el mobiliario urbano, el concepto de materia en David de Dinant y la mecánica cuántica, un soneto de Góngora, todos los sonetos habidos y por haber, cada una de las líneas de esos sonetos, cada una de sus sílabas; en fin, todas las cosas del mundo y ninguna cosa del mundo, si es que preferíamos interpretar esa clase de entes no entes. Gracias a la hermenéutica, ante nosotros se abrió un campo que abarcaba, a la vez, todo lo divino y humano, y todo lo no-divino y lo no-humano.

»La hermenéutica fue, sabio Ulises, quien nos llevó al reino del arte, otorgándonos, de propina, dos revelaciones: primero, que no hay nada como el arte de vanguardia para emborronar cuartillas, y, segundo, que en ese sector se mueven muchos millones. Pero, dada nuestra proverbial prudencia, no hemos sido nosotros, los filósofos, sino nuestros hermanos menores y más atolondrados, los políticos, quienes dieron el primer paso y encontraron la forma de utilizar la estética como puente por donde pasar del compromiso con la revolución al compromiso con las finanzas. Si nosotros les seguimos, no se nos debe reprochar, pues solo queríamos dar a nuestra concienzuda labor de hermeneutas rumbos inéditos. Además, desde un punto de vista teórico, el cambio no era tan grande, pues si en nuestra mocedad queríamos que toda la riqueza cayese en manos del proletariado, cuyos representantes éramos nosotros, en la edad adulta seguíamos queriendo que toda la riqueza cambiase de manos, pero como el proletariado era una figura en crisis, juzgamos más prudente que, mientras se resolvía el problema del tal proletariado, fuéramos nosotros los administradores de esas riquezas.

»¡Cuánta razón teníamos! Ahora, cuando se han vuelto las tornas y les ha llegado el turno a nuestros adversarios, hemos comprobado que lo esencial de nuestro esquema ha seguido inalterado. Pues si nosotros pasamos del compromiso político al financiero a través de la estética, ellos han pasado del compromiso

financiero al estético a través de las finanzas. Como en cualquier multiplicación, el orden de los factores no altera el producto.

»Pero quede claro, oh magnánimo Ulises, oh dioses inmortales, que nuestra adhesión a la verdad del momento ha sido el fruto de muchos trabajos y sufrimientos. Hemos tenido que luchar con las fuerzas del capitalismo decadente, las represiones no sublimadas del ello, las imposiciones tiránicas del superego, la hidra de la forclusión y las gorgonas del duelo y la melancolía que, con el malestar de la cultura, más de una vez han estado a punto de acabar con nosotros.

»Además, quiero que se tenga en cuenta como atenuante de nuestros errores, si es que han existido, que desde hace dos años hemos borrado de nuestras cartillas toda aquella hojarasca de la “página en blanco”, “la mirada que es mirada por el otro que nos mira mirar”, el “ojo que crea el objeto al mirarlo”, el “cuerpo del deseo que se transforma en escritura”, “la extralimitación de las pulsiones”, “las máquinas deseantes”, “la economía del deseo y los cuerpos”, “las lógicas borrosas que captan los accidentes que se producen en los márgenes”, “la búsqueda del *sentido* en base a la lógica de la *sospecha* y la memoria”, “la voluntad de fragmento”, “los deslizamientos del sentido”, “la fosforescencia de los estilemas”, “la ontología fractal de los órdenes desordenados”, “las energías táctiles de las palabras no dichas”, las “radiaciones superficiales de las profundidades que-no-son”, “la extrapolación estética de los campos semánticos”, “la participación del lector”, toda esa charlatanería, en fin, que tanto abunda y que con tanta maña manejan los críticos adictos a los señores Cameli y Plata de Meneses. Pero, insisto, si este sagrado tribunal de los celícolas quiere descubrir de veras a los *auténticos* sinvergüenzas deben comparecer Prometeo Arias, Fragoso Rosín, el padre Arcaduz, el matasanos Batueco Catilino y, sobre todo, Narciso Trinquete de Marca.

Júpiter agita la égida, que infunde pavor en los titanes y respeto en los dioses, lanza un rayo que hace retemblar las bóvedas del metro de Sol, y sentencia que el filósofo Remendón y todos los de su cuerda se pasen croando un millón de años alrededor de las hojas sabatinas de *La Parroquia*, *El Analfabeto Real* y *La Monda*, las cuales, una vez evaporadas cuando el universo se abisme en la conflagración del final de los tiempos, se convertirán en cenagosas charcas, donde penarán eternamente los anfibios con pluma que sean condenados en el Juicio Final. Luego ordena a Ulises que siga el proceso según la norma establecida para estos casos.

–Nada tengo que apostillar –dice Ulises– a la justa sentencia del Padre de los dioses y de los hombres, pero, si me lo permitís, venerables olímpicos, no dejaré de señalar que esto de la estética y la vanguardia se nos cuela por todas partes en este final de siglo, y eso porque los muy pillos han decidido que todo objeto o no-objeto, sobre todo si está un poco desportillado, es una obra de arte, pues, según dicen, “la mirada crea el objeto”, sin darse cuenta de que sus ojos están llenos de

legañas. De modo que ya han pasado al rango de obras de arte las colillas de cigarrillo (tanto si tiene boquilla como si no la tiene), las trompetillas que se usan en Nochevieja, las rayitas de dos centímetros de longitud y cinco milímetros de anchura, las rayitas de todas las demás dimensiones y colores, las ruedas de bicicleta (preferentemente con algunos radios rotos y los neumáticos pinchados y desinflados), todos los otros componentes de la citada bicicleta, los pedruscos (ya envueltos ya sin envolver ya en una bolsa de plástico ya en una bolsa de papel), las propias bolsas, las cajas de zapatos... Se comprenderá que con tanta proliferación de obras de arte no hay partidas presupuestarias suficientes para construir los museos que deberán contenerlas, aunque a ello se dediquen con su cerrilidad característica los gobiernos de las desafortunadas tribus del norte, y aún es de temer que, dado el predominio de esta clase de arte, se hagan manifestaciones para conservar, en forma de museos y con todas sus peculiaridades, los barrios más míseros de Calcuta y la inmensa mayoría de las ciudades del África subsahariana, de modo que todavía veremos a los simpatizantes de Cameli, Plata, Mancha, Instalación y Del Real, que es gente muy adinerada e influyente, hacer campañas para impedir que esos barrios pierdan sus condiciones estéticas de vanguardia.

»De los políticos, pues es a los políticos a los que ahora debemos hacer comparecer, solo me voy a ocupar hoy de Narciso Trinquete, pues Prometeo Arias ha *prometido* venir mañana, que es cuando deberá comparecer también Fragoso Rosín. En cuanto al padre Arcaduz y al matasanos Batueco Catilino, he mandado por sugerencia de Minerva que se les encadene, de 36 a 39 millones de años, a la boca de la diosa Fragoria, pues lo de Arcaduz y Batueco es hacer ruido, y que para satisfacer sus necesidades alimenticias en todo ese tiempo se les den tres nueces al primero y cuatro al segundo en medio de grandes silbidos y gruñidos, y si, después de ese periodo, todavía protestan, entonces se les atará a la garganta de Fragoria durante otro periodo de 36 a 39 millones de años, hasta que se transformen en toneles de bilis.

En ese momento se oye un rebuzno tan sostenido, lacerante y repetido, que lo primero que se me viene a la cabeza es que se llevan al matadero a Cameli, pero resulta que no. No es Cameli el que rebuzna, sino Fragoso Rosín quien con la complicidad de una potencia prima de Mercurio sube a la tribuna.

—Es mi turno —clama—. A mí me toca, Ulises. Tengo la responsabilidad de decir bajo las bóvedas del metro de la Puerta del Sol: váyase, señor Trinquete, váyase. Y le digo más. Le digo que si se va, paso página, le digo que paso página. Váyase, señor Trinquete. Pues yo quiero y puedo, yo puedo y quiero regenerar a los teriopus. Váyase, usted debe dejarme salvarlos.

Fragoso Rosín está que trina, digo, que rebuzna. Apolo le manda callar y le notifica que mañana, cuando sea convocado, podrá trinar o rebuznar todo lo que

quiera. Luego, volviéndose a Ulises, le dice que proceda y convoque a Trinquete sobre el cruce de los raíles.

El final del proceso

Trinquete se acerca a la intersección con pasos lentos y remolones. A duras penas logra disimular su miedo bajo la parda capa de una desfachatez inmemorial. Si sus ojillos desconfiados reflejan las honduras abisales de su inconsciencia, la hueca redondez de su anatomía revela su inveterada afición a las bolas y las carambolas y su condición de líder del globo global. Como todos sus movimientos son el resultado de la activación de ciertos resortes, diríase que es un autómata. En efecto, tiene aspecto de muñecón y que para modelarlo alguna potencia burlona se ha inspirado en los ninots de las fallas de Valencia. Va revestido de un disfraz muy solemne y en su espalda se lee: LÍDER = REDIL, BONSAÍ = YA ESNOB. Al plantarse en el cruce, sus facciones de gatazo aparecen crispadas y dejan ver a ratos y ratas las mañas del perro viejo, si bien su hociquillo se metamorfosea ora en el pico de una gallina, ora en el de un papagayo. Su inveterada sumisión al Jefe le hace emitir serviles maullidos en honor a Júpiter y Apolo, a los que toma, respectivamente, por el presidente de los Estados Unidos de América y el canciller Germán de la Col, y se ofrece a los dioses y las potencias como recadero, botones y correveidile. Los celícolas no ocultan su hilaridad, pero Ulises, al verle hablar tan sin ton ni son, le corta en seco, y le dice:

—Trinquete, ¿qué es eso de meter tanto ruido con esa batería de ronroneos y maullidos antes de que se te conceda el uso de la palabra? ¿Es que quieres ir con tus amigos Arcaduz y Catilino Batueco a hacerle compañía a Fragoria? ¿Qué es eso de jugar a dar la impresión de que vienes por tu propio gusto al metro de Sol, y de que es a ti a quien le corresponde decir a los celícolas y las potencias lo que deben hacer? Pero ¿a quién quieres engañar a estas alturas? Que engatuses a las especies más atrasadas de los teriopoos, bien puede ser, pues cada oveja con su pareja; pero si piensas que con los celícolas van a valer tus mañas, estás aviado. Cuidado, Trinquete, que de esta puedes salir como gato escaldado. Y bien que te vas a acordar por los siglos de los siglos de aquel cuento chino que dice “gato negro, gato blanco, lo importante es que cace ratones”. Pues aquí te tenemos, cazado y bien cazado, y lo mismo me da que pases por ratón o gato. Ahora que estás, al fin, ante el tribunal de los celícolas y las potencias, debes enterarte de una vez que aquí has venido a rendir cuentas y a escuchar la sentencia del Altitonante. Por lo que a mí respecta, voy a ser breve, pues no quiero robarte un minuto; que esto bien puede ser un subterráneo, pero no una de esas cuevas de Alí Babá que tanto te gustan. Enseguida podrás derramar una de esas peroratas tuyas interminables. Mas acuérdate de que

por la boca muere el pez y que a todo cerdo le llega su San Martín. Y a ver cómo te explicas y defiendes, pues se te atribuyen graves fechorías.

»Muchos te acusan de haber planeado o facilitado latrocinios y asesinatos sin cuento, utilizando los segundos como coartada de los primeros y el cuento del patriotismo como coartada de los unos y los otros. Y se te acusa de haber creado una red tan espesa de cómplices que te deben cuanto son y cuanto tienen, que, por eso mismo, te proporcionan un escudo protector y una fuerza de intervención rápida. Y se te acusa de haber actuado desde la sombra, pues, según tu costumbre, antes de dar la cara prefieres pisarte el morro. De las fechorías que acabo de nombrar *no* se te va a juzgar aquí, pues eso incumbe al tribunal de Minos y Radamanto que presiden Plutón y Proserpina, ya que tal es la voluntad de Júpiter.

»De lo que en esta gloriosa asamblea de los celícolas y las potencias se te acusa es de un crimen que ha servido de base a todos los demás. Se te acusa de representar la verdad del momento, es decir, de ser la mentira encarnada, y de haber intentado por todos los medios que el embuste y el engaño campen sin contradicción en la sociedad de los teriopos.

»Ten cuidado con lo que vas a decir, pues las potencias de Esculapio analizan tu caso, ya que en pocos se ven los teratismos humaniferinos en fases tan degenerativas como en el tuyo. Algunas de esas potencias piensan que se te debe juzgar inocente, pues qué responsabilidades se le van a imputar a alguien que ha demostrado ser el paradigma de la irresponsabilidad. Al hacer el recuento de las veces que has invocado la *responsabilidad*, han descubierto que en los últimos seis años repetiste una media de 225 veces al día frases como “los que somos gobernantes *responsables*”, “siempre he asumido mi responsabilidad”, y que en todos los casos han sido frases completamente huecas. Defiéndete, Trinquete, con todas las armas de tu dialéctica, aunque sospecho que, a la vista de la facilidad con que lo embarullas todo, vas a enredarte a ti mismo, y todo lo que aquí vas a decir acabará poniendo en evidencia qué clase de pájaro se ha posado en el cruce de vías del metro de Sol.

Trinquete empieza dando unos bufidos tan horrisonantes que una gorgona se le acerca volando, le abofetea el hocico-pico con su nauseabunda lengua, y le fustiga con las serpientes de su cabellera. Trinquete se queda petrificado. Los dioses no pueden contener la risa al ver su paralizada expresión de pavor y más todavía cuando ven salir de una oquedad o alcantarilla a un cuadrúpedo de muy curiosa anatomía. Su lomo y costados lo forman tres redondeadas pantallas de televisión y su cuarto trasero es una plana en la que se lee *La Parroquia*. Las sonrosadas facciones vulpino-porcinas del cuadrúpedo revelan una tenacidad tan cazurra que algunas potencias le miran con ojos de no creérselo y Diana le lanza una plateada saeta. Adornados sus cuartos traseros con ese recuerdo, el ente vulpino-porcino se para a los pies de Trinquete, le mordisquea los tobillos, le hace salir de su estado

cataléptico, y luego, acurrucándose, hace de peana al acusado. Trinquete revive, asienta bien sus plantas en el pedestal que le ofrece el monstruoso cuadrúpedo, ensancha el pecho, hace vibrar su largo hociquillo, empieza a maullar y cacarear de una forma tan *razonable y responsable* que causa asombro entre propios y extraños. Trinquete lanza a diestro y siniestro miradas furibundas y, ya enrabiado del todo, se cree con fuerzas para hacer picadillo a quien se le plante delante. En la tribuna de las potencias se palpa la expectación. Entre ellas se destacan las de Esculapio, cuyos nombres me comunica el centauro con todo pormenor.

—Esa potencia que lleva un sombrero en forma de siete caras es Esquizonoo —me dice—; esa otra que lleva un colgante con un retrato de Bobimasa es Frenopleto. Aneutina y Kolakía son esas otras dos que sostienen varitas de oro y espejos, para medir, la primera, los índices de irresponsabilidad y la segunda los destrozos que causa en la psique la exposición continua a los rayos de una adulación sistemática. Y ahí ves a Psemma bien pertrechado con un pseudómetro, y a Muertiéxito, que ausculta a los teratos teriópicos que mueren de éxito.

—Basta, basta —le digo al centauro—, que me estás haciendo perder el comienzo del discurso.

Trinquete dice en ese momento:

—Mira, Ulises o Ilusos, yo te voy a demostrar que no tienes razón, y te lo voy a demostrar demostrándote que tienes razón. Fíjate, tú que te precias de ser el más listo de los hombres, yo te voy a hacer entender algo que nunca has entendido, que tienes razón en lo que me imputas, pero que porque tienes razón, soy yo quien tiene razón al rechazar tus imputaciones.

»Pero, antes de meternos en harina, dime, Ulises: ¿cómo es posible que tú me salgas con la historia de que yo soy la mentira encarnada, cuando todo el mundo sabe, empezando por Homero, que eres el hijo de madre más trapacero que ha pisado la tierra? ¿Y qué es eso de que me venga a acusar de haber participado en carnicerías de tres al cuarto el mismo que dio muerte a un tropel de pretendientes, para no hablar de los troyanos que, en racimos, mandaste a la morada de Plutón? Espero que seas un poco razonable y responsable, Ulises, pues no quiero hacerte quedar mal ante los celícolas.

»Fíjate en lo que te digo, fíjate aunque solo sea un momento, pues tú también debes asumir tu parte alícuota de responsabilidad y mandar al cuerno esa patraña de mis atropellos contables e incontables. ¿Qué hiciste tú en los años que estuviste vagabundeando por el mar? Piratear. Así te pasaste diez años. ¿Y tú me censuras a mí de haber hecho lo mismo no diez, sino doce? Felicítame, Ulises, felicítame por lo buen discípulo tuyo que he salido.

»Y te digo más. Yo te voy a reconocer mis errores, sí, mis errores, o mis embustes, si prefieres llamarlos así, y debes creerme, pues he jurado ante los dioses y las potencias, que esta vez va de veras el cambio del cambio. Te voy a reconocer

que puse como guardián del Tesoro del Pueblo a un traficante, y que puse al frente de las fuerzas encargadas de perseguir a los traficantes a un ladrón, y que puse en los más altos tribunales a gentes que no me vendían sus sentencias pues me las daban de balde. Te voy a reconocer que, a golpe de presupuesto, me metí en el bolsillo todas las tribunas del reino, y que cerré el pico de los intelectuales llenándoles la boca de peladillas, y que en la tabernilla que instalé en los bajos de mi palacio administré un elixir de oro que hacía milagros en las voluntades, y que cuando lo mezclaba con unas gotas de hematina antrópica, entonces, ay, entonces los que bebían el combinado se me entregaban de pies y manos.

»Ya ves, Ulises, que no tengo empacho en reconocer esas verdades que tú proclamas. Las reconozco. Tienes razón. ¿Ya estás contento? Pero tú mismo dices, y los dioses me son testigos, que yo encarno la mentira. Muy bien, Ulises, yo te creo. Soy la mentira. Pero si yo soy la mentira, entonces lo que he dicho es mentira y como lo que he dicho es lo que tú has dicho, entonces, Ulises o Ilusos, has mentido y mientes. Si Júpiter me condena, tú debes, Ulises, sufrir la misma pena. De eso no hay vuelta de hoja.

»Mi argumento es el tuyo. Ahora te voy a demostrar no solo que soy la mentira encarnada, que eso no hay potencia que lo ignore, sino cómo he llegado a serlo y hasta qué punto lo soy. Lo he llegado a ser porque eso es lo que de mí se esperaba. Cuando era un estudiante del montón, de los de aprobado rapado, me vino un compañero que sabía mucho de teatro y me dice: “Narciso, que estás poco concienciado. Qué es eso de andarte todo el día ordeñando las vacas de tu padre, cuando hay otras cosas mejores que ordeñar”. “No me vengas con procacidades, Garra, que yo a mi novia le tengo ley”, le respondí. “Que no es eso, macho, que no es eso. Que yo hablo de ordeñar otras cosas. ¿Es que no te has enterado de que el Viejo la va a palmar y que hay que hacer algo para que los hijos del mariscal Estallalín no se lleven el gato al agua? Conciénciate, hombre, que los mandamases del mundo están asustados y andan como locos buscando un partido que pare los pies a los hijos de Estallalín, y, sobre todo, necesitan un líder, que sin líder vamos de cráneo. Que aunque yo me llamo Garra, el que tiene garra eres tú, con esa carita de *latin lover* que Dios te ha dado. Así es que conciénciate, Narciso, por lo que más quieras”. Y ahí me tienes, Ulises, con Garra y sus amigos empeñados en que hiciese el papel de luchador contra la Dictadura, cuando lo que yo quería era casarme con la hija de un militar de la Dictadura, cosa que conseguí, pues siempre tuve buena mano para esas cosas. Pues nada, Garra y sus amigos dale que dale con que debía hacer el papel del representante de una sociedad oprimida por la oligarquía, y como siempre he sido bastante comodón, me los quité de encima, diciéndoles: “Bueno. Vale”.

»¿Qué iba a hacer yo, si hasta los obispos alemanes se empeñaban en darme una beca? Si no rechacé la beca de los obispos, ¿cómo iba a rechazar la oferta de Garra?

Así es que me puse a hacer de Trotski, a pesar de que tú bien sabes, Ulises, lo que me cargaba ese peñazo con su murga de la revolución permanente. Ya estaba yo hasta el moño, cuando los presidentes y cancilleres más importantes del mundo mundial dieron en la flor de adoptarme. Guillermo Brando y Olegario Palma me llaman cada dos por tres para que vaya a verles, me reciben muy cariñosos, me dan palmaditas en la espalda y me dicen: “Ánimo, muchacho, que lo de Trotski te ha salido bordado; tú, tranquilo, que ahora vamos a darte papeles más lucidos”. Y luego me llevan a una cámara acorazada y me dicen: “En cinco años te hacernos presidente, ¡y a vivir, que son dos días!”, y me guiñan el ojo, y agregan con una sonrisa picarona: “Entonces haremos a tu país la envidia del mundo y a ti un líder del mundo mundial, pues nuestros sabios nos han dicho que en ti se ha encarnado la esperanza del globo. Y empezaremos por la economía, pues don Marsino, a quien todos admiramos a pesar de sus excesos, ha dicho que la economía es la base. Dada nuestra inconmensurable generosidad, te mandaremos fábricas, trenes, hipermercados; en fin, te mandaremos de todo. Pero..., claro, esas cosas cuestan caras, y con las miserias que recaudaba el Viejo o que ahora recauda el pobretón de Prometeo Arias no hay ni para empezar. O sea que, nada más que te hagamos presidente, cuando los ánimos estén todavía calentitos, regalas a tus teriopoos una fiscalidad de campanillas, la presentas en uno de esos envoltorios que le salen tan lucidos a tu amigo Garra y ya verás cómo en doce meses tendrás más dinero contante y sonante que en cuarenta años el Viejo. Entonces, no deberás olvidarte de nosotros. ¿Te olvidarás?”. “No me olvidaré”, les digo. “Muy bien, muchacho, porque si te olvidas, ya sabremos cómo recordártelo. Pero si cumples, en dos años te convertiremos en el gran timonel y puedes estar seguro de que, con el estropicio que hará Prometeo en su partido –nunca mejor dicho lo de partido– y con la memoria de los cuarenta años del Viejo, te esperan, a poco que hagas, 25 años de paz”. “Y nosotros –digo yo–, ¿seguiremos tan pobres como hasta ahora? Pues he visto los sueldos, y son de risa”. “¡Qué ingenuidad! ¡Pues haz la reforma! ¡Y nacionaliza, que para eso estás por la solidaridad! Con un par de cosas gordas que nacionalices, ya nos dirás si seguís siendo tan pobretones como Prometeo”. Como yo nunca me he aclarado en esto de los números, me ponen al habla con Craso y Capo Pérez. Después de salir de la cámara acorazada, se fotografían conmigo, me mandan a visitar a otros colegas para que me fotografíe con ellos y me paso un año metido en esos safaris fotográficos, y al volver a casa no me canso de decir con el énfasis que me caracteriza: “Soy el político teriópico con más experiencia internacional; en Teriopia no he encontrado a ningún político que pueda decir que tenga más experiencia en democracia que yo, ni en lucha por la democracia, ni en práctica de la misma”. Eso es lo que digo, puede leerse, está publicado. Y, para demostrarlo, enseño mi álbum de fotos, y todo el mundo se hace cruces y hasta yo me hago cruces, pues descubro que cuanto más grandes y orondas me salen las

bolas, mejor se las tragan los teriopos. Mis tutores Brando y Palma corroboran mis declaraciones y cuando vuelvo a visitarles, haciéndome un guiño, me dicen: “Has estado muy bien, pero que muy requetebién, señor demócrata internacional. Nuestro tío americano está encantado”. Luego me vuelven a llevar a la cámara acorazada y, al confiarme la misión de *redimensionar* al país y de utilizar los misterios del Oráculo como humo de colores con los que encubrir el *redimensionamiento*, emplean un lenguaje sibilino: el gran país debe inmolarse al gran continente, socialismo nacionalismo, nacionalismo socialismo, juntos, juntos y solidarios, como en los tiempos míticos, *de la pluralidad de la gran división a la pequeña unidad de la sumisión*. Y así fue como aprendí ese estilo dimorfo, trimorfo, tetramorfo y polimorfo que tan bien me ha servido para presentar las guerras tribales como manifestaciones de la riqueza cultural, el sometimiento a un cacique como la vía que lleva a la liberación, y el embarullamiento generalizado como condición para mi permanencia en el gobierno, es decir, en el sabio desgobierno relativamente controlado que es la premisa de todo sano caudillaje.

»Cuando lanzo una mirada retrospectiva, debo reconocer que los muchos papeles que me asignaron no me salían nada mal y que yo nunca me salí del papel que se me asignaba, y aunque mi amigo Garra me decía que solo era un comparsa, y que él sí que era un hombre de teatro de verdad, yo no me molestaba en contradecirle. Con mi aspecto de mozo sanote y racial, con el pelo un poco largo y alborotado, aunque no demasiado, y con mis pantalones de pana y mi abominación de la corbata, hice el papel del hermano que está ahí para echarte una mano, del luchador antifascista recibido como la promesa blanca por los grandes del mundo, del salvador que encarna la regeneración moral y que con solo treinta años puede presumir de ciento de honradez. Como yo no tenía ningún pasado, no había cosa más fácil que inventármelo, y así pase a ser el joven íntegro y maduro al que el futuro espera para darle un abrazo. Cuando vino el triunfo, dejé la pana en la percha, me anudé la corbata al cuello, propalé la especie de que Prometeo Arias me había enseñado a hacer el nudo, y me subí a bordo del yate que el Führer regaló al Viejo. Tuve que bajar enseguida, es verdad, porque el horno no estaba para bollos, pero con ese gesto demostré que también podía hacer el papel del Viejo, que era uno de los que más me gustaban.

»No me voy a extender en el pormenor de mis actuaciones, pues con lo dicho basta para demostrar, oh magnánimo Ulises, que no fui un embustero del montón, un mentirosillo corriente y moliente, sino un farsante tan aplicado, concienzudo, fenomenal y paralizante que las mejores universidades alemanas, suecas y americanas me dieron el doctorado en la materia y pusieron a mi disposición los tutores mejor formados. Sé un poco razonable, Ulises, y veras que a partir de esas premisas lo menos que podía salir era, como bien has dicho, la verdad del momento, esto es, la mentira encarnada.

»Y para que no quede la menor duda, voy a enumerar, ante la asamblea de los celícolas y las potencias, algunas de las cosas que yo decía a todas horas en los inicios de mi actuación. Las recuerdo muy bien, pues las acabo de leer en un libro-entrevista de esos que me hacían los periodistas simpatizantes que, como setas, siempre nacen junto a los astros que están en curva ascendente. Las voy a decir para que no se les traspapelen a las potencias de Esculapio, pues con solo mencionarlas se verá que me había aprendido todas las verdades del momento, lo que quiere decir que encarnaba la gran mentira del siglo.

»Ahí van mis expresiones favoritas, sin comentarios, pues no lo necesitan: compromiso ético, cien años de honradez, capas populares, estatus del poder político, el segmento de la sociedad, los puros que me manda Castro (a mí y a otras dos o tres personas), el sustrato cultural, el esfuerzo añadido, el camino de la lectura, mi sentido distinto de la lectura, mi interés por la filosofía (por la filosofía pura incluso), relación de causa a efecto, la angustia intelectual, el alto grado de bienestar económico y material, la capacidad de vivir que tienen los teriopos, el componente sentimental, el trauma que se paga caro, no me siento dominado por don Froilán sino que yo lo domino, la transformación por medios pacíficos, la labor de investigación, el coste psíquico extraordinario, la acumulación de poder del Estado, la acumulación cultural, la política actual es gerontocrática, las razones de limpieza de la trayectoria humana, el nivel de lucha, la honestidad como primera premisa, el horizonte temporal mínimo, la dinamización de determinados sectores culturales, la fibra humana, la lucha por algo que es tangible, una óptica que no es generalizable, la falta absoluta de sentimiento patrimonial alguno.

»Analizad, potencias, analizad cada una de esas frases, ponedlas en su contexto, y veréis que forman un juego muy completo de las caretas de la época, caretas que yo me ponía con la facilidad con que el prestidigitador saca conejillos de la chistera.

»Eso era hace veinte años y, desde entonces, no he podido dudar de los milagros, pues al ensalmo de esas retahílas y de las fotografías que patronizaban Brando, Palma, Craso, Capo Pérez y tantos otros próceres del mundo mundial, un hombre que por no ser ni había sido concejal, se convirtió de la noche a la mañana en el Gran Timonel. Lo digo en tercera persona, pues fue entonces, en medio del fragor de una campaña, cuando, al ver mi retrato en uno de los miles de carteles que adornaban calles y avenidas, me sobrevino la más extraña ofuscación. No reconocía al que estaba en la foto. No me reconocía. Ya no sabía quién era. “Pero si *ese* eres tú, tonto”, me decía mi esposa. “¿Ese soy *yo*?”, preguntaba a Marisol, y esta respondía: “¿Pues *quién* va a ser?”. “Lo que dices es razonable, Marisol, y yo desde luego asumiré la responsabilidad de la cara que veo en el cartel, pero es que no me reconozco. No sé quién soy”. Y lo que son las cosas: ¡jamás se había cotizado tan alto mi identidad! Todos los que me rodeaban no paraban de decir que, a mi lado, los Reyes Católicos y Felipe II no pasaban de ser unos pelagatos.

Qué me costaba crearme esas identidades históricas que tanto halagaban mi ego-no-ego si, como te digo, magnánimo Ulises, yo ya no sabía *quién* era y empezaba a sospechar que eso era algo que nunca había sabido y que, si llegaba a saber algo, *era que no era*.

»Ese autodescubrimiento, digo, el descubrimiento de mi sistemático recubrimiento tenía sus ventajas, pues no me costaba ningún trabajo atribuir a algún ego mío que pasaba por ahí todo lo bueno, y descargar en otros egos míos-no-míos, que tiraba por la ventana, todo lo malo. Como a lo largo de los años había coleccionado una infinidad de egos y noegos, siempre había uno al que le podía encasquetar mis decisiones. Y *yo, yo*, me quedaba tan tranquilo. Con este trajín de egos y no-egos, podía pasar de ser responsable a no serlo en un abrir y cerrar de ojos, y siempre de la forma más *razonable* del mundo. Que todo era una fantasmagoría, vale, pero reconoce, Ulises, que todos o casi todos estaban encantados. Y si todos estaban encantados, ¿cómo no lo iba a estar yo, que era, a la vez, todos y nadie? ¿A *quién* se acusa entonces cuando se me acusa? A ver, Ulises, identifícame ese *me*. De eso tú debes saber algo, pues cuando la aventura del Cíclope, le dijiste que eras *nadie*.

»El proceso de mis egos llegó tan lejos, que empecé a atribuir a mis adversarios políticos todo lo malo que yo hacía, y a mí mismo todo lo bueno que ellos hacían. Si un ego mío cerraba periódicos y ocupaba todos los medios de comunicación y ponía a los míos en los puestos más altos de los palacios de Astrea, otro ego mío se apresuraba a acusar a mis adversarios de liberticidas, de enemigos declarados de Astrea, y yo me quedaba tan fresco. Si un ego mío gastaba billones para la comisión de comisiones y trampantojos, otro ego mío acusaba a mis adversarios de oligarcas y chupones, y yo me quedaba tan fresco. Cuando un ego mío ponía todos los medios para hacer del ego de mis egos-no-egos la viva réplica del Viejo, otro ego mío acusaba a mis adversarios de ser los hijos del Viejo, y yo me quedaba tan fresco. Pero no debes pensar, Ulises, que lo mío-no-mío era cinismo. Lo mío-no-mío era una ilimitada capacidad de desdoblarme, y eso porque en mi esencia más profunda yo era *nadie*, como tú eras *nadie* cuando lo del cíclope.

»Yo era *nadie*, sí, pero a ese *nadie* le bastaba decir una palabrita, para que todo un ejército la corease y, desde luego, para que la más insignificante de sus órdenes, digo, de las órdenes de *nadie*, se ejecutase. Y toda la prensa, radios y televisiones se hacían lenguas de la inigualable y carismática personalidad de ese *nadie*. Y un avezado periodista escribió de mí, digo de *nadie*: “Él mismo asegura que es el político teriópico con mayor experiencia internacional. Y eso no parece ser una jactancia, sino una simple comprobación. Ni la Internacional Sotalista ni Teriopia pueden desaprovechar una experiencia así, malbaratar una inversión así. Porque bien mirado es una inversión. Y esperemos que una buena inversión”. Vamos, que *nadie* era una inversión, una empresa, un comercio, una bolsa. ¿Y todavía habrá

quien se atreva a decir que una inversión, una empresa, un comercio, una bolsa es *responsable* de algo? Busca, Ulises, a los que hicieron la inversión, a los que crearon la empresa, a los que estaban detrás del comercio, a los que manejaban la bolsa, y deja en paz a *nadie*, pues *nadie* ni es ni puede ser responsable de *nada*. ¿O es que ahora se va a culpar a *nadie* por ser sumiso con los superiores, desconfiado con los iguales y duro con los inferiores? Eso es cosa de la inversión, de la empresa, del comercio, de la bolsa. ¿Qué tiene que ver con *nadie*? Y si dices que *yo* puse un precio a todo el mundo, que compré a la gente corriente con un tantico de apariencias y otro de miedos; que a los ricos los compré amenazándoles con dejarles en cueros; que a los intelectuales los compré con unas peladillas; que a los jueces no los compré, pues se me daban de balde, no me culpes a mí, sino a la inversión, a la empresa, al comercio, a la bolsa de... *nadie*.

»Convécete, Ulises. De las cosas que a *nadie* conciernen, *nada* vas a sacar en limpio. ¿Es que no sabes que *nadie* lo dejó todo tan embarullado que *nadie* va a poder desenredar la madeja, y Dios y ayuda les va a costar a las potencias averiguar eso mismo, *que nadie lo dejó todo embarullado y que nadie va a poder desenredar la madeja*? Y ahora, Ulises, ¿sigues pensando que *yo* soy la mentira encarnada? Me alegro de que lo pienses, pues deberás reconocer que ningún tribunal podrá condenar a *nadie*. Y si *nadie* es la mentira encarnada, dime, Ulises, ¿qué verdad puede haber en los delitos de que se acusa a *nadie*, y *quién* es, verdaderamente, ese *nadie* al que se acusa?».

Se hace un silencio. Las potencias se miran las unas a las otras con un gesto de confusión enciclopédica. Los dioses dirigen sus sorprendidas miradas ya a Júpiter, ya a Apolo, ya a Mercurio.

—¡Ay, Trinquete, Trinquete —dice al fin Ulises—, cómo puedes ser tan embustero que hasta quieres engañarte a ti mismo y a los demás con la propia verdad! ¿No te das cuenta de que así no engañas a *nadie*? Todo lo que has dicho es palabrería, pues los dioses se conocen tu historia al dedillo, y lo que has contado es solo una pequeña parte. Has reconocido que eres la mentira encarnada, que te han programado para serlo, pero en ningún momento has dicho: “Me he equivocado. Debo pagar por mis errores y embustes”. Si crees que se te va a declarar inocente porque te camuflas con la máscara de *nadie*, te equivocas. Pero no soy yo, sino el Altisonante, quien debe dictar sentencia. Mas antes que se apodere de la palabra el Padre de los dioses y los hombres, Minerva me ha encargado te diga que ni como *nadie* has inventado *nada*, pues desde hace dos mil trescientos años circula por el mundo tu retrato, y que, si quieres saber de ti y de tu desgobierno, pues algo se ha de hacer para paliar una inconsciencia como la tuya, no tienes más que leer el libro IX de la *República* del gran filósofo de la ciudad de Minerva. Ya ves, Trinquete, *no somos... nadie*.

Mercurio entrega a Júpiter el informe que han redactado las potencias de

Esculapio. Ocupa cuatrocientos cuarenta y cuatro mil folios, pero el saturnio se lo lee de un tirón en tres segundos y medio. Luego frunce el entrecejo, lo que hace retemblar las bóvedas del Heliómetro, y hace una seña a Apolo para que manifieste lo que está pensando.

–Ulises ha atrapado a Trinquete –dice el dios de Delos– y Trinquete aún no se ha dado cuenta de que ha sido atrapado por Ulises. O, si lo prefieres: *nadie* ha atrapado a *nadie*, y *nadie* aún no se ha dado cuenta de que ha sido atrapado por *nadie*. Ulises le ha acusado de ser la mentira encarnada, pero Trinquete, engañándose a sí mismo como *nadie*, ha creído que esa acusación era una añagaza y que, en realidad, los celícolas querían condenarle por los delitos de que se le juzgará en el tribunal de Plutón y las potencias infernales. Trinquete ha mordido el anzuelo y, embustero como es hasta el final, se ha enredado de tal forma en sus mentiras que ya no se las cree *nadie*. Pensando que se libraba de las acusaciones por las que le juzgará el tribunal de Plutón, ha reconocido ser la viva encarnación de la mentira, sobre todo cuando ha confesado ser *nadie*, sin reparar en que *ese* es el delito que se ventila en el tribunal de los celícolas. Nada más tengo que decir. Todos aguardamos, oh Padre de los dioses y Señor de las potencias, tu sabio veredicto.

El saturnio, que había escuchado muy divertido el discurso de Trinquete, frunce ahora el ceño, mira a Trinquete con ojos que lanzan rayos y centellas, y le dice con una voz que resuena con ecos de tormenta bajo la alta bóveda del metro de Sol:

–Dado que tú, al que llaman Narciso Trinquete de Marca y... de Nadie, eres un irresponsable por esencia, presencia y potencia, no puedo declararte culpable de nada, ni siquiera de que eres la mentira encarnada, pues, de hacerlo, tendría que declarar culpables a los volcanes porque sepultan ciudades, a los maremotos porque anegan escuadras y puertos, a los huracanes porque se llevan por delante a gentes y ganados, a los terremotos porque derrumban casas, a las epidemias porque causan estragos y mortandades, cosas que, como tú, son... *nadie*. Pero como tú mismo dices consistir en los innumerables papeles que representas, hurtando el bulto a la primera de cambio y aún de cambio del cambio, he decidido que Vulcano, dirigido por mi hija Minerva, fabrique a partir de ti innumerables Trinquetes, a los que se llamaré X1, X2, X3... Xn, hasta agotar las posibilidades de tu *nadie*. Y a X1 lo condeno a pasarse seiscientos sesenta y seis mil años representando el papel de sirviente de Garra, debiendo decirle todas las mañanas al levantarse y todas las noches al acostarse: “Te adoro, Garra. Tú eres mi dios, el *number one*”. Y a X2 lo condeno a comprar en el mercado todos los artículos que le encargue el citado Garra por el precio de uno, de forma que si los tenderos no se los dan por ese precio, tenga que pagar la diferencia de su bolsillo, sin poder recurrir a las ingenierías contables de sus amigas Felisa y Aida, ni a las cuentas que en las Islas Caimán tienen sus fieles Pera, Orlando, Corcundia y Colorete. Y a X3 lo condeno

a tirarse cada cinco minutos durante tres millones de años a la vía de un tren de *alta velocidad* para que el convoy le pase por encima. Y a X4 lo condeno a que lo cuezan en un horno de cal viva. Y a X5 lo condeno a hacer penitencia en una cartuja que hay en una isla durante 1.492 millones de años. Y a X6 lo condeno a pronunciar un discurso que dure seiscientos sesenta y seis mil años en el que dirá seiscientos sesenta y seis millones de veces “los que somos gobernantes *responsables* creemos que lo más *razonable y solidario...*”, de modo que al oírlo los oyentes se mueran de risa. Y a los Trinquetes que van del X6 al Xn, Plutón y Proserpina, debidamente asesorados por Minos y Radamanto, decidirán lo que se ha de hacer. Y también he decidido que los diversos Trinquetes que van del X1 al Xn puedan ostentar los rasgos de sus amigos los grandes teriopus y teratos de la Ejecutiva.

Los dioses aplauden la sentencia, pero Trinquete está que bufa, se pone a vociferar como un loco, y entonces ocurre algo extraordinario. El cuadrúpedo vulpino-porciniforme que le ha servido de peana se revuelve y, en medio de grandes espasmos, empieza a aumentar de tamaño. Crece y crece tanto que acaba pareciéndose a un colosal rinoceronte, al tiempo que Trinquete se reviste de Tifón, según el retrato que de él dejó Hesíodo:

—Sobre sus hombros erguíanse cien cabezas de serpiente con negruzcas lenguas que vibraban fuera de las bocas; y los ojos de las monstruosas cabezas echaban fuego; y de todas las cabezas salían voces y sonidos de indecible horror: ya eran gritos que solo podían entender los dioses, ya parecían mugidos de un toro indómito o rugidos de un implacable león; ya imitaban admirablemente el ladrar de unos perritos, o emitían silbidos cuyo eco resonaba por los altos montes.

Las innúmeras testas de Trinquete-Tifón se metamorfosean en las de los teriopus y teratos mencionados por el Padre de los dioses, pero también en las de Cameli y Plata de Meneses, Esperanza Mancha y María de la Instalación, el padre Aracaduz, Catilino Batueco y Garra, incluso en las de algunos lugartenientes de Fragoso Rosín cuyas lenguas claman: «Queremos comprar los dinamismos culturales de Trinquete, pues estamos dispuestos a regenerar los pagos».

Y entonces veo que, con sus cientos de brazos y el auxilio del rinoceronte vulpino-porciniforme, Tifón abre la trampilla que hay debajo de la intersección de los raíles, de la que resulta una explosión ensordecedora. Es Fragoria, a la que acompañan sus hijas, con Bobimasa y Titerino como escuderos. Todos ellos se lanzan como borrachos a la conquista de los escaños de las potencias y los sitiales de los celícolas, cosa que logran sin dificultad, pues los olímpicos, las potencias y hasta el propio Ulises han desaparecido, lo que me deja consternado. Sobre el trono del Altitonante se sienta Tifón acompañado del rinoceronte vulpino-porciniforme, el cual con un resto galvánico del rayo de Júpiter que queda por allí

inyecta una apariencia de vida en los cadáveres que se han colocado en los sitios de los celícolas. Entonces Tifón y sus ministros empiezan a dar órdenes.

–Que me traigan –claman– los odres donde guardamos el elixir de oro y la hematina antrópica y las ondas hertzianas y los dinamismos culturales.

Alrededor de ellos se forma un coro que hiela la sangre.

–Que me traigan cien páginas de números atrasados de *La Parroquia* –clama María de la Instalación–, que Bobimasa las tizne con sus colores, que un artista de Esperanza Mancha las pegue con cola en un soporte de cuatro metros por ocho. Que con otras cien páginas confeccione una tienda de campaña y la silueta de un perro. ¡Ya tenemos la obra de arte de la Nueva Era!

–Eso vale cien millones –dice Plata de Meneses–. Diez para el artista, treinta para la galerista, veinte para políticos y funcionarios, cuarenta para engrasar el sistema de promoción y venta, sin olvidarnos de los escritores.

–Que me traigan los muelles de cien colchones rotos –clama Sagrario Cubo–, que Motoria les dé una pasada con sus corrientes, que un artista de María de la Instalación los coloque en un soporte de ocho metros por cuatro. Que con los muelles de otros cien colchones construya un laberinto de Creta y la silueta del minotauro. ¡Ya tenemos la obra de arte de la Nueva Era!

–Eso vale doscientos millones –dice Plata de Meneses–. Veinte para el artista, sesenta para la galerista, cuarenta para políticos y funcionarios, ochenta para engrasar el sistema de promoción y venta, sin olvidarnos de los escritores.

–Que me traigan cien envases de detergente y cien platos hondos para la sopa boba –clama Esperanza Mancha–. Que Alcoholia Discotina les preste una porción de sus luces psicodélicas, que un artista de Gloria del Real rompa artísticamente los platos y las cajas sobre un soporte de doce metros por ocho. Que con otros cien envases y otros tantos platos confeccione una columna que cause vergüenza a las birrias de Trajano y Constantino. ¡Ya tenemos la obra de arte de la Nueva Era!

–Eso vale cuatrocientos millones –dice Plata de Meneses–. Cuarenta para el artista, ciento veinte para la galerista, ochenta para políticos y funcionarios, ciento sesenta para engrasar el sistema de promoción y venta, sin olvidarnos de los escritores.

–Que me traigan un sistema informático de realidad virtual –clama Gloria del Real–. Que Electraña y Motoria colaboren con sus cables y corrientes. Que con solo pulsar un botón podamos tener delante copias alucinantes de los cuadros de Fernando Latero, Pablo Picaza, Juan Mirón y sus discípulos.

–Eso vale ochocientos millones –dice Plata de Meneses–. Ochenta para el artista, doscientos cuarenta para la galerista, ciento sesenta para políticos y funcionarios, trescientos veinte para engrasar el sistema de promoción y venta, sin olvidarnos de los escritores.

–Que nos traigan frigoríficos y cajas de relojes de péndulo –claman al unísono,

acompañadas de Fragoria y su corte, Esperanza Mancha, María de la Instalación, Sagrario Cubo y Gloria del Real—, cucuruchos de palomitas y las pruebas de imprenta de los carteles que se colocan en las vallas publicitarias, ruedas de bicicletas, artículos deportivos, fotocopias de billetes de banco y ramas de alcornoque. Que con esos materiales hagan nuestros artistas sus obras geniales. Que Fragoria, Bobimasa y Titerino, que Electraña, Matoria, Ladraperruna y AlcoholicDiscotina, que todos nuestros amigos cooperen en la magna obra.

Plata de Meneses y Romo Cameli se frotan las manos y dicen a dúo:

—¡Nosotros nos encargamos de las comisiones y las invitaciones, de las reproducciones y los cotillones! Con la ayuda de Trinquete, Arcaduz y Catilino, del Oráculo y Nabucodonosor conseguiremos que el gobierno de Transilvania se gaste trescientos mil millones de rupias en construir un museo grandioso para albergar en régimen de alquiler todas esas sublimes creaciones, instalaciones y desapropiaciones. El edificio será un repollo o una alcachofa o un transatlántico con hojas y velas reforzadas de titanio que causará pasmo en los batuecos, saciará el hambre de cultura de las tribus, trasportará a los transilvanos a las cimas más altas de la especulación y, como catedral del Porvenir, servirá de escenario a las artes sublimes de Titerino y Bobimasa, y de altar esplendoroso a los inefables sacramentos del padre Arcaduz.

—¡Bravo, bravo, Plata! ¡Bravo, bravo, Cameli! ¡Queremos el Museo Repollo-Alcachofa-Transatlántico! —gritan las mil cabezas de Tifón mientras el rinoceronte vulpino-porciniforme quiere arañar el cielo con su cuerno.

El filósofo Remendón se deja contagiar y promete llenarlo con las más ornamentales de sus hermenéuticas, Fragoria ofrece los servicios de sus hijas Ladraperruna y Discotina-Alcoholic, y el no menos generoso Bobimasa se compromete a acudir a la inauguración en compañía de Titerino y Matoria. A una señal de Tifón la gran sala del metro de Sol se llena con los artistas y los materiales que las galeristas han solicitado, de modo que a la vista de tantas manchas, instalaciones, cubos y reales, Plata y Cameli gritan llenos de júbilo:

—¡Es el reino de espíritu! Al fin hemos hecho de la subversión de todos los valores el valor de todas las subversiones. El agio es ya, al fin, hagiografía.

No espero más. Me subo a la grupa del centauro y le insto a partir lo más deprisa posible, pues la situación se está poniendo muy fea. Pero el centauro se está quieto y hasta se ríe, y me dice:

—¡Calma, muchacho!

—¡La calma se ha acabado! —respondo con firmeza—. ¡Vámonos de aquí, que esto es una pesadilla!

—¿Una pesadilla? ¿Pero es que todavía no te has enterado de que Trinquete y sus socios son grandes expertos en fantasmagorías? ¿Qué temes? Sigue mi consejo. No creas nada de lo que estás viendo.

–¿Pero cómo no voy a creer nada de lo que veo? ¿Es que tú no ves lo que yo veo?

–Pues no, la verdad es que no. Mira, fíjate en ese cuervo blanco. Es el emisario de Apolo. La golondrina que le sigue es Minerva. Ten confianza.

El cuervo blanco y la golondrina revolotean bajo la cúpula y se produce un prodigio. Dejan caer de sus picos un hilo que se transforma en una red, la cual se extiende sobre Trinquete-Tifón y todos sus ministros, atrapándolos. En ese momento suena una gran carcajada, y observo que los dioses están tan tranquilos en sus sitiales y las potencias en sus escaños viendo cómo se revuelven Trinquete y sus secuaces dentro de la red. Júpiter abre el suelo con su poderoso rayo y los grandes teriopos y teratos se hunden, junto a ingentes cargamentos de ruidos y apariencias, en el tartáreo abismo.

–La función ha terminado –dice el Altitonante–. Dioses y potencias, ya va siendo hora de cenar.

Al levantarse, el Padre de los dioses y los hombres dispara el rayo, y el ruido es tan grande que... rompe mi sueño, y entonces me veo echado en un banco de los Jardines del Descubrimiento cerca de la columna de Colón. Al intentar incorporarme, observo que dos pares de ojos están clavados en mí.

–¿Se siente usted bien? –me pregunta la chica.

–¿Quiere que le acompañemos a una farmacia? –corroborra su acompañante.

–No, por favor –respondo esforzándome en aparentar normalidad.

En realidad, me siento molido. Al mirar al reloj, veo que son las dos de la tarde. ¡Ah! Solo ha sido media hora, me digo tranquilizándome. Como la pareja sigue mirándome, les digo:

–¿Es tan raro que alguien se quede dormido con este sol?

–No, claro que no –exclaman risueños.

–¿Entonces...?

–Es que –dice la chica– al verle gesticular y decir no sé qué, pensamos que estaba usted despierto, pero tal vez un poco..., no sé cómo decirlo...

–¿... bebido...?

–... pero luego nos dimos cuenta de que... –se interrumpió.

–... de que estaba dormido –digo– y de que... soñaba. Sois estudiantes, ¿no? –digo para cambiar de tema.

–Sí –contestan.

–Lo que me despertó –digo– fue un ruido tremendo. Creía que se derrumbaba la bóveda del metro de Sol, digo la bóveda del cielo... ¿Qué era?

El estudiante se ríe.

–Es que pasó muy cerca uno de esos chicos del monopatín. Iba a toda mecha y le pasó rasando.

–¡Ah!

Al ver mi expresión, exclama:

–¡Son unos brutos!

–Sí –repito maquinalmente–, unos *auténticos brutos*.

El joven se siente más seguro, intercambia unas palabras con su compañera, y me dice:

–Disculpe nuestra curiosidad, pero ¿estuvo usted ayer echado en *este mismo* banco?

Le miro fijamente, algo desconcertado.

–No –respondo.

Mis interlocutores parecen defraudados. La chica interviene:

–Es que creíamos haberle visto *ayer* dormido en *este* banco precisamente. Es lo que más nos ha llamado la atención.

La miro con expresión interrogativa. Entonces, de forma mecánica, mis ojos se posan sobre la cabecera del periódico que lleva en la mano el estudiante y, al compararla con la del que yo tengo, observo que hay una fecha de diferencia. Me siento consternado, anonadado. Vuelvo a comparar las fechas y exclamo para mí mismo, pero en voz alta:

–¡He estado durmiendo veinticuatro horas seguidas!

Como si hubiese contado un chiste, los estudiantes se ríen. Un enjambre de pensamientos se apodera de mi mente. Pienso que, en la realidad, debió de anochecer cuando, en el sueño, me introduje en la boca del metro de Sol, y que algunos sucesos de la vida real podían discernirse a través de los diferentes momentos del sueño.

–Ahora entiendo por qué tengo el cuerpo molido y la boca reseca y el estómago vacío.

Los estudiantes guardan silencio y, una vez que se han cerciorado de que la cosa no ha sido para tanto, se despiden. Yo me levanto unos minutos después. Según me dirijo hacia la columna de Colón, observo con curiosidad la fisonomía de la gente. Me sorprende no ver rasgos teriópicos, al menos, claramente reconocibles. Esta humanidad que se pasea por los Jardines del Descubrimiento se me antoja tan diferente de la que he soñado y, sin embargo, tan extraña, que me pregunto:

–¿Y si, en realidad, fuese *ahora* cuando estoy soñando?

Enero de 1998

Colección dirigida por Ignacio Gómez de Liaño

Edición en formato digital: noviembre de 2014

© Ignacio Gómez de Liaño, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-45-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Contra el fin de siglo	4
Advertencia del autor	6
El descubrimiento	7
El subterráneo	25
El final del proceso	69
Créditos	84